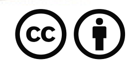
S. R. Minzlov



La gran taiga siberiana





S. R. Minzlov se inscribe, por sus obras, en la línea más clásica de la literatura rusa. Empleado ministerial, se le encargó una arriesgada misión en el Urianjay, Siberia. Un episodio absolutamente verídico es el que reproduce en su magnífica novela *La Gran taiga siberiana*, quizá la más representativa de su personalidad literaria. En ella se dan cita tres elementos importantísimos y típicos de la novela rusa: personajes, escenario y acción. Los tipos que se mueven en *La Gran taiga siberiana* están dibujados de mano maestra. El escenario donde transcurre la trama aparece como una fuerza más en la novela. La acción constituye una aventura a través de este paisaje, dosificando el autor los peligros e incidentes con sabia proporción hasta llegar a la explosión del conflicto, en cuyo capítulo Minzlov demuestra su alta calidad de narrador. La elegancia, la maestría y la seguridad de trazos con que pinta los personajes captan poderosamente la atención del lector desde el principio de la obra, haciéndole partícipe de la inmensa y misteriosa taiga rusa.

Una excelente novela de aventuras de corte clásico. A diferencia de otros novelistas rusos, los personajes de Minzlov son fácilmente identificables, y no se pierde el lector en un laberinto de nombres, apellidos, apodos y diminutivos (lo cual es muy de agradecer).



S. R. Minzlov

LA GRAN TAIGA SIBERIANA

Áncora & Delfín - 88

ePub r1.0
Titivillus 21.07.2023

S. R. Minzlov, 1953
Traducción: Alexis Marcoff
Prólogo: Alexis Marcoff
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original
ePub base r2.1








PRÓLOGO

A principios del año 1914 se podía ver, en el Ministerio de Estado de San Petersburgo, a un hombre de estatura más bien baja que regular, grueso y ya de edad bastante avanzada. Flemático, con su barbita, sus bigotes blancos y sus ojos grises, a primera vista inexpresivos, no despertaba la atención de nadie aunque sus visitas al Ministerio eran frecuentes y esto podía parecer algo extraño, ya que el personaje en cuestión era funcionario de la Dirección General de Agricultura, y por lo tanto, pertenecía a otro departamento ministerial muy distinto a aquel que con tanta asiduidad visitaba.

El tal personaje se llamaba S. R. Minzlov.

Luego se supo que su departamento organizaba una expedición al sur de Siberia, a la región lindante con la Mongolia china.

Aparentemente se trataba de una misión científica.

Había algo de verdad en aquello pero, en el fondo, la expedición tenía otra finalidad: se trataba de una región casi desconocida —la de Urianjay— y la labor de los enviados era cerciorarse discretamente de cómo se desenvolvía la vida allí, pues por las noticias que se tenían en San Petersburgo no había en aquellas comarcas una organización normal, y la situación se complicaba día tras día. En fin, se trataba de una misión secreta.

Hay que decir que el Urianjay, región siberiana, de una extensión aproximada a la de Suiza, estaba, como ya hemos insinuado, casi sin organizar, sin que nadie la conociera apenas, hasta el extremo —y esto era lo más grave— que nadie podía decir con certeza si aquel vasto territorio pertenecía a Rusia o al Imperio chino.

Y no obstante, se empezaba a levantar allí una ciudad rusa, la de Bielozarsk, y se poblaba de cazadores, mercaderes y gente aventurera que poco a poco iban adentrándose en el país, atraídos por sus riquezas naturales: oro, plata, piedras preciosas, pieles…

Y, naturalmente, los recién llegados, al establecerse y aprovechar aquellos productos, tenían disputas y hasta encuentros sangrientos con los indígenas —los urianjes, pueblo nómada, de raza mongólica— lo que requería la intervención de las autoridades, rusas o chinas.

El asunto parecía, pues, complicado, puesto que de un momento a otro podría surgir entre el Imperio ruso y el chino la cuestión de la soberanía sobre aquel país, perdido en el inmenso y verde océano de la Taiga siberiana, entre montes, rocas, riscos y cordilleras inaccesibles, y casi olvidado por ambos Estados.

Se sabía que en el siglo XVII aquella región estuvo unida políticamente a otras siberianas y, englobadas todas, entró en el dominio de los zares sin que el gobierno chino diese su consentimiento ni protestase.

La cuestión de las fronteras se planteó desde entonces y no de un modo político y general, sino de modo práctico y particular; la dirimían a menudo los caciques rusos y los noyones o khanes mongoles. Se trataba entonces simplemente de las zonas de caza y pastoreo disputadas entre las tribus nómadas, que se declaraban sucesivamente súbditos rusos o chinos, generalmente para librarse de impuestos o eludir responsabilidades.

Y aun en tales casos, aquellas delimitaciones se verificaban por un procedimiento ingenuo y primitivo: se reunían los representantes de ambas partes litigantes y acordaban colocar postes de madera o levantar montones de piedras a lo largo de la línea fronteriza. En tales tratados se señalaban colinas, rocas y riachuelos, originando con esto una gran confusión, puesto que la mayor parte de todos aquellos accidentes del terreno, tenían los mismos nombres que otros análogos. Así, por ejemplo, muchas sierras llevan el nombre genérico de Ola y los riachuelos el de Usu; de ahí resultaba que no se sabía de qué montes o de qué cursos de agua se trataba.

Una vez llegados a un acuerdo se procedía a la instalación de las señales fronterizas.

Y al cabo de poco tiempo, estas señales habían cambiado de sitio porque los nómadas las trasladaban adonde les parecía más conveniente…

Y de nuevo empezaba el litigio.

En vista de esto se acordó que además de colocar dichas señales, se procediera a enterrar secretamente, a poca distancia de aquéllas, unas ollas conteniendo cierto documento (generalmente un extracto del tratado) creyendo que con esto sería fácil restablecer los límites acordados…

Pero tal procedimiento complicó aún más el problema; cambiadas las señales arbitrariamente y en secreto por los nómadas era casi imposible encontrar la olla correspondiente.

Entonces se organizaban otras comisiones para buscar aquellos recipientes, y la cuestión de la delimitación quedaba tan confusa como antes o más complicada aún.

Posteriormente, en los tratados de Burinsk (20 de agosto de 1727) y el de Kiajta (21 de octubre de 1727), los representantes de China y de Rusia procuraron llegar a una solución definitiva, pero más bien se ocuparon de reglamentar la vida de los nómadas que de resolver la cuestión de las fronteras.

Y según el espíritu de otro tratado, el de Chuguchak, de 25 de septiembre de 1864, resultaba que Rusia cedía a China toda la región del Urianjay a cambio de la de Usuri.[1]

Parece, sin embargo, que este documento se perdió o fue olvidado durante la revolución china. Sea como fuere, el caso es que el Urianjay seguía figurando en los mapas como territorio ruso. Podía esperarse que un día la cuestión estuviera otra vez sobre el tapete, con la agravante de encontrarse en aquel territorio ciudades y factorías rusas y minas explotadas por empresas establecidas en Rusia.

Naturalmente, al gobierno ruso, en previsión de tal caso, le interesaba acumular argumentos en su favor —cuantos más mejor—, pero no quería resucitar la cuestión prematuramente.

En este sentido ya se había hecho algo: se consiguió que los indígenas —los urianjes*— no solamente pidieran la protección del gobierno ruso, que les fue otorgada inmediatamente, sino, después, la ciudadanía rusa.*

Por otra parte, la Dirección General de Agricultura recibió órdenes de proceder a poblar el Urianjay con ciudadanos rusos, facilitando terrenos y elementos para el cultivo y enormes zonas forestales para su explotación.

Pero la inmigración rusa en el Urianjay no agradó a los indígenas por la competencia que los recién llegados les hacían en materia de caza y en la cría de ganado, por lo que procuraban, utilizando todos los medios a su alcance, hacerles la vida imposible.

Es así, tal como hemos explicado, cómo llegaron a estar tan complicadas las cosas en aquel territorio.

Y no solamente los indígenas miraban con muy malos ojos a los que llegaban de nuevo, sino que la misma población rusa instalada allí desde los tiempos de Pedro el Grande, les recibía hostilmente.

Esta población la componían los raskolniki *o «antiguos creyentes», divididos en multitud de sectas que se formaron a raíz de las reformas religiosas del patriarca Nicon.*

Viéndose perseguidos implacablemente por el gobierno, estos fanáticos, antes que reconocer el culto reformado, por las numerosas correcciones de los antiguos textos mal traducidos y aún peor interpretados, prefirieron emigrar de la Rusia europea, pasando al otro lado de los Urales.

Internándose en los más desiertos lugares, los raskolniki *edificaban sus* eskites *o monasterios en los que «salvaban sus almas», no acatando las leyes de un gobierno que consideraban discípulo del Anticristo.*

Según el gobierno central iba extendiendo poco a poco su control sobre todo el vasto imperio ruso, los sectarios se adentraban más en Siberia hasta llegar a la Gran Taiga siberiana, que fue la tierra de promisión para aquellas gentes.

La inmensa taiga, con su casi impenetrable vegetación, cortada en todas direcciones por altísimos montes y ríos anchísimos, como el Yenisei y

sus afluentes, difíciles de cruzar a causa de sus rapidísimas y fuertes corrientes, les prometía un refugio seguro y duradero.

Así fue. Los «antiguos creyentes» se instalaron en la taiga, edificando varios poblados clandestinos, desconocidos por el gobierno, y en los que vivían libremente, no reconociendo otra autoridad que la de su propio jefe, ordinariamente una especie de santón al que obedecían ciegamente.

Naturalmente, la mayor preocupación de tales «aldeanos clandestinos» era evitar el descubrimiento de su existencia por parte del gobierno ruso, llegando al extremo de aprehender y aún matar a cualquier cazador o viajante que, inopinadamente, tropezaba con su paradero.

Era natural que a aquella gente les disgustara ver que el país que ellos consideraban total y exclusivamente suyo, fuera poblándose poco a poco con otras gentes y sometiéndose al control de las autoridades rusas.

Claro está que estas «aldeas clandestinas» desaparecían a medida que el país iba siendo más explorado, más conocido. Pero aún existían algunas al comienzo de nuestro siglo.

Una de tales «aldeas clandestinas» —la de Usinskaya, a orillas del río Usu, uno de los afluentes del Yenisei— fue descubierta en la segunda mitad del siglo pasado y su fin fue trágico e inesperado.

La aldea Usinskaya fue fundada por un fanático de la secta pomoriana, que fue su jefe autócrata e incondicional.

Su influencia llegó a ser tan grande en aquella región, que no solamente le obedecían los pobladores del lugar sino hasta los indígenas de los alrededores.

Numerosos puestos de vigilancia estaban esparcidos por todos los sitios que daban acceso a la aldea, y cualquiera que se acercaba imprudentemente a ella, era inmediatamente «eliminado». Le caía una piedra sobre la cabeza, se abría bajo sus pies una honda sima, o, simplemente, una certera flecha le atravesaba el corazón. Y no sucedía esto a personas aisladas solamente, sino a caravanas enteras, que desaparecían sin dejar rastro alguno.

Este estado de cosas no podía ser desconocido por mucho tiempo y de estos hechos empezaron a correr versiones, relatos y comentarios hasta fuera

de la taiga, al otro lado de los montes Sayanos, llegando a llamar la atención de las autoridades de Irkutsk, Krasnoyarsk y Minusinsk.

Como era natural, los habitantes de aquellas regiones, gentes incultas en su mayoría, atribuían aquellos hechos a la influencia del Malo *o a los espíritus perversos, guardianes de aquellos lugares.*

Mas las autoridades no fueron de la misma opinión.

Decidieron aclarar el asunto y pronto fue descubierta la existencia de aquella «aldea clandestina» y de su jefe, verdadero responsable de tales crímenes.

Detenerle en su guarida no era empresa fácil, pues se necesitaba un verdadero ejército bien armado para penetrar en la aldea y aun era probable no encontrar allí no ya al jefe, sino a ninguno de sus secuaces. Todos habrían huido probablemente antes de que llegara la expedición.

Había, pues, que proceder con astucia y no por la fuerza.

Con este fin fue organizada una expedición secreta, por decirlo así, cuyos miembros se hicieron pasar por mensajeros de otras sectas afines. El jefe o santón fue consultado sobre ello por varios conductos y dio su consentimiento y las órdenes oportunas para facilitar el paso a los supuestos mensajeros.

La empresa era arriesgadísima, pero resultó bien.

Los emisarios, un jefe y varios agentes de la policía, conocedores de todos los pormenores de aquellas sectas, llegaron felizmente a su destino y fueron recibidos con todos los honores. Llevaban, además, valiosísimos dones para el cacique —antiquísimos libros e iconos reconocidos por los sectarios como sacratísimos.

Al cabo de dos o tres días, pasados en continuo festejo, los mensajeros anunciaron que regresaban para dar cuenta de su gestión. Todos los aldeanos se prepararon para despedirlos con el mayor entusiasmo y con toda clase de atenciones.

Fue preparada una almadía en la que la comisión había de efectuar el regreso, bajando por el velocísimo río Usu, cuya corriente se desplaza a razón de veinticinco o treinta kilómetros a la hora.

El cacique de la aldea subió a la balsa con dos de sus secuaces para saludar por última vez a los mensajeros, y alargó su mano derecha, en ademán de despedida, al jefe de la misión. El policía le sujetó fuertemente mientras daba la señal para soltar las amarras.

En un momento, la almadía emprendió veloz carrera, arrastrada por la corriente.

Entonces los sectarios se dieron cuenta de que habían caído en una trampa, pero no pudieron librarse.

El cacique y sus dos acompañantes fueron esposados sin que los secuaces que se hallaban en la orilla pudieran auxiliarles. Al cabo de algunos días ya estaban en la cárcel de Minusinsk los tres sectarios y ulteriormente recibieron el castigo que merecían.

Los demás pobladores de la «aldea desconocida» comunicaron su adhesión al gobierno y fueron perdonados.

De esta manera terminó la clandestinidad de aquella aldea.

Otras más pequeñas fueron desapareciendo por sí solas; y al comienzo de nuestro siglo se podía tener la seguridad de que no existía ninguna.

Tal era el país al que debía ir el autor de esta novela con el fin ya indicado. S. R. Minzlov efectuó este viaje con su esposa, K. D. Minzlova. El 11 de mayo de 1914 abandonaron ambos San Petersburgo con dirección a Krasnoyarsk por el ferrocarril transiberiano. Después habían de ir en un vaporcito, por el Yenisei, hasta Minusinsk, y desde allí adentrarse en la Gran Taiga hasta la región del Urianjay.

En este vastísimo país no encontraron más que cinco o seis funcionarios del Estado, ocupados en la construcción de la primera ciudad rusa —Bielozarsk— que tantos disgustos y preocupaciones comenzaba a causar al gobierno.

La misión estaba a punto de terminar cuando se declaró la primera guerra europea.

S. R. Minzlov se apresuró a regresar a San Petersburgo llevando consigo una valiosa colección arqueológica de los tiempos de Gengis Khan, la tumba del cual se encuentra, según la leyenda, en aquellos parajes.

Los detalles u conclusiones de su viaje los publicó S. R. Minzlov en varias revistas científicas y en su libro titulado «Una misión secreta», en extremo interesante desde el punto de vista etnográfico y orográfico y que puede agradar mucho a los aficionados a las obras que refieren viajes por regiones casi inexploradas.

Además de estas obras, S. R. Minzlov publicó algunas otras de corte novelesco, una de las cuales es la que ofrecemos aquí a los lectores españoles.

En esta novela, el autor relata un episodio verídico, un hecho que tuvo lugar a mediados del siglo pasado.

No obstante el tiempo que ha transcurrido desde entonces, el autor podría cerciorarse hoy de que han cambiado muy poco aquellas regiones del continente siberiano.

Tanto la Gran Taiga como el país del Urianjay siguen en el mismo estado, y son escenario, hoy todavía, de episodios tan interesantes como los de la presente novela.

A. Marcoff

Capítulo primero

¡Qué hermoso aquel día de marzo de 1850! ¡Cuánta alegría en el azul de la bóveda celeste! ¡Qué gozo producía el Yenisei atenazado por los hielos! ¡Qué risueñas parecían las montañas que, cual blancos conos, se erguían a lo lejos, yendo a perderse hacia Irkutsk…!

Todo brillaba, todo resplandecía bajo los rayos de un sol invernal intenso.

No tenían fin las nieves, ni límite el espacio.

Hacia atrás, hacía occidente, se divisaban en la ladera de un monte las isbas y cabañas de Krasnoyarsk, tocadas de blancos tejados puntiagudos… Y encima, como ejército de gigantes que pretendiesen alcanzar el cielo, se alzaban verticales en el aire quieto varias columnas de humo fingiendo pilares…

Poca gente había en las anchas calles. El frío intenso enrojecía los rostros y pinchaba la vista.

Gregorio, el hijo del dueño de la mejor casa, buen mozo de negros ojos, que vestía rústico chaquetón de piel de cabra y gorro de pieles, contemplaba la lejanía desde la alta escalinata de la casa paterna y en su rostro se reflejaba la emoción que le producía el radiante panorama. Gozaba de la claridad y sonreía.

La casa de Mateo Pavlovich Anañevij se elevaba en lo alto de una cuesta, allí donde hoy termina un hermoso paseo. Era de dos grandes pisos y había sido construida toda con gruesos alerces, el árbol de crecimiento pausado, pero que se conserva tantos años

que no se pueden contar. Porque sabido es que en los túmulos esparcidos como olas por la estepa del Yenisei, hasta el hierro se disgrega en herrumbre, mientras perdura el alerce…

Dos peludos mastines cubiertos de escarcha descubrieron a Gregorio y, subiendo los escalones, buscaron las caricias del amo lamiéndole las manos y meneando sus colas.

—¡Qué día más espléndido! —le gritó en esto un mozo alto, pero desgarbado, que había salido corriendo por la puerta de servicio—. ¡Estaría bien probar la cuesta con los patines!

—¡Ya te dará buenos patines el amo, que viene ahí! —contestóle Gregorio riendo—. ¡Corre, Mikita! ¡Ábrele los portones!

El mozo saltó como una liebre por encima de los montículos de nieve para obedecer la orden, mientras Gregorio abría la puerta de la casa, forrada con piel de reno, y desaparecía en el vaho cálido del interior.

Había luz y calor en las estancias. Los rayos del sol penetraban por las pequeñas ventanas y a través de los visillos se esparcían como chorros de oro, arrancando destellos a los claros espejos y a los azulejos policromos de las estufas, para desgranarse luego en los muebles limpios y en los zócalos de lustrosa madera.

Los Anañevij no eran gente cualquiera, sino que pertenecían a un linaje de mercaderes que ya en tiempos de Catalina II se habían asentado en Krasnoyarsk.

Por esto en aquella casa todo era antiquísimo y hecho para servir otros muchos años… si así lo dispusiera el Señor.

En cada habitación había un buen número de iconos, todos muy cuidados; brillaban los relieves y la plata repujada, y competían gruesas perlas con diamantes incrustados…

Naturalmente, también eran imágenes antiguas.

Y Mateo Pavlovich, amo de todo aquello y padre de Gregorio, pertenecía a los antiguos creyentes, y era firme como una roca en sus tradiciones.

Reinaban la paz y una piadosa armonía en la casa, cuidada por su hermana Glafira, cuya vida transcurría en altiva e inflexible soltería.

Glafira era alta como su orgullo, derecha y tiesa como una torre de ciudadela… A Pelagia Grigorievna —la mujer de Mateo Pavlovich y verdadera dueña— apenas se la oía. Porque era dócil y modesta, sonreía a todos y por todo y siempre tenía algo agradable que decir. En la ciudad se opinaba que «no andaba muy bien de la cabeza» por un terrible susto sufrido. «Había sido —hablaban— en la misma noche en que naciera Gricha[2], al declararse un incendio en la casa…» Y puede que fuese cierto. Pero en nada, fuera de su trato excesivamente afable, mostraba aquella supuesta debilidad cerebral.

Mateo Pavlovich cuidaba mucho de que no se la excitara. Él mismo se contenía para no elevar la voz en su presencia… Y a ella, ¡cómo le iba a chillar si un soplo suyo bastaría para tumbarla! Mateo Pavlovich era alto, fornido, mientras que toda ella hubiese cabido en su barba… grande pero suave como piel de nutria. Mateo Pavlovich, en general, no chillaba a nadie; lo más que hacía cuando algo le disgustaba o contrariaba era fruncir el entrecejo, y entonces su mirada, que se volvía dura, bastaba para restablecer la obediencia o corregir la falta. Y era fuerte, tan fuerte que partía como rosquillas recias herraduras.

Gregorio era su hijo único.

Su tía le admiraba y se lo llevó cuando aún era un bebé; el pequeño durmió desde entonces en la alcoba de Glafira y pasaba allí los días con su tía y el aya.

Parecía que a Pelagia Grigorievna aquella separación de su hijo le fuera indiferente; entraba en el cuartito de su cuñada, se quedaba allí algún rato sentada humildemente mirando cómo jugaba su niño, le acariciaba, sonreía a todos y se iba con suavidad…, y al regresar a su aposento se entretenía limpiando los

metales de los iconos o pasaba el rato mirando fijamente el cielo o las montañas, apoyada en el ancho alféizar de la ventana. También oficiaba a veces, lo que hacía tan bien que ni los viejos sacerdotes podían superarla[3].

Mateo Pavlovich llegó sombrío.

Apenas entró en la casa ordenó que le enviaran a Vedeney, su apoderado. Seguidamente pasó a sus habitaciones, y después de haberse persignado ante los iconos, se sentó como una mole viviente ante la mesa de su despacho.

Vedeney Savich estaba en la casa como jefe de dependientes y encargado. Era hombre serio, reposado y de edad madura. Hacía tiempo había tenido intenciones de dedicarse al comercio por propia cuenta, pero nunca tuvo suerte, a pesar de tenerla para los demás; si cuidaba negocios ajenos, el dinero afluía como agua por un canalón, pero el que invertía en asuntos propios se perdía como a través de una criba vieja… Y no era que lo empleara mal o sin cálculo. No tenía suerte y esto era todo.

La pasada primavera había realizado la última prueba: con el dinero ahorrado en cinco años y guardado en una hucha compró una partida de salazón, y la cargó sobre una barcaza para llevarla río abajo. Pero a la sazón el Yenisei estaba muy crecido y corrían las aguas impetuosas; y una noche se rompieron las amarras y se estrelló la barcaza, yendo el pescado a divertir al rey de las aguas…

Otro en su lugar se hubiera arrancado los pelos, quizá se hubiese vuelto loco. Pero a Vedeney Savich, hombre de temple, sufrido y buen creyente, aquella desgracia sólo le produjo un ligero temblor de labios. Cuando le comunicaron el desastre se sobrepuso en seguida. Se persignó, inclinó la cabeza y dijo:

—¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Luego le vieron apoyado en el alféizar de su ventana, con la barbilla en la mano, pensativo, perdida la mirada en la lejanía.

Lo que pensó y sintió entonces no lo dijo a nadie y los demás sólo advirtieron aquel recogimiento. Cierto es que las flores de una maceta que tenía a su lado parecían salpicadas de rocío y acaso aquellas gotas fueron lágrimas… pero nadie advirtió que sus ojos hubieran llorado.

Vedeney Savich era más bien bajo pero fuerte. Llevaba la barba en punta y su color encendido le asemejaba a San Marcos el Ermitaño.

Mateo Pavlovich apreciaba mucho a su encargado, teniendo depositada en él toda su confianza. Sabía que era fiel, escrupuloso y que cuidaba los intereses del amo como si fuesen las niñas de sus ojos. En cualquier momento podía disponer de su persona.

Aquella vez no fue una excepción y a los pocos minutos Vedeney Savich entraba en el despacho de su señor.

—Ven aquí, quiero hablarte —le dijo Mateo Pavlovich indicándole una silla a su vera.

Vedeney Savich cerró la puerta y, acostumbrado a aquel honor, se sentó al lado de su amo, tranquilamente, sin apresurarse, con las manos cruzadas sobre el incipiente abdomen.

—Se nos va el asunto de entre las manos —empezó Mateo Pavlovich, dejando caer pesadamente la mano sobre la mesa, costumbre que seguía cuando estaba de mal humor—. Esta temporada no hemos tenido suerte en el Irbit[4].

—Cierto. Fue un mercado muy flojillo —asintió Vedeney Savich.

—Por mucho que pienso —prosiguió Mateo Pavlovich— me veo con el agua al cuello por todas partes. No hay modo de arreglarnos con el dinero de que disponemos y no quiero que me adelanten nada. No lo he hecho nunca ni lo pienso hacer.

—Y no hay necesidad —aprobó el encargado—. Si cobrara lo que le deben tendríamos más que suficiente…

—¡Quia! Los deudores suelen olvidar sus obligaciones. Ahora mismo he ido a reclamarles mi dinero a uno y a otro y todos me han dicho que sí, que ya me pagarían… cuando pudieran…

—Son excusas. Tienen los arcones llenos… —repuso Vedeney Savich.

Pero Mateo Pavlovich hizo un gesto de desaliento.

—¡Son más ladinos que peces de río y no hay modo de pescarlos! —murmuró—. Además, no quiero insistir, para que no se diga que los Anañevij andan escasos…

—Hay que acudir a los antiguos deudores —sentenció Vedeney Savich—. Algunos han olvidado, según parece, lo que es la conciencia.

—¿Quiénes son?

—Pedro Moseich Vabilin, para no ir más lejos. Quince años atrás le prestó usted cinco mil rublos en buena plata. En aquella ocasión humillábase, juraba y rejuraba devolverle el dinero tan pronto como se repusiera de sus quebrantos… ¿Acaso correspondió?

—Ya he pensado en él —dijo Mateo Pavlovich meneando dubitativo la cabeza—. Pero Vabilin ha desaparecido como si le hubiese tragado la tierra, ignoro su paradero.

—Pues yo he tenido noticias de ese hombre —replicó Vedeney Savich.

—¿Eh? ¿Dónde está? —se animó Anañevij—. ¿Le has visto?

—No tanto. Pero ayer me he encontrado con dos mercaderes de Minusinsk conocidos míos y ellos me dijeron que Pedro Moseich dispone ahora de una gran fortuna: tiene un importante negocio de ganado cerca de Irkutsk.

—¿Y dónde vive? ¿En Minusinsk?

—Más lejos: en tierras de Urianjay.

—¿En el país de los mongoles? ¿Más allá de los montes Sayanos?

—Allí mismo, señor.

—Algo lejos es… —murmuró Mateo Pavlovich rascándose la nuca—. Pero ¿tendríamos bastante con esos cinco mil rublos, caso de conseguirlos?

—De sobras, señor.

—¡Hum! ¿Pero cómo obtenerlos?

—Hay que mandar a alguien, ¿Quién sabe si Pedro Moseich sólo espera la ocasión para liquidar esta deuda que para él debe ser sagrada?

—Puede que tengas razón. ¿En cuántas jornadas se llegaría?

—También me informé sobre este particular. Dijéronme aquellos mercaderes que con veinte días habría bastante.

Mateo Pavlovich tuvo un gesto de contrariedad.

—¡No son pocos! —exclamó y quedó algún tiempo pensativo.

De pronto alzó la cabeza y, dando otra palmada en la mesa, dijo:

—¿Sabes lo que pienso? Pues que busques a esos conocidos tuyos y que te informen con todo detalle sobre la expedición… Mientras tanto yo iré pensando mejor el asunto y ya veremos lo que se decide.

Vedeney Savich se levantó.

—Bien, señor —dijo sencillamente; se persignó ante los iconos, saludó a su amo y salió del despacho.

Al quedarse solo Mateo Pavlovich se alisó la barba, se la enrolló como una soga alrededor del puño y así quedó quieto, fija la mirada y fruncidas las cejas: estaba pensando.

Capítulo II

Los mercaderes estaban instalados en la posada del viejo Sidorich, en las afueras de la ciudad. No estaban sentados en la sala principal, donde el calor era excesivo y el aire casi irrespirable, sino en otra más pequeña, limpia y aireada. Tomaban el té cuando vieron entrar a Vedeney Savich, con sus mejillas amoratadas por el frío y los bigotes cargados de finas agujas de hielo.

Se levantaron para saludarle, invitándole a acompañarles:

—¡Bienvenido, amigo! —exclamaron a una—. ¿Un vasito de té bien caliente?

Para ellos el apoderado de Anañevij era persona que consideraban útil, puesto que de él dependía que consiguieran créditos o que les facilitaran plazos para los géneros que pensaban adquirir.

Llamaron al mozo que por allí cruzaba con su toalla al hombro[5] y a poco había encima de la mesa una verde botella de aguardiente, humeaba una respetable sopera y alzábase una montaña de bocadillos.

—Tanto como elogian los del Volga una sopa de esturión. Yo, en cambio, afirmo que le falta buen trecho para llegar a esta nuestra de *nelma*[6] —observó el más joven de los mercaderes.

Llamábase éste Iván Mitrich y tenía la voz baja, pero sonora como la de un buen sochantre. Su compañero llevaba una espesa barba negra y aunque era más viejo, parecía más despierto y animoso.

—¡Ni se puede comparar! —asintió con una voz singularmente chillona, a tiempo que llenaba los vasos de vodka—. ¿Un vasito? Por favor… —invitó a Vedeney Savich.

Bebieron el aguardiente, hicieron honor a los bocadillos, saborearon la sopa y volvieron a escanciar vodka, acompañándola de emparedados.

Cuando bebían los segundos vasos, Venedey Savich inició el tema que le interesaba. A tal fin se dijo amigo de Vabilin.

—¡Oh, Vabilin! —exclamó riendo Simeón Vasilich, el mercader barbudo—. Éste es el rey del Urianjay. Manda a Irkutsk miles de cabezas.

—¿Y está a buen precio el ganado en el Urianjay? —se informó Vedeney Savich, preparando el terreno a otras preguntas.

El mercader hizo un ademán despectivo.

—Allí la gente es tonta —dijo—. Todo lo aceptan. Por un simple pañuelo o por un cuchillo se puede adquirir un novillo… ¡Y si regateas mucho te cederán al pastor para que críe al novillo hasta que se haga toro! ¡He visto dar una oveja por una aguja!

—¿Es posible?

—La pura verdad. Para eso existen los tontos en el mundo, para que los que no lo son les esquilen. ¡Te digo que esa gente es estúpida! Por algo son soyotes…[7] ¡A tu salud, Vedeney Savich!

Los mercaderes alzaron sus vasos llenos otra vez de vodka y los apuraron a grandes tragos.

—¡Qué buena vida será aquélla! —exclamó Vedeney Savich dejando su vaso sobre la mesa—. Sólo que debe de estar muy lejos… ¿Vais allí a menudo?

—Últimamente hemos estado bastantes veces —respondieron los mercaderes—. Llevamos género y traemos pieles.

—¿Son buenos los caminos?

—¡Los caminos! Son como Dios los hizo… En invierno seguimos por el Yenisei en trineos.

—¿Y no hay camino más directo por las montañas?

—¡Quiá! —exclamó el de la barba—. Aquellos montes son muy abruptos, altas las cordilleras… Hay montañas que todo el año siguen con nieve. Las hay que se alzan como pilones de azúcar horadando el cielo. Incluso al oso le cuesta un inmenso trabajo franquear las gargantas y los barrancos de la *taiga*[8]. ¡Son bosques negros como la noche e incluso de lejos infunden pavor! ¡No hay quien se meta allí!

—¡Así es! —asintió Iván Mitrich, que ya comenzaba a experimentar los efectos de la fuerte bebida—. ¡Compras por medio copeck y tienes penas por valor de un rublo! Si no te hielas, como propina. Por una insignificancia, por cualquier descuido, se perece.

—¿Y ese camino, es largo?

—Un par de semanas cuando no hay tropiezos.

—¿Dónde pasáis la noche? ¿Acaso entre la nieve?

—La gente de Minusinsk ha construido cabañas en algunos puntos —contestó Simeón Vasilich—. Están casi siempre vacías, o bien las ocupan de tarde en tarde los cazadores. Nunca falta leña para encender un buen fuego ni bancos en que dormir.

—¿Y a la vuelta también se sigue el río?

—Procuramos volver antes del deshielo, siempre con trineos. Pero si por descuido nos adentramos demasiado en el país y nos sorprende la primavera, construimos una balsa y nos dejamos arrastrar por la corriente. ¡Son los gajes del oficio!

—¿Tan peligroso es el Yenisei?

—Es muy rápido en los cañones y entonces la balsa brinca como un corcel. También hay cataratas: allí hay que persignarse y esperar a que se cumpla la voluntad del Señor… Sólo al pensar

que quizá hayamos de tentar otra vez esta suerte, se me erizan los pelos… El agua hierve como en una caldera, todo es espuma, trombas y remolinos. Pocas son las veces en que la balsa no se parte en dos o no se estrella contra las rocas.

—¡Ah, ah! —comenta Vedeney Savich—. Así, se puede aplicar el dicho: «Al otro lado del río la vaca cuesta un copeck, pero traerla cuesta un rublo.»

—Así es. Además, el río corre encajonado entre gargantas imposibles de salvar.

Bebieron y comieron de nuevo. Los mercaderes se pusieron arrebatados y sudorosos; en cambio Vedeney Savich, acaso un poco más pálido que de costumbre, continuaba sereno y tranquilo: el vodka no solía producirle mucho efecto.

La bebida acabó desatando la lengua del barbinegro y Vedeney Savich lo aprovechó para llevar de nuevo la conversación sobre Vabilin, preguntando dónde y cómo era posible encontrarle.

Al parecer era el punto sensible de Simeón Vasilich, quien exclamó de pronto descargando un formidable puñetazo sobre la mesa:

—¡Ay! ¡Vabilin, Vabilin! Siempre pienso… ¿Qué somos nosotros? Nuestros negocios son una miseria… los asuntos que llevamos no valen ni un copeck… Somos pescadilla menuda comparados con Vabilin. ¡Éste sí que es un pez gordo! Siempre he dicho: quien quiera enriquecerse pronto debe, como él, desollar en vivo…

Vedeney Savich aguzó el oído.

—¿Desollar en vivo? ¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Qué quiero decir? —tartamudeó Simeón Vasilich—. Pues sacarlo todo de balde… No pagar nada…

—Pero ¿quién da algo por nada?

—Y la maza y el fusil, ¿para qué sirven?

Simeón Vasilich se inclinó al oído de Vedeney Savich y le murmuró en tono de gran misterio:

—Allí la gente es mansa… Se hace lo que se quiere. No hay gobierno, no hay leyes…

—Me resisto a creer que Vabilin obre así —protestó Vedeney Savich, que efectivamente, no lo creía.

—¡Pues no dude, amigo! Cinco años atrás no retrocedía ni ante la sangre.

—No lo remueva, Simeón Vasilich —observó Iván Mitrich, que hasta entonces había callado, con la cabeza apoyada en las manos y los dedos metidos en la rubia melena.

—¡Calla tú! ¿Acaso no es cierto lo que digo? —replicó Simeón Vasilich.

—Pero hay verdades que dañan cuando se las saca a relucir —insistió Iván Mitrich.

—Hablad sin cuidado —tranquilizó Vedeney Savich— que cuanto se diga, aquí se queda… ¡Y bebamos otro poco de vodka, pues ahora me toca invitar!

A una señal de Vedeney Savich, el mozo trajo otra botella.

Los tres apuraron nuevamente los vasos, con lo que Iván Mitrich quedó definitivamente eliminado; los ojos se le entornaban, se dormía ya y no se cuidaba de los mechones de cabellos que le caían por la frente.

—¿Cómo pudo llegar a tanto? —siguió preguntando Vedeney Savich a Simeón Vasilich, que, aunque borracho, resistía mejor la bebida.

—Yo sé cómo fue —contestóle éste—. Escucha… Volvía una vez Vabilin de Irkutsk con sus mozos… Traía a unos veinte consigo en aquella ocasión… Iba, pues, camino de regreso, cuando vio, de pronto, en la estepa un rebaño de los grandes conducido por tres o cuatro pastores tan sólo. La estepa allí es salvaje, no

hay poblados ni yurtas[9] en cien verstas a la redonda… Vabilin, sin pensarlo mucho, grita: «¡A ellos, muchachos!» y sus mozos arremeten contra los pastores. Éstos se precipitan hacía sus monturas, pero no se les da tiempo a que se salven. Sólo uno de los pastores, uno jovencito y que corre mucho, logra escapar. Vabilin y su gente se apoderan del ganado, vuelven a juntar las reses que se habían desmandado y prosiguen a toda prisa… El mismo Vabilin queda atrás con una docena de los suyos cubriendo la retirada: bien sabe que los soyotes no dejarán de perseguirle. Van acercándose a las montañas… anochece… ya casi todo es negro, el cielo está encapotado… y de pronto se desencadena la tempestad… ¡Allí esos caprichos del tiempo son terribles! Sólo Dios sabe lo que pasa entonces en las montañas y no hay modo de hacer avanzar al ganado. Las reses menudas se arremolinan, se hacinan, las cabezas de unas entre las patas de otras y no hay manera de moverlas… En cambio el ganado mayor se desmanda, corre alocado y ¡vete a buscarlo de noche en la Sierra! Viendo venir el peligro, ordena Vabilin reunir como se pueda el ganado en una quiebra, mientras que él y unos cuantos más se sitúan en un altozano y, escondidos entre la hierba, se disponen a la defensa. Rasgan los relámpagos el cielo. Pero no truena, ni llueve… Una tempestad seca y silenciosa… No sé si las habrás visto así… Imponen. Todo el cielo parece arder con fuegos rojos y azules… y Vabilin espera… una hora, otra… y otra… Tienen los fusiles prestos… pegado el oído a tierra… Por fin se escucha un rumor: el pisar de muchos caballos lanzados a galope. Vabilin y sus mozos se disponen a la lucha. Tienen a la espalda los montes, delante la estepa, encima el cielo encendido. Pronto divisan a los perseguidores y hasta oyen sus voces. ¡Son muchos los jinetes! Vabilin, sereno, espera a que se acerquen y sólo cuando están a punto de alcanzar el altozano les hace una descarga cerrada. Los caballos se encabritan y caen soyotes… Gritos de espanto y de agonía… Los de Vabilin aprovechan la confusión y vuelven a dispa-

rar sus armas. Corren los soyotes despavoridos… Nada pueden intentar pues no tienen más que arcos y sus látigos de pastores. ¡Algunos no habrían oído disparar un fusil en su vida! Fue una terrible matanza.

—¿Y quedó sin castigo la fechoría? —se extraña Vedeney Savich.

—Allí no hay quien administre justicia. No pueden acudir ni a los *noyones*, que son sus príncipes; con éstos hay poco que hablar. Se les regala un par de botellas y alguna que otra bagatela y con esto se tiene toda la justicia que se quiera. ¡Y si al pobre soyote se le ocurriera insistir, aun le declararían culpable!

—¡Cáspita! —comentó Vedeney Savich, apretando los labios —. El amigo Vabilin me va resultando un verdadero Zar Berendey… es decir, un redomado bandido…

Rió Simeón Vasilich con su vocecilla aguda.

—Pues es así como se practica el comercio en el Urianjay. En cuanto a eso de Zar Berendey[10], en efecto, así le llama allí todo el mundo, por más que no sea el único en su género. ¡En el pueblo de Usinsk pasan aún cosas peores!

Mientras hablaba su joven compañero comenzó a despertarse; le disgustaba que el viejo charlara tanto.

—¡Basta ya! —gruñó, dándole un codazo como para advertirle que no prosiguiera.

Simeón Vasilich calló, dócil como un chiquillo bien educado.

Vedeney Savich meneó la cabeza con desagrado.

—Quien no responda ante los hombres responderá ante Dios —sentenció—. Y en el día del Gran Juicio no habrá soborno que valga… como tampoco se compra la conciencia. ¡Cuando se procede mal, ésta siempre remuerde!

—¡Quién sabe! —exclamó Simeón Vasilich encogiéndose de hombros. Luego agregó—: Vabilin es un hombre huraño, taci-

turno, hosco como la misma «taiga» en una noche oscura… Y cojea mucho, por cierto.

—¿Es cojo? —se extrañó Vedeney Savich—. Cuando le conocí andaba muy tieso y pisaba firme.

—Hace dos veranos se cayó del caballo: cuestión de mala suerte y de fantasmas. Una noche sorprendióle la tormenta en la estepa. Acompañábale uno de sus hombres y habían tenido una larga y penosa jornada. Todo iba bien, sin embargo… Pero cuando oscureció y comenzaron a danzar relámpagos y a retumbar truenos, Vabilin se puso inquieto, empezó a mirar y a remirar por todos lados, extraviada la vista y como perdida la razón… A cada relámpago se revolvía en su silla, como si alguien le mordiera. Así avanzaron un buen trecho, siempre perseguidos por la tormenta. Y he aquí que, de pronto, fustiga su caballo y le clava las espuelas. Brinca el animal herido y emprende loca carrera por un terreno quebrado, lleno de barrancos, de hoyos y de matas… El mozo que le acompañaba intentó seguirle pero no pudo. A la luz de un relámpago vio de pronto el mozo que el caballo de Vabilin corría solo, erizada la crin, con la silla colgando. Se detuvo, gritó, buscó y rebuscó por todas partes, hasta que al fin dio con su amo, que yacía sin sentido, con una pierna rota, en el fondo de un barranco. Atravesado en la silla, como a un muerto, le llevó a su casa, que, por suerte, no estaba lejos. Allí le tuvieron que echar agua para que volviera en sí… Llegó a curarse, pero cojea desde entonces.

—Nada tiene de particular que llevando una vida así vea visiones —comentó Vedeney Savich.

—Quizá —asintió el viejo mercader—. Pero en aquel país, hasta con la conciencia bien limpia, hay cosas sobradas para destrozar los nervios mejor templados. Tras cada árbol, en cada mata, hay trasgos al acecho.

—¿Es posible?

—Digo la verdad. Aquello es patria de genios malignos. En miles de leguas no hay un solo templo cristiano, ni siquiera una modesta cruz: solamente riscos y la «taiga» impenetrable. En cada montaña, en cada angostura, hay montones de piedras impuras: son los *avvás*, como allí les llaman. No hay curas, pero los brujos y hechiceros pululan… Es un mal país…

Apuraron el último vaso, «el báculo chiquito para el caminito»… como se dice, y Vedeney Savich se despidió de los mercaderes. No regresaba satisfecho; iba con las cejas fruncidas, pensando en lo que había oído sobre el antiguo amigo de su amo.

CAPÍTULO III

—DEBEN de ser muy embusteros tus conocidos —exclamó Mateo Pavlovich al escuchar el relato del encargado.

—Creo que no. Más bien parecía que se callaban algo… —repuso éste.

—¡Piénsalo bien! —trataba de convencerse a sí mismo Mateo Pavlovich—. Se han dado casos de bandidos que se han hecho comerciantes… ¡pero es la primera vez que oigo que un mercader se meta a bandolero! Escucha a la gente: te dirán por lo bajo que éste, cuando joven, robó… que aquél, mientras era postillón, desvalijó a un viajero; que otro sustrajo un baúl en una posada… Podrá ser cierto o no serlo… ¡Pero de aquí a lo que tú me cuentas! Yo no puedo creerlo.

—No hay humo sin fuego… Esto también lo dice la gente.

—¡La gente! Nuestra gente es como las mujeres: sin fuego te lo llenan todo de humo… Y la lengua es como la becada, siempre está pronta a emprender el vuelo… Bien. Lo principal es que hayas encontrado las huellas de Vabilin.

Mateo Pavlovich calló un rato y añadió:

—Yo quiero cobrar mi dinero y si Pedro Moseich es ahora rico sé que me pagará la deuda con mil amores. Le conozco bien. Es duro y severo y por esto murmura la gente.

Vedeney Savich callaba.

—Entonces he pensado —continuó Mateo Pavlovich— que para arreglar este asunto hay que proceder con mucha cabeza… Y nadie mejor que tú para llevarlo a buen término. Y mira lo que te digo: si logras arreglarlo dejarás de ser mi dependiente.

A Vedeney Savich le pareció que el mundo se le venía encima. Miró como atontado a su amo, mientras éste proseguía:

—Sí. Ya no me servirás más como encargado, sino que serás mi socio en la nueva empresa.

Con esta oferta a Vedeney Savich le subió la sangre al rostro y le palpitó con fuerza el corazón.

Se levantó de un salto y, con la voz entrecortada, exclamó:

—¡Qué dice, señor! ¡Cómo! Yo…

Le ahogaba la emoción y el labio inferior le temblaba. Durante toda su vida la suerte se le había escapado y ahora, de pronto, le venía a las manos, sin que él la buscara.

Mateo Pavlovich, reía, comprendiendo la confusión de su empleado.

—Pero, acuérdate también —le dijo— que antes has de cumplir mi encargo. Tráeme aquel dinero y con esto basta. Participarás de mis negocios…

—Lo traeré, si Dios quiere, señor —contestó Vedeney Savich loco de contento.

—Está bien. Escoge dos buenos mozos, aquellos en quienes tengas mayor confianza. Además…

Mateo Pavlovich quedó callado unos instantes, atusándose la barba. Luego siguió:

—¿Sabes a quién pienso mandar contigo como cuarto compañero? Pues a mi Grichutka[11].

—¿A quién? —preguntó extrañado Vedeney Savich, pareciéndole haber oído mal.

—A Gregorio, digo. ¿Estás sordo? El mozo ya tiene sus años y es tiempo de que vea el mundo. Que aprenda algo viajando. No está bien quedarse siempre en casa entre mujeres.

—Pero es un viaje muy largo.

—¿Y qué le puede pasar? No es un azucarillo que se deshará por el camino. Quiero que salgáis dentro de dos días.

Vedeney Savich se persignó ante el icono, saludó a su amo y salió del despacho.

Le parecía escuchar música celestial; tan alegre estaba que faltaba poco para que bailara. Al abrir la puerta de otra habitación, casi dio con ella en la frente de Gregorio, el hijo del amo.

—¡Vedeney Savich! —exclamó éste—. ¿Es cierto que mi papaíto le manda al Urianjay?

—Sí, es cierto. Y tú, ¿por qué has estado escuchando tras la puerta?

Gregorio le cogió de la mano e imploró:

—Tiíto…[12] dígale a mi padre que me deje ir con ustedes.

Y casi se le saltaban las lágrimas.

Vedeney Savich sonrió y le dijo:

—Puesto que tan impaciente eres, quiero darte la noticia: éste es, precisamente, el deseo de tu padre. Así que prepárate para el viaje.

Vedeney Savich no supo discernir si Gregorio le había pisado la cola al gato, o era el mismo Gregorio quien chillara. Sólo advirtió que allí donde estaba viendo la cara del muchacho aparecieron de pronto sus zapatos, efecto de una magistral zapateta. Luego Gregorio abrió de golpe, al parecer con la propia frente, la puerta del aposento de su tía y entró allí como una tromba.

—¡Tiíta, me marcho! —gritó y se puso a bailar de contento.

—¿Adónde te marchas? —le preguntó extrañada Glafira Pavlovna, que estaba ordenando lencería en la cómoda. Y al volver-

se y advertir los extraños movimientos de su sobrino, le dijo, medio en serio, medio en broma:

—¿Qué te sucede? ¿Es que te has vuelto loco?

Gregorio la besó frenéticamente en vez de contestarla.

—¡Déjame, loco! —protestaba Glafira Pavlovna entre indignada y divertida—. ¿Te han echado el mal de ojo o te ha mordido un perro rabioso?

—El papaíto me manda al Urianjay —aclaró, al fin, Gregorio —. Acompañaré a Vedeney Savich.

—¡Gracias a Dios! —comentó la tía—. Así estaremos más tranquilos en casa. ¡Mira cómo me has arrugado todo el traje! — y añadió mientras se arreglaba el vestido:

—¿Está muy lejos este poblado?

—Unas veinte jornadas.

—¡Calla, tonto! ¿O hablas en serio?

Se volvió hacia Vedeney Savich, que estaba cerca de la puerta contemplando sonriente la escena.

—Diga: ¿está lejos esta ciudad?

—El chico no se engaña —contestó el encargado—. Unas veinte jornadas habrá de camino. Como también es cierto que fue el mismo Mateo Pavlovich quien dispuso que Gregorio nos acompañe.

—¡Están locos todos ustedes! —exclamó Glafira Pavlovna agitando las manos—. ¿Tan lejos quieren llevar a mi chico? ¿Y para qué?

—No soy yo quien mando: lo quiere el amo. Mateo Pavlovich dice que es para que Gricha vea mundo, para que se despabile viajando.

Desde luego Vedeney Savich no dijo ni media palabra de los horrores que había oído contar respecto al Urianjay. ¿Para qué

habría de hacer sufrir el corazón de aquella mujer? Aun así padecía…

Glafira Pavlovna se encerró en su cuarto y cuando lo abandonaba era para dar golpes con las puertas y sobre los muebles, que sonaban como pistoletazos. Sin embargo no se atrevió a contrariar a su hermano.

Pelagia Grigorievna, la madre, no dijo ni una palabra. Aceptó con su mansedumbre habitual la decisión de su marido y sólo bendijo y besó a Gregorio más tarde, en el momento solemne de la partida.

Vedeney Savich decidió llevar consigo al desgarbado Nilka porque era listo y a Mikita, apodado *el trasgo*, que si bien no tenía buena presencia por haberlo desfigurado la viruela, era tan fuerte que derribaba a un novillo de dos años torciéndole los cuernos.

En la casa de los Anañevij todos estaban ocupados en los preparativos del viaje. Se acondicionaron dos grandes trineos reforzándolos y disponiéndolos para dormir dentro.

Por fuera iban asegurados con hierros y el interior lo forraron con pieles de oso, que conservarían el calor. En dos baúles metieron toda clase de fiambres y frutas, mientras en la cocina preparaban otros muchos manjares, tales como *schi*[13], bocadillos de carne frita o asada, empanadas y pastelillos. En la escalinata, sobre la nieve, colocaron los cazos con la sopa y tablas con pasteles diversos, para poderlo meter todo, una vez congelado y partido, en grandes cestos.

Los perros miraban con ansia los manjares y hubo que atarlos para que no hicieran algún desaguisado.

Y así llegó el día de la partida.

Antes de amanecer ya se iluminaron las ventanas de la casa. En el comedor, sobre la interminable mesa, había preparados para el desayuno varios montones de pescado asado, comida propia para los días de abstinencia.

Glafira Pavlovna hizo comer a los que iban a partir hasta que dijeron que no podían más y les dio té hasta atragantarles. Después todos pasaron a la estancia contigua. Allí estaba ya Pelagia Grigorievna ante los iconos y toda la gente de la casa acudió para rezar por el feliz término de la empresa.

Con gran sentido y claridad, leyó Pelagia Grigorievna lo que dispone el código de los viajeros. Se hicieron los saludos y las genuflexiones de precepto; besaron los viajeros el crucifijo y los iconos y pidieron la absolución a todos los presentes. Volvieron a arrodillarse, Gregorio cayó a los pies de su padre, besándole las manos; Mateo Pavlovich tomó de la capilla improvisada una pequeña medalla de la Madre de Dios, de Kazán y la dio a su hijo.

—Recibe con ella mi bendición, hijo mío —dijo emocionado.

Luego, cuando todos se alzaron:

—Mis órdenes son las siguientes: Vedeney Savich va en mi lugar, así que sin su permiso no debéis dar ni un paso. Lo que él te diga, que sea sagrado para ti, Gregorio. ¡Oídlo, mozos! ¡Esto os lo digo a todos! —se dirigió a Nilka y a Mikita, levantando la voz.

—Bien, señor —contestaron aquéllos.

—Así me gusta. Y te digo a ti, Vedeney Savich, que no les perdones falta alguna a ninguno de los tres. No te importe que Gregorio sea hijo mío. Si lo mereciera, lo castigarás a bastonazos como a una res desmandada. Ahora te llevas a un necio, pero quiero que me traigas a un hombre formal.

Todos se besaron en despedida. Se pusieron los gruesos *tulúps* de piel de carnero, recogieron las mantas de piel de reno y los gorros con orejeras; calzáronse los guantes y, saliendo por la escalinata, se sentaron en los trineos.

En el primero iban Vedeney Savich y Gregorio y el de atrás ocupábanlo los mozos.

En cada trineo pusieron un par de fusiles nuevos, de los de gatillo, con sus fundas de cuero; además, cada viajero llevaba en su gabán un par de pistolas cargadas. Era necesario viajar precavido, ya que los parajes que habían de recorrer eran solitarios y salvajes… Era como ir a un país remoto de tenebrosa leyenda.

Revisaron la impedimenta sujeta en las traseras de los trineos.

—¡Con Dios! —lanzó como señal de partida, desde la escalinata, Mateo Pavlovich.

Restallaron los látigos de los conductores, crujieron los trineos y las dos troikas —una de jaros y la otra de alazanes— comenzaron a deslizarse sobre la nieve.

—¡Con Dios! ¡Enhorabuena! —les despidieron, a voces, los que se quedaban, agitando manos y pañuelos, corriendo los mozos algún trecho al lado de los vehículos.

Los trineos salieron al camino; los conductores animaron a los caballos con gritos y latigazos y los animales emprendieron veloz carrera. Los viajeros apenas podían distinguir las casas de Krasnoyarsk que cruzaban.

Era un día radiante, claro, luminoso… Días así son los que escogen los ángeles para sus vuelos.

Se arrebata el ánimo, se eleva el alma, y el hombre se siente gigante, dispuesto a todas las proezas…

Capítulo IV

Son cortos los días en invierno y largos los caminos siberianos.

Como naves sobre las olas se deslizan los trineos, pero el viaje por la nieve es penoso para quien no está acostumbrado.

Al anochecer los viajeros estaban cansados; ni se acordaban de lo que habían comido y bebido por la mañana. Ahora ya todos tenían ganas de comer, pero no encontraban sitio a propósito donde pararse. Son muy grandes las distancias que se recorren en las etapas, tanto que la primera parada estaba a más de setenta verstas de la ciudad.

Empezaba a oscurecer cuando ante ellos vieron las luces y negras siluetas de las isbas de Nefedievskaya. Coreados por los ladridos de perros, entraron los trineos en la calle única: atravesaron unos portones y pararon en medio del patio de una posada, cuyo dueño ya les esperaba rodeado de mozos. Tenían allí un servicio especial para viajeros y, así siempre se adelantaba el dueño a los huéspedes, saliendo al patio para darles la bienvenida y atenderles.

El dueño de aquella posada era muy conocido en toda la comarca y hasta por los viajeros de paso… ¡Quién no conocería al *abuelo* Miguel Teodorich!

Vedeney Savich saltó del trineo y le saludó.

—¿Pasaréis aquí la noche? —preguntó el posadero.

—¡Adónde iríamos más cerca y de noche! No tenemos prisa… —contestó Vedeney Savich—. ¿Hay sitio?

—Ya lo encontraremos. Pasad a calentaros.

Todos en grupo siguieron al viejo dueño, mientras los cocheros, ayudados por los mozos del establecimiento, desengancharon los caballos y metieron los trineos bajo techado.

En la sala grande hacía tanto calor y había tanto vaho como en un baño turco. Una decena de campesinos cenaban ante una larga mesa. Todos estaban muy sofocados y se habían puesto en mangas de camisa. Pero el dueño llevó a los nuevos huéspedes a la habitación contigua, donde todo estaba limpio y en orden; en las ventanas había visillos y la mesa estaba cubierta con un tapete rojo.

Vedeney Savich ordenó que les llevaran un «samovar»[14] y pan y mandó a Nilka y a Mikita a que partieran unos trozos de caldo y bocadillos.

Los mozos fueron diligentes y pronto lo llevaron todo a la cocina para derretirlo al fuego. Apenas Vedeney Savich y Gregorio se habían despojado de los abrigos y sacudido las perneras, cuando la sopera, llena de caliente *schi*, ya estaba sobre la mesa. Toda la estancia se llenó del excitante olor del manjar.

Dejaron limpia la sopera e hicieron honor a los pastelillos, llegando entonces el ventrudo «samovar». Pusieron sobre la mesa al recién llegado, humeante, ufano como un guardapuentes obeso fumando su pipa…

Miguel Teodorich se sentó, también, con ellos para beber el chino brebaje.

Muchos años cargaba el viejo en su corcova, pero aunque doblado, era fuerte como tronco de cedro. Moreno de joven, ahora sólo conservaba negras las cejas, su cabello era completamente blanco, cubierto de nieve por las ventiscas de la vida como buena parte de la pelambre de su robusto pecho.

—¿Van lejos? —preguntó el viejo a Vedeney Savich.

—A Minusinsk —contestó éste—. Nos interesan las pieles. Dicen que no van muy caras esta temporada.

—Es un buen asunto, pero vais demasiado pronto. Todavía no habrán llegado los cazadores de los montes. Tendréis que esperar un tanto.

—Llegando antes tendremos tiempo de orientarnos mejor —dijo Vedeney Savich; luego cambió de conversación preguntándole al posadero cómo le iba el negocio.

Con Mateo Pavlovich habían convenido no decir a nadie a lo que iban en realidad. En asuntos como aquél siempre es mejor llegar de improviso.

En aquella misma sala dispusieron los lechos para los viajeros. Vedeney Savich y Gregorio se acostaron sobre dos camas de colchones y para los mozos echaron junto a las estufas unas grandes fajinas de paja, cubriéndolas con grandes trozos de fieltro.

Aunque hiciese calor, puesto que la estufa estaba al rojo, todos se taparon con sus gabanes de reno y durmieron tan bien o mejor que en su propia casa.

¡No hay sueño como el que se logra tras una larga jornada!

Pero mientras la juventud duerme profundamente, el sueño de la gente de edad es ligero… Por este motivo sólo Vedeney Savich se despertó al aullar el perro al pie mismo de la ventana.

No le gustaban a Vedeney Savich los aullidos, por siniestros y de mal agüero.

Una luna intensa iluminaba la ventana; una lamparilla ardía en un rincón ante los iconos, mientras Gregorio y los mozos dormían con sonoros ronquidos. Y un grillo oculto lanzaba su monótono cri-cri.

Vedeney Savich cerró de nuevo los ojos, pero otra vez aulló el perro, y de tal modo que le dio un vuelco el corazón.

Vedeney Savich se levantó y se asomó a la ventana para descubrir al perro: si éste tenía el morro alzado mirando la casa, el aullido era anuncio de calamidad pública; pero si el perro tenía bajo el hocico, su aullar era presagio de muerte…

El frío había estampado en los cristales de la ventana extrañas figuras; Vedeney Savich raspó con la uña el hielo del cristal y miró afuera.

El perro estaba sentado al pie mismo de la ventana y con las patas de delante escarbaba la nieve; luego cesó en su tarea, levantó la cabeza y lanzó un prolongado y lúgubre aullido.

Vedeney Savich escupió disgustado y murmuró conjurando:

—¡Así revientes, maldito! Por ti mismo aúllas…

Se separó de la ventana y volvió a acostarse.

Dos veces más en la noche le despertaron los aullidos y al amanecer hubo riña de perros bajo la ventana. Los canes luchaban fieramente, ladraban furiosos, rodaban sobre la nieve. Cuando acabó la pelea, uno de los perros quedó sobre la escalinata, quejándose a la noche…

Apenas se levantaron los viajeros, Nilka y Mikita se apresuraron a buscar las provisiones del desayuno; bajaron los cestos de los postes en que los habían colgado para evitar que los perros se comieran durante la noche las viandas. Al pasar junto a los trineos vieron fijos en ellos los ojos de dos mastines.

Nilka quedó parado, dudando:

—¡Pues, Señor! ¡Cómo se parecen a nuestros perros, Polkan y Kuchúmka! Pero ¡si son ellos mismos!

En efecto, eran ellos los que estaban en uno de los trineos, habiendo roto las sogas que les retuvieron y corrido tras el amo setenta verstas.

Los perros saltaron del trineo y se abalanzaron a los mozos, meneando alegremente sus colas y haciendo mil contorsiones;

los dos tenían aún en sus cuellos cabos de cuerda.

Nilka y Mikita cogieron las provisiones y volvieron presurosos a la posada, mientras los canes miraban tristes y cabizbajos cómo se alejaban, sin atreverse a seguirles, puesto que no se les llamaba. Además, temían a los perros de la posada tanto como a los que erraban por aquellos contornos.

—¡Tenemos visita, Vedeney Savich! —gritó jocosamente Nilka al entrar—. Unos que llegaron anoche…

—¿Quiénes son? —preguntó el encargado, lejos de pensar en los mastines.

—Polkan y Kuchúmka, pues…

Gregorio al oírlo se levantó de un salto:

—¡Es posible! ¡Mis perros!

—La pura verdad. Están guardando los trineos.

Gregorio, impaciente, sin esperar a que se repartiera el desayuno, cortó dos buenas rebanadas de pan, se echó el *tulúp* sobre los hombros y corrió a ver a sus fieles amigos.

—Entonces eran ellos los que me despertaron esta mañana —comentó Vedeney Savich—… ¡Ah, comida de lobos! ¡Qué ocurrencia! —y sonrió contento de que los perros les demostraran aquel cariño.

—¿Cómo es posible que no los hayan devorado los lobos por el camino? —se extrañó Mikita, que por lo regular hablaba poco.

—Suerte perruna que tienen… —contestóle Nilka—. ¿Los llevaremos con nosotros?

—No hay modo de dejarlos aquí —dijo el encargado.

Gregorio volvió radiante. Los cuatro viajeros comieron bien, se vistieron y se fueron a sus trineos. Los caballos ya estaban enganchados y escarbaban impacientes la nieve. Salieron al patio.

Había allí gran tumulto de canes: los de la posada volvían a atacar ferozmente a los perros forasteros, ladrando con todas sus fuerzas… Parecían querer comérselos vivos. Polkan y Kuchúmka se retiraron prudentemente a los trineos, puesto que eran minoría, erizados los pelos y amenazadores los colmillos y teníán un aspecto tan feroz que apenas se les reconocía. Tuvieron que acudir los mozos de la posada para apartar a sus perros.

Los viajeros se despidieron y ocuparon los trineos.

Gregorio tomó a sus dos mastines y les hizo echarse en el trineo, entre él y Vedeney Savich.

—¿Dista mucho la próxima parada? —preguntó éste al posadero.

—Unas sesenta verstas habrá, según dicen… —contestó el jorobado con cazurrería aldeana—. Pero nadie lo sabe de cierto… Aquí las verstas no se cuentan… «Uno las midió… con su vara, pero las olvidó…»[15] ¡Recordadnos a la vuelta!

—¡Seremos vuestros huéspedes, si Dios lo quiere! —prometió Vedeney Savich.

Sonaron látigos y cascabeles, piafaron los caballos y los trineos salieron veloces al camino. Pronto dejaron atrás el poblado.

Delante, a los lados, por todas partes se tendía la inmensa sábana blanca, que brillaba al sol como si fuera aljófar.

Gregorio echó hacia atrás la cabeza. Desapareció de su vista el horizonte y sólo divisó el inmenso velo azul glauco del cielo. Como transportada por mágicas alas su alma misma pareció estremecerse de gozo al sentirse libre como un ave, sin trabas, en un vuelo ilimitado…

Capítulo V

Al tercer día de viaje y pasada la noche en un modesto albergue, Gregorio, que estaba aburrido, pues no era muy divertida la compañía de Vedeney Savich, preguntó a éste si podía subir al trineo de Nilka, que era mozo de mucha inventiva, único para contar cuentos o entonar canciones.

Obtenido el permiso, Gregorio se pasó al otro trineo, llevándose a los perros y yendo a ocupar su puesto Mikita.

Se habían levantado siendo aún de noche y salieron de lo que pretendía ser una posada cuando apenas asomaba la luz del día.

El tiempo se había suavizado. El cielo aparecía gris turbio, y como leche vertida se deslizaban blancas nubes de inocente aspecto.

Pero no habrían recorrido ni diez verstas, cuando pareció como si alguien removiera el cielo y comenzó éste a soltar su fría carga. Pronto no se vislumbró ni lo más cercano tras la cortina de nieve y los caballos tuvieron que ponerse al paso. Viajeros, animales y trineos estuvieron en pocos momentos vestidos de blanco.

El cochero, tan cubierto de nieve que solamente se le veían los ojos, se volvió a Gregorio y Nilka y les preguntó:

—¿Tenéis cargados los fusiles?

—Sí… —contestaron los jóvenes muy extrañados.

—Es que pronto entraremos en un bosquecillo y podríamos encontrar lobos. Mal encuentro llevando perros…

—¿Qué tienen que ver los perros? —preguntó Gregorio.

—Por el olor que exhalan y que no gusta al lobo… Desde muy lejos lo huelen.

Nilka y Gregorio echaron mano a las armas.

—Aquí estamos para recibirles —exclamaron decididos.

Recorrieron una media versta más.

Se aclaró el horizonte y la nieve ya no caía tan densa. Los viajeros se sacudieron y se apresuró el paso de los caballos. Pronto vieron el bosquecillo anunciado, de pinos y álamos, chicos y espaciados. Más allá, de levante a poniente estaba cortada la llanura por las avanzadas de la taiga.

Apenas entraron en el margen boscoso, el que conducía exclamó, señalando con el látigo lo que parecía un cepo.

—El lobo…

Miraron Gregorio y Nilka y efectivamente vieron que lo que por cepo tomaron era un lobo gris, sentado e inmóvil. Algo más lejos había otros dos, igualmente inmóviles, tan quietos que no se les advertía, fija la brillante vista en los viajeros.

Bufó el caballo guía y los otros dos se pusieron inquietos, agitaron las crines y agacharon las testas.

A los perros se les erizó la piel y Nilka tuvo que sujetarles porque se disponían a saltar fuera del trineo. Gregorio sacó el fusil, pero desistió de disparar, porque aunque los lobos estuvieran cerca, pensó que había que guardar las municiones para cuando las fieras quisieran asaltarles.

Pero los lobos no estaban hambrientos, al parecer, pues ninguno les siguió.

Los trineos, en su rápida marcha, pronto los dejaron atrás. Gregorio aún volvió la cabeza para ver si les perseguían, pero nada se movió entre los arbustos que bordeaban, densos, el camino.

—Hemos franqueado la primera barrera —observó el del pescante.

Terminó el bosquecillo enano y todo cambió de aspecto en derredor. Les rodeó la taiga verdadera. Los cedros eran ahora tan gruesos que ni seis hombres los abarcarían. Parecían gigantes, príncipes y reyes, velando el sueño de la Reina-Selva. Los pinos adormecidos, envueltos en mantos de armiño, se erguían inmóviles sobre el albo tapiz.

Los colosos estaban quietos como si escucharan los vagos rumores que sólo ellos oían. Alrededor de los pinos, y como siervos y gente menuda, se apiñaban álamos, olmos y altos arbustos, todos cubiertos de luciente plata o vestidos de maravillosos encajes.

Cuanto más se penetra en la selva siberiana, más se siente el miedo a lo desconocido y acuden a la mente extrañas leyendas que se adueñan del ánimo.

¿No estará aquí, en este mismo hueco, dormitando el duende del bosque? ¿Y a tus espaldas, en su madriguera, no yace quizá *Mijailo Ivanovich*[16] con su morro tupido, chupándose la pata en espera de la primavera?

Es difícil imaginar y aún más describir lo que es la taiga en invierno.

Quien la vea una sola vez ya puede navegar por mares, visitar capitales, pasearse por jardines y vivir en palacios… Quedará perenne en su recuerdo la reina-taiga como una evocación de Iván Zarevich, el príncipe encantado de la leyenda.

Empezaron a encontrar pájaros bobos. Parecían pavos, posados sobre las ramas bajas, al lado mismo del camino, con la cabeza inclinada y siguiendo con un ojo rojizo a los viajeros. No se movían y se les hubiera podido coger con las manos.

Anocheció de nuevo, esta vez en la selva.

Como hojas en otoño caían lentamente los copos de nieve.

—Parece menguar el frío —observó Nilka—. Es casi aguanieve lo que cae.

Gregorio tomó un puñado de nieve de la manta que le cubría los pies y la oprimió en el puño, formando una bola compacta y dura.

—Se adelantará la primavera —comentó el cochero—. El viento sopla del mediodía…

La taiga también sentía el hálito del sur y se sacudían los cedros.

Aguzaban los viajeros el oído: un rumor les venía de lejos, como si allí se agitara un mar revuelto.

Murmuró algo un árbol, luego otro… y otro… y al fin habló toda la selva.

¿Sería que el viento les había traído una noticia alegre?

El cochero meneó la cabeza, con visible desagrado.

—¿Pasa algo? —se informó Gregorio.

—No me gusta esto —murmuró el que conducía la troika.

—¿Qué?

—Una tromba que puede cogernos a descubierto, pues ya queda poca taiga por esta parte. Pronto habrá un trecho de estepa.

Se sumergió en esto en la nieve el primer caballo y fue desapareciendo como si cayera en un precipicio; también se hundieron los otros dos y el trineo se deslizó por una pina ladera que conducía a un desfiladero.

La nieve comenzó a caer tupida otra vez.

A través de la densa cortina de copos apenas era posible vislumbrar que a los lados había un bosque de pinos y se alzaba una blanca pared uniforme.

Luego atravesaron algunos claros sembrados de arbustos. Aquéllos eran los lugares preferidos por los lobos cuando hacía

buen tiempo. Ahora no vieron a ninguno, pues cuando los había y presentían una tormenta preferían lo más espeso del bosque a los lugares despejados.

El barranco media un par de verstas. Había lugares en que los caballos se hundían en la nieve hasta el vientre.

Por fin salieron de aquella garganta y el camino se hizo algo mejor. Los conductores animaron a los caballos con voces y latigazos y, con gran ruido de cascabeles, las troikas emprendieron veloz carrera.

El viento gemía entre los árboles con fuertes y prolongados silbidos y la nieve desprendida de las copas cegaba a los viajeros. De pronto desvanecióse la taiga como si la hubieran segado: quedó atrás y ante ellos se extendió la vasta estepa, llana y blanca. Bailaba su fantástica danza la nieve como alzada por gigantescas palas. Todo se borraba… Parecía como si tierra y cielo se hubieran fundido y por momentos los aullidos del viento parecían agudos chillidos de aquellos irreales pájaros de blanco plumaje que volaban en desorden por la estepa. En un momento los trineos quedaron llenos de nieve.

Gregorio miró hacia atrás y no vio al caballo-guía de la segunda troika, cuyo soplo a veces sentía en la misma mejilla. Volvióse del todo Gregorio para ver mejor. ¡Ni rastro de los que les seguían!

—¡Párate! —gritó al cochero—. Nuestros compañeros se habrán rezagado…

Se detuvieron escudriñando la lechosa cortina, pero nada vieron.

—¡A-a-u-u-u! —llamó Gregorio.

Pero su grito en la tormenta fue como el piar de un polluelo.

Esperaron parados un buen rato. Gregorio y Nilka se inquietaron.

—Hay que volver para buscarlos —exclamaron.

—¿Y dónde les buscaremos? —replicó el cochero—. Sólo conseguiríamos extraviarnos.

—¿Y si somos nosotros los que hemos quedado atrás? ¿Si se nos han adelantado ellos?… —insinuó Nilka.

Gregorio sacó de su gabán una pistola, apuntó en alto y disparó. Brilló el fogonazo, pero el ruido del disparo se oyó sólo como una leve palmada. Escucharon atentamente, pero como era de suponer, tampoco esta vez tuvieron respuesta.

—Tenemos que proseguir el viaje, señores —declaró el cochero— si no, pronto nos cubrirá la nieve. Quizá ellos, en efecto, vayan delante…

Tiró de las riendas, hizo sonar el látigo y los caballos se movieron. Les cubría la nieve hasta las ancas. Poco después empezaron a hundirse más y más y apenas pudieron avanzar. El caballo de cabeza se ladeó y se detuvo. El cochero saltó del pescante para examinar el terreno, pero sólo pudo dar tres pasos; hundióse de pronto en la nieve hasta la cintura. A duras penas pudo salir del hoyo y en cuanto volvió a andar le sucedió lo mismo.

—Aquí debe de haber huecos… —gritó—. Hemos perdido el camino…

Los viajeros salieron trabajosamente del trineo e inspeccionaron juntos los alrededores, pero atentos a no alejarse mucho ni separarse. No lograron dar con el camino…

—Vuelvan a subir, señores —dijo el cochero.

Regresaron al trineo. La nieve que seguía cayendo espesa uníase a la que el viento alzaba.

No se veían ni los dedos de la mano y no era posible saber hacia dónde había que guiar los caballos.

El viento molestaba. Silbaba y aullaba como loco, les lanzaba la nieve al rostro, sin que pudieran librarse de sus acometidas, pues el aire soplaba de todas partes y siempre les cogía de frente.

Salvado un altozano el cochero dirigió el trineo hacia la derecha.

Los torbellinos seguían azotándoles siempre el rostro.

Así llegó la noche cerrada, negra, sin luz alguna que viniese de lo alto.

—¿Y si soltásemos a los perros? Quizá nos señalarían alguna vivienda —indicó Nilka.

—Es buena idea —se alegró el cochero—. No lejos de aquí debe de haber un refugio que en días despejados se verá desde el camino.

Gregorio y Nilka saltaron del trineo y desataron a los perros.

—¡La casa! ¡Buscad la casa! ¡Buscad la casa! —les azuzó Gregorio—. ¡Buscad! —y les empujó hacia adelante.

Los perros movían los rabos y le miraban como preguntándole qué quería de ellos.

Por fin uno de los canes comprendió, al parecer; husmeó el aire, buscó algo cerca de los caballos y desapareció veloz entre los torbellinos. El otro perro se sentó al lado de su amo.

—Kuchúmka es inteligente y tú eres un tontaina, Polkan —le increpó Nilka.

El perro movió la cola como disculpándose de ser menos listo que su compañero.

Todos subieron al trineo para esperar.

A poco Polkan rebuscó a su vez, olfateó la nieve y también desapareció en la obscuridad.

El cochero dirigió el trineo siguiendo las huellas de los perros y no habían recorrido cien pasos, cuando aparecieron los canes saltando entre las patas de los caballos.

Kuchúmka se adelantaba ladrando, mientras Polkan iba al lado del caballo de la derecha como enseñándole también el camino.

El cochero dejó sueltas las riendas para que los animales les siguieran libremente guiados por el instinto.

Y de pronto vieron brillar una lucecita.

—¡La cabaña!… —lanzó el cochero alegremente.

Y sin importarles la nieve ni el helado viento los tres se descubrieron y se persignaron emocionados.

Capítulo VI

No dormía, ni dormitaba siquiera, el cochero del segundo trineo, sino que volvía el rostro intentando resguardarlo del viento, pues la nieve hería como látigos y quemaba los ojos.

Miraba de cuando en cuando hacia delante y le parecía que todo estaba en orden pues sus caballos seguían como atados a la trasera del primer trineo. Entonces volvía a hurtar el rostro a la tormenta. «No hay que preocuparse —pensaba—. Mi compañero ya se encarga de que sigamos por el buen camino.»

Pero he aquí que dejó de ver ante sí a los que les precedían.

Se inclinó sobre el pescante para distinguir las huellas, pero no vio ninguna señal del otro trineo. Sólo divisó nieve virgen. Algo torpe, se equivocó y guió hacia la derecha pensando que era el otro coche el que se había engañado.

Avanzó indeciso, torciendo tan pronto a derecha como a izquierda hasta que por fin comprendió definitivamente que se había extraviado y que no le sería fácil volver a encontrar el camino.

En tanto, Vedeney Savich, bien envuelto en su pelliza de piel de reno, dormía plácidamente lejos de sospechar que estaban perdidos en la nevada estepa.

Mikita también dormitaba acurrucado en su asiento.

Vedeney Savich sintió que alguien le tocaba en el hombro.

—Hemos perdido el camino, vuestra dignidad.[17]

—¿Qué dices, desgraciado? ¿Y el otro trineo? ¿Dónde está? —exclamó Vedeney Savich irritado.

—El otro trineo no está… no se sabe dónde está —contestó el cochero con gesto embobado.

A Vedeney Savich le dio un vuelco el corazón y no por su propia situación, sino pensando en Gregorio.

Saltó del trineo y miró alrededor alarmado, pero le fue imposible ver nada. Anochecía ya y la nieve extendía una tupida cortina ante los ojos.

Mikita, que se le había unido, disparó dos veces sus pistolas sin tener contestación alguna.

Quiso disparar también su fusil, pero Vedeney Savich no se lo permitió por considerar que no era prudente quedarse sin un arma cargada cuando no había que pensar en cargarla, ya que con la tormenta ni un grano de pólvora hubiera podido entrar por el cañón del arma.

Siguieron avanzando sin rumbo alguno.

Vedeney Savich ordenó que dejaran andar los caballos a su antojo, pues los animales, con su fino instinto, se orientarían siempre mejor que ellos.

Así, pasó una hora larga. De pronto los animales se detuvieron ante algo que debió parecerles muy interesante… Pero era simplemente un pino.

Anduvieron un poco más y los caballos volvieron a pararse ante una blanca muralla que les cerraba el paso.

—¡Es la taiga! —exclamó el cochero.

—Es decir, ¿que hemos vuelto atrás? —dijo Vedeney.

—¡Quién sabe!

—Desengancha los caballos —ordenó Vedeney Savich—. Y tú, Mikita, vete a ver por dónde podremos pasar. Nosotros nos

quedamos aquí. En todo caso será mejor aguardar, al amparo de los árboles, a que pase la tormenta.

Mikita cogió por las bridas los dos caballos laterales que había separado el cochero y se dirigió al bosque. Allí encontró un claro, rodeado de pinos, que parecía un patio por lo despejado. Volvió y, llevando el cochero al tercer caballo que arrastraba el trineo, fueron a aquel lugar. Allí estaba todo en calma. Sobre sus cabezas aullaba el viento y se agitaban las copas de los árboles; mientras que abajo parecía que se estuviera en una estancia tranquila. Tampoco se sentía la nevada, pues sólo caía algún que otro copo desprendido de las ramas.

Ataron los caballos a un cedro, arrastraron el trineo hacia un pino y se sentaron debajo de otro árbol corpulento que les resguardaba de la nieve y del viento.

—Estaría bien encender una hoguera —dijo Vedeney Savich—. ¿Hay yesca a mano?

—En el saco hay —contestó Mikita.

Se levantó y trajo lo que necesitaban.

Escarbando afanoso, el cochero limpió de nieve con los pies un pequeño espacio y colocó la leña donde apenas había un palmo de nieve. Luego Mikita encendió unos puñados de hierba.

Con el hacha cortaron unas ramas secas y las echaron al fuego. La leña fría pero seca ardió fácilmente, crujiendo y chisporroteando, iluminando los árboles inmediatos.

El cochero sacó heno del trineo y lo dio a los caballos.

—¿Y dónde estarán ahora nuestros compañeros? —dijo Vedeney Savich—. Temo que les hayan atacado los lobos o que se hayan quedado helados…

—Los lobos no salen con mal tiempo —le tranquilizó el conductor—. ¿Y cómo es posible helarse? Ya casi no se siente el frío. Se habrán quedado sentados sobre la nieve…

—Dios lo quiera…

Para pasar la noche recogieron ramas secas que habían de alimentar la hoguera y para cuidar de que el fuego no se apagara y evitar que los lobos se acercaran a los caballos, establecieron un turno de vigilancia…

De la primera guardia se encargó Vedeney Savich.

Sacó del trineo los fusiles, los apoyó contra un pino, extendió su gabán cerca de la hoguera y se sentó.

El cochero y Mikita se acomodaron en el trineo y apenas se metieron en él ya resonaban sus ronquidos.

También se oía el rumiar de los caballos, que comían el heno. Todo daba la sensación de cuadra y de lugar habitado.

—Aquí se está como en casa… —pensó Vedeney Savich.

Pero en derredor seguía aullando la taiga.

Se la oía en lo alto como si mil caballos desmandados galoparan en las tinieblas y patalearan lanzando agudos relinchos.

Vedeney Savich se persignó y murmuró una breve oración, lo mejor para estar tranquilo en noche de tormenta en plena selva siberiana.

En tanto, Gregorio y Nilka estaban uno al lado del otro sentados sobre sus gabanes en el sobradillo del refugio.

La cabaña era pobre, pequeña, ennegrecida por el humo.

El dueño no era un campesino sino un cazador. Pero no encontraron más que a dos mujeres y una niña, porque el dueño, con otro muchacho, se había ido a cazar hacía ya tres meses.

El invierno es la mejor época para la caza. Cuando los pinos empiezan a desprenderse de la nieve inverniza, los cazadores regresan a sus casas, bien cargados los trineos de pieles recogidas durante la temporada. Si ésta ha sido buena apenas pueden las bestias con la carga.

Gregorio, Nilka y el cochero cenaron y se dispusieron a dormir. Se lo propusieron firmemente; pero los dos jóvenes no podían ni cerrar los ojos. No tenías ganas de dormir, escuchaban la tormenta que arremetía contra las puertas y ventanas como pidiendo paso y silbaba en la chimenea… De pronto, se alzaba como un gigante, parecía alcanzar el cielo y se lanzaba contra la cabaña, haciéndola temblar de arriba abajo. O bien corría y a lo lejos gemía, se quejaba… Parecía que una manada de lobos aullaran lúgubremente en la estepa.

Sobre la mesa ardía un farolillo.

La madre del cazador trenzaba la hilaza y al lado de la vieja, tendida sobre un banco, estaba la niña escuchando muy atenta, con el codo apoyado en el asiento y la barbilla en la mano, un cuento que le contaba la abuela.

Los mozos también escucharon:

«Érase una vez un cazador —contaba la vieja— pobre y de poca suerte. Otros cazadores volvían de la taiga con los trineos llenos de pieles de zibelinas y martas, pero en los cepos de aquél sólo caían zorras y ardillas. Y un día vio en el bosque una huella muy rara. Se sorprendió el cazador, puso el cepo y cuando al anochecer fue a mirar vio que había cazado una zibelina, grande y oscura, de pelambre como de negro terciopelo cruzado por hilos de plata. Levantó el brazo el cazador para matarla, pero en esto la zibelina, con voz humana, le dijo: No me mates, déjame marchar… Soy la reina de las zibelinas. Te haré feliz para toda tu vida…»

Suena la voz de la vieja como murmullo de un manso arroyuelo, zumba el huso y el sueño cierra los cansados ojos…

La mañana apareció radiante, sin una nube en el cielo.

En la taiga nada se movía. Los cedros estaban inmóviles, como riéndose bajo sus barbas canosas de nieve al recordar lo que habían hablado durante la noche.

Apenas los rayos del sol comenzaban a iluminar las copas de los árboles cuando el trineo de Vedeney Savich corría ya por la taiga.

El cochero miró alrededor.

—Estábamos pernoctando al lado mismo de nuestro camino —dijo—. Se ve que los caballos querían llevarnos hacia atrás.

—Así parece —dijo el encargado mirando a todos lados—. Hay que ver si encontramos alguna prominencia sospechosa —añadió— porque pudieran estar los nuestros sepultados bajo la nieve de la estepa.

Pero no se veía nada semejante. La estepa se extendía lisa y unida.

Anduvieron cinco verstas y el cochero tiró de las riendas y detuvo a los caballos.

—Hay huellas aquí, sin embargo, señores mercaderes. ¿Serán de los nuestros?

Todos saltaron del trineo y observaron la nieve. Había en ella, efectivamente, unas huellas recientes de trineo.

Vedeney Savich, protegiendo la vista con las manos, miró hacia adelante por si descubría a alguien. Nada vio, pero Mikita exclamó de pronto:

—¡Los nuestros han pasado por aquí! No pueden ser otros.

—¿De verás? —inquirió Vedeney Savich—. ¿Por qué lo crees así?

—Nadie más que ellos podían ser los que han pasado por aquí recientemente. Veo las huellas de los perros…

—¡Son ellos, son ellos! —afirmó el cochero—. No hay duda. ¿Quién más andaría con perros por estos parajes? Se ve que pernoctaron en la cabaña del cazador. Las huellas lo indican.

—Ojalá sea así —exclamó esperanzado Vedeney Savich.

Se volvieron al trineo y prosiguieron el camino.

El cochero y Mikita también estaban alborozados. Todos sonreían.

—¡Cómo corren los caballos! —comentó alegremente Vedeney Savich.

El cochero aflojó las riendas, azotó con ellas a los animales y éstos se lanzaron veloces alzando la nieve del camino, que a veces se proyectaba contra los capotes del trineo.

—Hazlos correr todo lo que puedan —ordenó Vedeney Savich impaciente.

El cochero se enderezó en el pescante.

—¡Hala, halconcitos míos! ¡Hopa! ¡Hopa! ¡Bandoleros!

Al oír la voz de su amo, los caballos, como locos, tascaron los frenos y ya no corrían sino que volaban.

El cochero ya no pensaba en acuciarles y sólo cuidaba de no perder la dirección.

Los caballos siberianos conocen bien este grito de «Hopa, bandoleros». Más de una vez esta voz salvó de una desgracia a viajeros en mal trance en la estepa.

No le fueron otorgadas alas al cuerpo humano pero sí al alma. Y para hacer gozar a la materia humana se animó lo que también es de la tierra: los caballos rápidos; las anchas, espaciosas, inmensas estepas siberianas…

Pasó una hora y desde un montículo vieron el pueblo de Marievka.

Apenas entró el trineo en el patio de la posada, cuando a su encuentro corrieron Gregorio y Nilka, agitando alegremente los brazos, y saltaron sobre ellos, con mil caricias, los perros.

—Gracias a Dios —exclamó Vedeney Savich—. ¡Bien está todo lo que acaba bien!

CAPÍTULO VII

PASARON cuatro días.

Los emisarios de Anañevij llegaron a Minusinsk.

La nieve se derretía ya y hacía tanto calor que Gregorio y Nilka se quitaron los abrigos.

Minusinsk está situado en medio de la estepa. Tiene calles rectas y tan anchas como caminos reales, pero sus casas son peores que las de Krasnoyarsk; sólo hay casuchas de dos o tres estancias cuando más. Pero hechas con maderas que causan admiración aun en la misma Siberia: los troncos todos iguales, de *archín* a *archín* y medio[18] y en las sillas cada tabla es de dos *verchoks*[19] de grueso.

Las construcciones son pequeñas y elevado el piso, apenas se pueden alcanzar las ventanas con la mano. Los patios parecen los de los fortines cosacos: son descoloridos, vetustos, rodeados de cobertizos, despensas y cuadras.

Ante las casas hay escalinatas y tejadillos sostenidos por postes.

Estas gentes viven bien y comen bien.

¿Y cómo no habían de vivir bien? La estepa de Minusinsk es el granero de toda Siberia. De allí vienen también a Occidente el ganado, los cueros y otras muchas materias primas. Montañas de mercaderías traen de allí los mercaderes que vuelven cargados de plata y oro.

Y ellos, los de Minusinsk, entierran sus bienes, esconden la moneda…

Por esto soportan a los ladrones y los incendios frecuentes en la ciudad.

Vedeney Savich ordenó parar en la posada, descansaron bien del viaje, y por la mañana él fue a la taberna para tomar el té y escuchar lo que por allí se decía.

El pueblo de Minusinsk era la última etapa. Más adelante no habría ya caballos de relevo. Tendrían, pues, que comprarlos allí o contratarlos con sus conductores para el resto del viaje.

Al abrir Vedeney Savich la puerta de la taberna percibió olor de comidas y oyó muchas voces.

Aunque era temprano, la taberna estaba llena como una colmena.

Unos bebían té; otros tomaban bocadillos y se regodeaban con vodka.

Vedeney Savich escogió una mesita algo aparte, cubierta con un mantel rojo, se sentó y llamó al mozo.

El camarero se acercó a Vedeney Savich y se puso a sus órdenes.

Vedeney Savich le pidió un té doble y le preguntó por sus compañeros.

—No, no han venido aún —contestó el mozo. Luego preguntó.

—¿Vuestra dignidad viene de Krasnoyarsk? ¿Está de paso aquí?

Vedeney asintió con la cabeza.

—¿Y adónde se propone ir? —volvió a preguntar el mozo.

—Quiero ir a Urianjay. ¿Cómo se anda por aquí con respecto a los caballos? —preguntó a su vez Vedeney Savich—. ¿Con quién hay que tratar?

—Hacia allá no hay nada fijo... Vuestra dignidad... Si no se le presenta alguna buena ocasión...

—Sería mejor, claro... ¿No sabes de nadie que siga la misma ruta?

—Hay pocas ocasiones... Vuestra dignidad... El Urianjay es como el confín del mundo... Pero de todos modos, voy a preguntar.

Y agitando su servilleta, el mozo fue al mostrador y habló con el dueño del establecimiento. El tabernero era un hombre obeso. Su rostro, sin vello alguno, relucía como cubierto de grasa y solía ladear su cabeza calva al hablar.

Contestó a la pregunta del mozo señalando con el dedo a otro cliente que estaba sentado en un rincón.

El mozo se alisó las greñas y volvió a dirigirse a Vedeney Savich.

—Markovij, Marcos Ivanovich, —dijo— piensa ir allí.

—¿Dónde está ese hombre?

—Allí, vuestra dignidad. Es ése alto, moreno, que está sentado allí.

—Pues llégate a él y dile que quiere hablarle el encargado de Mateo Pavlovich Anañevij.

Se fue el mozo a cumplir el encargo y a poco volvía precediendo al que llamara Markovij. También puso sobre la mesa las tazas de té pedidas.

Vedeney Savich juzgó que para un primer encuentro parecía obligado tomar algo más fuerte, por lo que dijo al mozo que trajera vodka y bocadillos. Luego estrechó la mano al desconocido.

No hablaron de nada substancial hasta haber hecho los primeros honores al aguardiente y a los filetes de pescado ahumado que le acompañaban.

—¿Así que usted piensa ir a Urianjay? —preguntó entonces Marcos Ivanovich, atusándose su barbita negra—. ¿Y a qué parte?

Vedeney Savich quedó indeciso. No quería nombrar a Vabilin, pero no veía otro medio de explicar su viaje.

—Tengo un asuntillo para Vabilin —explicó al fin.

—¿Entonces ustedes se ocupan de géneros manufacturados?

—Sí, eso es. Ahora tenemos un encarguito… Unos cambios… Mateo Pavlovich piensa comprarle ganado a Vabilin.

—Bien, bien. Vabilin hace grandes negocios tratando en ganado.

—He oído decir que usted va allí.

—Eso pienso.

—¿No quiere tomarme a mí, con mis mozos, en su compañía?

—Con mucho gusto, pero voy sólo hasta la estepa de Chakulsk y de allí el camino de ustedes va hacia oriente mientras que yo debo seguir recto. Ustedes van a las tierras del Yenisei y yo voy a Marmchik. De modo que sólo pasaremos juntos el país de los Sayanos.

—¿Encontraré allí modo de proseguir?

—Es fácil. Cualquier soyote le guiará a cambio de un poco de tabaco. No cuesta mucho —añadió sonriendo Marcos Ivanovich — hallar al zar Berendey.

—Y, ¿cuándo piensa usted salir?

—Dentro de tres o cuatro días. Me puse enfermo aquí. Me he retrasado mucho. Este año seremos los últimos en partir. ¿Tiene usted caballos?

—No. Hemos llegado con unos de recambio alquilados.

—Tiene usted que comprarlos o contratarlos… Le mandaré a usted un hombre para eso. Puede usted ponerse de acuerdo con él. ¿Es la primera vez que hace este viaje?

—Sí. La primera.

—Entonces permítame aconsejarle. Tome consigo cuanto pueda de provisiones. Para los soyotes lleve tabaco, té, telas de algodón en piezas de colores vivos, pedernales, yescas, cuchillos y toda clase de baratijas.

—¿Y por qué?

—Allí no comprenden lo que es el dinero. Así que hay que llevar de todo eso para las transacciones.

—Es decir, ¿para cambiar?…

—Sí, para cambiar. Si necesita comprar un caballo o pagar un guía, le pedirán por ello algo de tabaco. Pero no les acostumbre mal, no les dé mucho; un par de libras de tabaco por un caballo ya es bastante.

—No es caro —comentó sonriendo Vedeney Savich.

—Y el tabaco, que no sea en rama sino en polvo; allí no lo fuman, sino que lo sorben.

Otros muchos consejos dio a Vedeney Savich su nuevo conocido, que era un hombre franco, muy locuaz.

Apenas salió Vedeney Savich de la taberna cuando encontró a sus mozos, que se paseaban por las calles mirándolo todo y comentando cuanto veían.

Llevaban las gorras sobre la nuca y los abrigos desabrochados. Debajo asomaban los buenos caftanes de paño. En una palabra, presumían.

El tiempo era primaveral y brillaba el sol sin una nube que le obscureciera. La nieve de los tejados, que parecían señoras ataviadas con blanco miriñaque, se derretía paulatinamente y caía como gruesa lluvia.

Se les acercó Vedeney Savich y les dijo que le acompañaran al mercado. Allí adquirió diversos géneros, según le aconsejara Marcos Ivanovich.

Sólo por dos billetes de los *colorados*[20] obtuvo tantas mercancías que hubieron de llevarlas en un trineo de mano.

Volvieron a la posada donde se hospedaban y les esperaba ya un hombre de larga y espesa barba, para tratar del alquiler de los caballos.

Vedeney Savich abrió con gran asombro los ojos cuando oyó el precio que ponía el barbudo por la ida y vuelta.

Le pedía por el servicio nada menos que cien rublos.

Luego, Vedeney Savich reflexionó y comprendió que aquel precio era justo, que el hombre lo había pedido en conciencia. Los viajeros necesitaban dos troikas y dos pares de caballos más para llevar heno y avena, pues por el camino era imposible encontrar ni siquiera un poco de hierba. Era preciso, pues, llevarlo todo consigo. Así que habían de emplear diez caballos y cuatro mozos en un viaje de seis semanas.

Vedeney Savich, sin embargo, no podía dejar de regatear.

—¿Qué dices? —interpeló al barbudo—. ¡No eres nadie pidiendo!

—No le he pedido mucho, en conciencia —protestó el tratante.

Siguió el regateo y al fin Vedeney Savich logró rebajar diez rublos.

Con esto quedó cerrado el trato.

Tres días más permanecerían los emisarios en Minusinsk.

Los mozos se paseaban por el mercado y miraban los escaparates de las tiendas, observando cómo se desarrollaba allí el comercio. Vedeney Savich se quedaba en la taberna charlando con los comerciantes que a ella acudían.

Visitó también a Markovij en su casa.

A éste le faltaba poco para mesarse los cabellos. Ya hacía tiempo que tenía preparados seis trineos, cargados de mercancías,

prestos a salir, pero no acababa de darles la orden de partida porque no llegaban de Krasnoyarsk los paños de color, sin los cuáles el viaje era un mal negocio, pues en la tierra de los mongoles aquellas telas eran la base de todas las transacciones. Los paños rojos los arrebataban de las manos; les gustan los de color pardo; los de azul marino o azul-celeste los usan menos y los de otros colores no los quiere nadie.

Por fin llegaron las telas. Cargaron con ellas dos trineos que también estaban preparados en el patio de Markovij y Vedeney Savich decidió salir al amanecer.

Aquella decisión la adoptaron durante la comida.

Al anochecer salió Vedeney Savich, según acostumbraba, a la puerta de la posada para charlar con los que entraban y salían.

Hacía buen tiempo, sin viento, y sólo caía algún que otro copo de nieve.

En fin, el tiempo más hermoso que podía esperarse.

Casi no había transeúntes por las calles. Vio que una caravana de unos diez trineos cargados de pieles entraba en la calle, procedente, según era de suponer, de las tierras del Yenisei.

—Mira. Parece que llevan pieles de oso —dijo Nilka.

Todos miraron. Los trineos estaban cargados con pieles de todas clases, de osos, de renos, de otros animales salvajes.

Vedeney Savich les gritó.

—¡Eh, buena gente! ¿De dónde os manda Dios?

Uno de los cazadores se acercó al grupo.

Estaba lleno de nieve como si hubiera rodado meses y meses por la sábana blanca y húmeda de la estepa.

—Buenos días —dijo quitándose la gorra—. Venimos de Urianjay.

Vedeney Savich se alegró del encuentro.

—¡Vaya, vaya! —exclamó interesado—. ¿Han hecho buen viaje?

—Por esta vez Dios nos ayudó.

—¿Y por qué dicen eso? ¿Acaso es mal camino?

—El camino es bueno; pero casi nos echó al fondo el padrecito Yenisei.

—¡Cómo!

—Se rompieron los hielos en la gran catarata antes de tiempo. Apenas habíamos pasado, cuando empezó a agrietarse. Si tardamos cinco minutos más en salir, perecemos todos.

Vedeney Savich se alarmó mucho.

—¿Qué dices? —inquirió—. De todos modos, aún será posible alcanzar el Urianjay, ¿no?

El cazador silbó y agitó la mano en señal de negativa.

—¡No! Ahora sólo un cuervo volando podría pasar.

Vedeney Savich sintió como si la sangre se le paralizara. Aquello significaba que no podría recibir el dinero de Vabilin a tiempo, que no le saldría bien el negocio que traía entre manos; que no sería el asociado de Mateo Pavlovich, en lo que estaban cifradas todas sus ilusiones.

Frotándose las manos nerviosamente, corrió a buscar a Markovij.

—¿Pero es qué pensábais ir al Urianjay? —preguntó el cazador a Gregorio.

—Sí —contestó éste, que también se había interesado por la conversación.

—Pues tendrán que aplazarlo hasta el año que viene —dictaminó el cazador—. Adiós —y salió corriendo para alcanzar a la caravana.

Los jóvenes se quedaron junto a los portones, viendo cómo desaparecían los trineos en la oscuridad. En las casas brillaban ya

algunas lucecitas y la nieve acariciaba suavemente las mejillas.

Las gentes dicen que Cristo nació en una noche así…

Capítulo VIII

Vedeney Savich alarmó mucho a Markovij con sus noticias.

Markovij batió con las manos los faldones de su caftán. «No puede ser» —exclamó; cogió la gorra y se lanzó precipitadamente a la calle para interrogar a su vez a los cazadores del Urianjay.

A la media hora volvió cejijunto, más sombrío que la noche oscura. Entró en el cuarto y, con gesto de disgusto, tiró el gorro sobre el banco.

—¡No tengo suerte en nada! —dijo—. ¡Qué fatalidad! En treinta años, ahora es la segunda vez que el Yenisei rompe tan pronto sus hielos. Parece que lo ha hecho a propósito.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Vedeney Savich, más blanco que la pared.

—Habrá que esperar otro invierno —contestó Marcos Ivanovich, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón en ademán de desaliento.

—¿Es posible que no haya ningún paso entre las montañas?

Marcos Ivanovich, que miraba distraído por la ventana, contestó con displicencia.

—Lo hay y no lo hay.

Vedeney Savich sintió alguna esperanza y con los ojos brillándole de alegría, indicó:

—Entonces… podremos ir.

Marcos Ivanovich le miró de reojo y con ironía le dijo:

—Está usted demasiado vivo, por lo que veo. Si tiene dos cabezas podrá llegar.

—¿Por qué hablar de dos cabezas? ¿O es que el viaje por las montañas es más peligroso que por el río?

—¿Y piensa que es igual el río que el camino? Hasta el Urianjay hay unas cuatrocientas verstas de montaña y también taiga… precipicios en los que se quedarán la mitad de los caballos. Y si pudiera llegar… Allí sólo se puede ir llevando caballos con carga. Y en las montañas, el caballo sólo puede llevar cuatro bultos. Y piense ¿cuántos caballos se necesitarían? Un centenar. ¿Y de dónde los sacaré?

Callaron. Vedeney Savich quedó pensativo, tirándose de su barbita puntiaguda.

—Está visto —dijo al fin— que tendré que ir solo con mis mozos. No llevaremos mercancías y así viajaremos más ligeros.

—Ligeros o no, no se lo aconsejo —le dijo Marcos Ivanovich.

—¿Por qué?

—No sea usted terco. Los lugares que hay que cruzar no son buenos… Eso es todo.

Calló de nuevo Vedeney Savich mirando fijamente a Marcos Ivanovich. Le parecía que éste se reservaba algo. «¿Y por qué?» —pensaba Vedeney Savich—. «Puede ser que no quiera nombrar de noche la fuerza maligna, el diablo.»

Vedeney Savich descargó un fuerte puñetazo en la mesa.

—Pues yo me voy —exclamó decidido—. No puedo volver sin cumplir el encargo de mi patrón.

—Como quiera —dijo Marcos Ivanovich—. Sólo que siguiendo el Yenisei, ustedes habrían llegado directamente al Urianjay y por la montaña tendrán que dar un gran rodeo… lo menos de doscientas verstas.

—¡Aunque fueran mil!

Vedeney Savich preguntó a Marcos Ivanovich detalles sobre el viaje por las montañas y él le contestó de mala gana.

—Recuerde, Vedeney Savich —se excusó— que le he aconsejado no ir por las montañas.

«Quizá es que hay algún comercio oculto en aquellos parajes, algo que no quiere que se descubra» —pensó Vedeney Savich. Y sonrió porque esto le parecía gracioso.

Los mozos estaban esperándole, impacientes, cerca de los portones. Ni Gregorio ni Nilka tenían ganas de volver a Krasnoyarsk. A Mikita, que callaba, le era igual volverse o no. Al ver a Vedeney Savich, corrieron a su encuentro.

—Bueno, amigos —dijo éste—. Hemos llegado aquí con trineos, pero proseguiremos nuestro viaje a caballo, como cosacos.

Gregorio se quitó el gorro y lo tiró alegremente al aire. Nilka sonrió con los labios en punta. Y los dos mozos se pusieron a darse empellones, locos de contento. Así cayeron sobre un montón de nieve y allí siguieron luchando, metiéndose el uno al otro puñados de nieve en la boca.

Vedeney Savich entró en la casa.

En el momento en que resolvió sus dudas decidiendo continuar el viaje, se sintió aliviado de un gran peso; estaba otra vez alegre y animado.

El viaje no le inquietaba, aunque el camino fuese difícil; además, el premio que le esperaba al final era muy sabroso.

A la mañana siguiente, Vedeney Savich mandó buscar al barbudo de los caballos, a fin de contratarle otros con arreglo a la nueva modalidad del viaje.

Ahora no sólo este hombre sino todo Minusinsk estaba enterado de que el Yenisei había roto sus hielos en las cataratas. Era el tema de todas las conversaciones. Los viejos sólo recordaban dos

casos así y decían los supersticiosos que cuando el río rompe los hielos tan temprano, es presagio de guerra…

El barbudo rehusó firmemente llevar a los viajeros al Urianjay por las montañas; dijo que no conocía los caminos. Tampoco tenía caballos bastantes para transportar toda la carga. Consintió solamente en llevarles hasta Grigorievna, distante cien verstas. Grigorievna era un pueblecillo en la cumbre más alta divisoria de la cordillera.

Desde este pueblo, los cazadores atravesaban las montañas por un camino estrecho y tortuoso, más propio de cabras que de hombres. Pero tampoco podían ir allí ahora, sino que habrían de esperar la primavera. En invierno no se puede cruzar la taiga a caballo. Volver a Krasnoyarsk tampoco les convenía, pues apenas llegaran allí tendrían que volver a salir. Y si les cogía en el camino el deshielo, sería una verdadera catástrofe. La tierra en la estepa es negra y pegajosa. Cuando se deshiela, ninguna troika logra salir de aquel barro; y pudieran verse obligados a pararse, quieras o no, en mitad del camino, un par de semanas.

Pensó y repensó Vedeney Savich y comprendió que lo mejor era esperar el buen tiempo en Minusinsk.

Pensó también: «No tenemos por qué apresurarnos, y confesar, comulgar y celebrar la Pascua con estas gentes es mucho mejor que pasar tan señalados días en la taiga, junto a los osos»

Mandó a sus mozos buscar una casa adecuada, pues no estaba dispuesto a pasarse tres semanas en la posada. Luego cogió su pluma de oca para escribir una carta a Mateo Pavlovich, contándole todo lo sucedido.

La primavera llegó repentina y adelantada. Contra todas las previsiones de los habitantes de Minusinsk, que pensaba ya pasar la Pascua no en la calle sino metidos en sus casas.

Las calles de aquel pueblo son arenosas. Así que donde el sol las había secado, se levantaban polvaredas. Yendo por ellas, el

tiempo se les pasó rápido a nuestros viajeros.

Los jóvenes conocieron casi toda la ciudad.

En la casa donde alquilaron habitaciones, pintaron los huevos de la Pascua en compañía de las hijas del amo y las chicas también les obligaron a amasar la pasta para los *kulichs*[21]. Era la semana de la Pasión y los jóvenes estaban muy alegres. Apenas los mayores salían de la cocina se ponían a reír, cambiaban miradas entre significativas y maliciosas y entablaban alegres pláticas. Como por descuido, Gregorio en vez de dar pintura al huevo, le manchó la nariz a Nilka con santal y éste para desquitarse le pasó su mano llena de pasta por las mejillas. A Mikita, porque estaba demasiado callado, dormitando, le pusieron sobre la cabeza un gran puchero…

La fiesta se celebró un día radiante de luz. El sol, no ya calentaba, sino que abrasaba. El cielo era tan azul como en los días claros de estío, en el mes de junio, y no se sentía ni un soplo de viento. Desde los niños hasta los más viejos, todos los habitantes del pueblo salieron a la calle.

Todos vestidos de nuevo, con flamantes atavíos.

Las muchachas estaban realmente encantadoras con sus *sarafanes*[22] de seda, de colores vivos; algunas lucían polícromas y caprichosas diademas con piedras finas y collares de perlas en las gargantas y sobre el pecho.

El verdadero campesino siberiano es un hombre vigoroso, sano y ancho de hombros. En toda Rusia no hay tipo que le iguale, como no sea el campesino de Riazán. Pero aun éste, no podrá llegar a la altura de la moza siberiana. A cualquiera de ellas se la puede llevar y sentar en un trono como una reina. Es alta, bien formada. Levanta el pecho como una oleada sobre el mar. Sus ojos son azules y expresivos. Su trenza es recia y casi le llega hasta el suelo. Anda garbosamente y tiene la inteligencia de una

princesa. ¡Merece que la miren, que la adoren y que le den a comer el mejor pan!

Con una esposa así, se puede vivir como en la gloria. Esta mujer gobierna la casa tan bien, que el marido sólo tiene que alegrarse. Sabe recibir al huésped, quienquiera que sea; comparte las penas y aumenta las alegrías; no pierde nunca la cabeza; no se hace de miel ante los halagos, los requiebros y las adulaciones y, si es preciso hasta rechaza a tiros a los importunos o a los bandidos.

En la plaza estaban instalados, en fila, los columpios. Los mozos, en la alegre compañía de las mozas, volaban en ellos, mientras que alrededor se apiñaban los vendedores ambulantes de algarrobas, dulces y lechosos piñones que en Siberia sustituyen a las simientes de girasol[23].

Allí se jugaba con los huevos pintados haciéndolos correr por canalones o bien los rompían entrechocándolos para ver cual era el más fuerte.

Y todos se felicitaban, besándose y saludándose con abundantes reverencias.

Nilka se puso a jugar también con una docena de huevos. Pero era muy torpe, por lo que terminó regalando los suyos a sus amigos. Mikita, en cambio, era un mozo más serio. Con cinco huevos tomó parte en el juego, pero no mirando, como otros, a las mozas mientras jugaba, sino pendiente de su huevo y nada más, y así se llevó una cestilla de huevos como premio.

Gregorio fue a los columpios, jugó a los huevos y charló con las mozas que ya conocía, regalándoles dulces y piñones. Sólo al anochecer se acordó de sus amigos.

Cuando volvió a su casa, ya estaba preparada la cena.

Alejado de todos, yacía Nilka como un fardo sobre un banquillo.

—Nilka, ¿eres tú? —le gritó alegremente Gregorio.

—Yo soy —contestó el otro tristemente sin volver la cabeza.

Gregorio fue a él y le miró la cara, viendo que tenía tan hinchada la mejilla izquierda que le quedaba oculto el ojo.

—¿Cómo ha sido eso? —le preguntó Gregorio.

—Nada de particular… Fue el columpio… —Mintió bien el mozo; pero la hija menor de los dueños explicó lo sucedido.

—No es cierto —dijo—. Yo he visto cómo le daba un pellizco a Polia Smirnovij y fue ella quien le dio un soberbio bofetón…

—¡Esto significa que te hicieron la Pascua! —bromeó Vedeney Savich.

Y todos rieron tanto que sus carcajadas llegaban hasta la calle.

Nilka se ruborizó como si le pintaran la cara con aquellos colores que se habían empleado para los huevos.

—Esto no es nada, no te avergüences —le animó el dueño de la casa—. Siempre le viene bien a un mozo. Pero recuerda que a los de Krasnoyarsk se les sabe contestar en Minusinsk.

Capítulo IX

Transcurrieron los días de Pascua, durante los cuales se divirtieron lindamente los jóvenes. Al tercer día, ya estaban ante la casa las dos troikas contratadas, con sus briosos caballos, que hacían resonar sus cascabeles.

Sobre los arreos, flamantes, flotaban cintas coloradas y amarillas y hasta las crines estaban trenzadas y atadas con otras cintas de color. Los cocheros llevaban rojos caftanes y adornaban sus sombreros con plumas de pavo real.

El barbudo tratante quiso, con ocasión de la festividad, llevar a sus clientes de Krasnoyarsk como si fuesen novios.

La calle estaba llena de gente que había venido a contemplar la vistosa caravana y en la casa estaban todos los conocidos de los viajeros.

La gente comentaba alegremente, reía y desgranaba piñones.

Por fin, los emisarios de Mateo Pavlovich estuvieron listos, se despidieron, salieron de la casa y ocuparon los trineos.

Vedeney Savich se quitó la gorra y la agitó en señal de despedida.

—¡Adiós! —gritó a sus nuevos amigos y conocidos.

Los tres jóvenes, imitándole, se quitaron las gorras y se despidieron a su vez.

Se oyeron voces alegres: —¡Buen viaje! ¡Enhorabuena!

Los cocheros agitaron las riendas. Resonaron alegremente los cascabeles, la gente se apartó pegándose a las casas. Parecía que

una nube blanca hubiera bajado hasta la tierra cuando corrieron por la calle, reluciendo las troikas sus cintas y plumas multicolores.

En un abrir y cerrar de ojos dejaron atrás el pueblo de Minusinsk. Allí tenían ya a la estepa, que empezaba a reverdecer, y a lo lejos, entre brumas, se veían las altas montañas.

Bien está viajar por la estepa en invierno, pero en primavera aún es mejor.

No hay baches ni torbellinos de nieve; el trineo no brinca, ni se balancea; no hace frío, ni calor; la vista se recrea con mil colores y mirando al cielo azul o la lejanía verde, negra, morada, rojiza o amarillenta, se goza del aire tibio y perfumado.

Un conejo de estepa mira sorprendido. Una liebre rechoncha corre velozmente, dando fantásticas cabriolas y las perdices, como gallinas, se revuelcan por el suelo.

¡Cuánta energía se adquiere respirando el aire de la estepa!

Pasadas unas veinte verstas entraron en un bosquecillo, poco espeso. Se encontraban algunos pinos y cedros. Recorridas otras veinte verstas, encontraron una fuente y allí se pararon para comer.

Sin té no resulta bien la comida, por lo que los cocheros encendieron una hoguera y colgaron de unas pértigas un caldero con agua. Los emisarios de Mateo Pavlovich sacaron sus provisiones y con piedras improvisaron una mesa.

Ataron los caballos a unos árboles porque en Siberia no hay costumbre de darles heno en el momento en que cesan de correr, sino que se deja transcurrir una hora antes de darles el pienso.

Volvieron a subir a los trineos y a poco entraron en la taiga, que ahora no se hallaba en su estado natural, sino que parecía dormida, pero, aun así, imponía.

El camino pasaba de un montículo a otro.

No aquella mañana, ni por la tarde, sino casi a la noche, «al amanecer de los lobos», resonaron los cascabeles en Grigorievka, que era al final de la marcha en trineo.

Grigorievka no es un poblado grande ni rico.

Lo componían entonces sólo diez casas y aun éstas no eran grandes, sino simples casuchas pequeñas y oscuras.

Las troikas entraron en el patio de la isba que parecía la mayor y que era la que prometía más comodidades.

Los viajeros no se habían alejado mucho de Minusinsk, pero parecía que penetraran en otro reino. Alrededor sólo se veían montañas oscuras y la taiga. Las gentes, si bien eran cristianas no parecían rusas, sino de otra raza distinta. Eran bajitos y de cabellos negros, miraban con turbios ojos oscuros y no tenían la amable cortesía rusa.

Al oír los cascabeles salió a recibirles el amo de la casa.

¿Cómo sería posible compararle con Miguel Teodorich?

De aquél era posible sacar el retrato del patriarca Abraham, de rostro todo bondad, pero de este dueño de posada —¡Dios me perdone!— sólo se podía sacar, si acaso, la imagen horrorosa de un diablo del bosque.

Sobre la frente le caían lacios mechones sucios; la barba rala, le ennegrecía las mejillas; era cejijunto, de nariz aplastada y sus ojos miraban estrábicos como si alguien los hubiera desviado con un fuerte golpe.

No supo decir una palabra amable a los huéspedes, ni casi acertaba a andar bien.

La casa era negra y baja.

Sin embargo, los viajeros encontraron *schi* y un samovar que parecía traído de una marisma. Llegado de Tula[24] hacía veinte años, parecía como si desde entonces no lo hubieran limpiado.

Vedeney Savich y sus compañeros de viaje cenaron y tomaron el té, invitando al dueño de la posada, que se sentó —como un lobo al lado del camino— al borde de la mesa y saboreaba el té, callado, mirando sus ojos negros desviados.

Vedeney Savich le preguntó si podrían hallar caballos para atravesar las montañas.

El bizco le miró con uno de sus ojos como si oyera hablar de un milagro. Su mozo, que estaba al lado del horno, escuchando la conversación, también miró fijamente a Vedeney Savich. Luego volvió la cabeza con fingida indiferencia.

No le agradó aquello a Vedeney Savich.

—¿Qué? ¿No tenéis caballos? —insistió.

—No… Hay que buscarlos en el pueblo —contestó el hombre de la posada—. Esperad. Pronto vendrá aquí la gente y ella misma podrá informaros.

Dijo verdad, pues no habían acabado de tomar su té los emisarios de Mateo Pavlovich, cuando empezaron los campesinos a aparecer en la casa.

Les resultaba a todos interesante ver y escuchar a los viajeros y así fueron llegando, uno a uno, todos los del pueblo.

Se sentaron en los bancos que había en la cocina, a lo largo de las paredes, en unión de los forasteros y escuchando a éstos.

Todos eran de otra raza, negros, de poco pelo, encorvados, y sólo había entre ellos dos que con sus barbas parecían rusos auténticos.

Vedeney Savich preguntó de nuevo por los caballos, a lo que todos cambiaron entre sí cuchicheos y miradas huidizas.

—¿Por qué no? Es posible —dijo al fin uno de los barbudos.

—¿Y a qué vas allí? —preguntó otro.

—Por asuntos de comercio. ¿A Pedro Moseich Vabilin, lo conoce alguno?

—Lo conocemos todos —contestaron a coro los presentes.

Empezaron a tratar del precio.

Vedeney Savich quería contratar los caballos en alquiler, pero ninguno quiso cedérselos en esas condiciones.

—No. Debes comprarlos —decían—. ¿Quién sabe lo que puede sucederos en el camino? Si acaso, es justo que lo pierdas tú y no nosotros. Cuando vuelvas, te lo tomaremos por el mismo precio.

Los aldeanos tenían razón y Vedeney Savich tuvo que aceptar aquellas condiciones. Por seis caballos, unos ensillados y otros para carga, tuvo que dar cincuenta rublos.

Además contrató a dos guías montados, pagándoles siete rublos a cada uno, por adelantado.

De todos modos, calculando bien, y comparándolo con lo que le pidieron en Minusinsk, Vedeney Savich vio que hacía un trato ventajoso, pensando, incluso, que le había sido de provecho que el Yenisei rompiera los hielos tan pronto.

Fue acordado que partirían con el alba pues en las montañas no se espera al sol, que sale tarde de detrás de las altas crestas.

Antes de irse a dormir, Vedeney Savich salió a estirar las piernas alrededor de la casa.

Apenas había doblado la esquina, vio que se le acercaba un hombre. Miró con más atención y notó que se trataba del mozo de la posada.

—Óyeme, mercader —dijo éste a Vedeney Savich—. Tengo que decirte algo que te interesa… Cuando todos estén durmiendo acércate a la ventana. Yo llamaré y te lo diré.

No tuvo tiempo Vedeney Savich de abrir la boca para preguntarle de qué se trataba, pues el hombre desapareció tan rápidamente que Vedeney pudo creer que todo había sido una ilusión suya.

La taiga y las montañas aparecían negras como el carbón y de ellas soplaba un vientecillo fresco.

Entre las nubes que cubrían el cielo había un pequeño claro, en el que, sobre fondo azul brillaba, como reluciente plata, una estrellita.

Vedeney Savich volvió a la casa. Los mozos habían preparado sus lechos en una habitación y los amos se fueron a dormir a la otra.

—¿Dónde están nuestras pistolas y nuestros fusiles? —preguntó Vedeney Savich.

—Aquí, sobre el banco —contestó Nilka.

El encargado trató de cerrar la puerta del cuarto, pero no encontró gancho, cerrojo ni cerradura.

Cogió su par de pistolas y se las puso debajo de la almohada.

Se echó en la cama, pero no dormía: escuchaba.

Los mozos empezaban a roncar.

El primero que se durmió fue Mikita; luego Gregorio. A continuación Nilka, dormido ya, se puso a silbar en sueños.

De repente crujió la arena del patio como si alguien se deslizara a lo largo de la pared.

Vedeney Savich se levantó y fue hacia la ventana. Llamaron en los cristales suavemente. Vedeney Savich abrió y distinguió una forma oscura; vio la cabeza de un hombre y, fijándose más, distinguió los rasgos del mozo de la posada.

—¿Eres tú, mercader? —preguntó el hombre.

—Sí, soy yo.

—¿Están durmiendo todos?

—Duermen. ¿Qué quieres decirme?

—Yo te deseo el mayor bien y por esto te digo que te vuelvas atrás. Es un mal asunto ir al Urianjay.

Vedeney Savich tuvo la sensación de que le corría por las espaldas nieve líquida.

—¿Qué pretendes? ¿Quieres engañarme? —inquirió anhelante.

—No quiero engañarte, sino que te lo advierto con toda mi alma: vuélvete a Minusinsk.

—¿Y por qué?

—Porque así salvarás tu vida.

—¿Es que en el Urianjay sólo viven bandidos? Dímelo claramente.

—No sé quién vive allí: sólo sé que de allí no vuelve la gente.

—¿Lo dices de verdad? —insistió Vedeney.

—No soy una picaza… No voy a charlar sin motivo.

El encargado se echó las manos a la cabeza y exclamó:

—¿Pero es posible que Vabilin realmente sea como se dice por ahí?

—No lo sé… No lo puedo saber… —murmuró el mozo.

—¿Entonces quién comete esos crímenes? ¿Los campesinos de por acá se dedican a matar a la gente?

—No… ellos no… No los temas…

—Pues ellos deben de saber quién anda en todo ello.

—Es claro que lo saben. Pero no lo dicen ni lo dirán a nadie.

—¿Y por qué?

—Para salvar su pellejo. Ya habrás comprendido por qué no han querido alquilarte sus caballos. Si te matan, ¿quién iba a cobrar el precio del alquiler?

—¡Dios mío! —pudo pronunciar únicamente el encargado.

Y pensando con angustia en su situación, dijo:

—Y, ¿qué voy a hacer yo ahora?

—Regresar a tu tierra —repitió el mozo—. Yo hubiese ido contigo, pero ¡ya estoy harto de estos diablos! ¡No quiero ni verlos!

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Pronto hará un año. Soy de Tomsk… y no digas a nadie que te he advertido.

—¿A quién voy a decírselo?

—Espero que a nadie…

La cabeza del mozo desapareció.

El encargado cerró la ventana, se sentó en su banco y se cogió su barba, que por algo dicen los viejos que en ella está la sabiduría…

Recordó los enigmas de Marcos Ivanovich en Minusinsk y también las miradas que cambiaron entre sí los mercaderes en Krasnoyarsk y comprendió que aquéllos estaban pensando esto mismo, pero no se lo quisieron decir claramente. ¿Por qué? —se preguntaba Vedeney Savich—. ¿Qué interés podían tener en encubrir a unos bandidos?

Se estremeció representándose aquellos crímenes.

—¿Qué debo hacer? —dudó.

Si continuaba el viaje, les esperaba la muerte, según decían muchos; si se volvía atrás, perdía la parte que le ofreciera Mateo Pavlovich, y no sólo esto, sino que, seguramente, aquél le diría: «No he mandado al hombre que debía, sino a una mujerzuela asustadiza a la que le pareció mejor dar crédito a las habladurías que cumplir el encargo.» Y le retiraría su confianza con toda la razón.

Consideró Vedeney Savich la perspectiva de terminar su vida deshonrado y se disipó su miedo.

«Se puede vivir enfermo —pensaba— o como un bobo, siendo el hazmerreír de todos; pero antes que vivir despreciado es

preferible tirarse al agua.»

Sacudió la cabeza como cuando era joven, cuando tenía la cabellera abundante y rizada; sacó del pecho un pequeño icono de cobre, lo puso en el saliente de la ventana, se hincó de rodillas y rezó con fervor implorando la ayuda de la Madre de Dios, Socorro de todos los hombres.

Muchas almas humanas habían rezado ante este icono, pues había pertenecido a sus bisabuelos y corrió todas las manos de los abuelos, los padres, los hijos, hasta llegar a las suyas. En el centro, se veía la imagen de la Madre de Dios y a su derecha, en la parte plegable, la efigie del Salvador y al lado de éste la de San Juan Bautista, con alas, como le pintaban en Rusia en los tiempos anteriores al patriarca Nikon.

El primer gallo cantaba ya cuando Vedeney Savich se levantó de rezar. Se persignó por última vez, besó el icono, lo puso donde lo tenía guardado y se acostó.

Su alma se había aclarado con la oración.

«Nada sucede ni deja de suceder sin la voluntad divina…» se dijo y esto significaba para él que le llevaría al Urianjay la mano de Dios. «Si vas hacia atrás o adelante, siempre tu suerte te seguirá. Lo que ha de ser no puedes rehuirlo» dice el proverbio…

Y cuando decidió que debía proseguir su viaje, todas sus preocupaciones se desvanecieron definitivamente.

Vedeney Savich reclinó su cabeza sobre la almohada y quedó profundamente dormido.

Capítulo X

Muy de mañana, les despertaron animadas voces y rumores que llegaban del patio.

Ya habían llevado allí los caballos contratados y con ellos estaban los guías y otras varias personas.

Gregorio y Nilka corrieron a la ventana para verles, sin ponerse ni siquiera los caftanes; pero en seguida empezaron a tiritar pues el tiempo era frío, tanto, que el rocío cubría toda la hierba y la tierra como una gran hojalata o como abundantes lágrimas de reno.

También acudió Vedeney Savich a la ventana.

De todo lo que pensó y había sentido aquella noche, no quedaba huella en su ánimo Hasta parecía que estaba más tranquilo y reposado que antes.

Salió al patio y revisó los caballos y las sillas.

Los caballejos estaban algo flacos; mas en primavera, tras todo un invierno, ¿cómo era posible encontrar caballos bien nutridos en aquella región? Los aparejos eran malos, rústicos, pero podían servir.

Los cuatro viajeros se lavaron en un barreño que había en el patio, cerca de la escalinata, almorzaron y montaron a caballo.

Todo el pueblo acudió a despedirles. Vedeney Savich miraba fijamente a los aldeanos, como queriendo adivinar lo que pensaban de ellos; pero no observó en los rostros, ni en ningún gesto, nada desagradable; todos le despedían con franco humor, sin re-

serva alguna; nadie apartaba de ellos los ojos ni se cambiaban miradas equívocas: el único que estaba serio era el mozo de la posada.

Aquel hombre se cruzó con Vedeney Savich cerca de la casa y pareció preguntarle con la mirada: «¿Sigues o no el viaje?»

Vedeney Savich aparentó no reconocerle y pasó adelante, sin hablarle ni hacerle seña alguna.

Entonces el rostro del hombre se ensombreció.

El encargado se sentó en la silla, le ajustaron los pies a los estribos, se enderezó, y quitándose y agitando la gorra como en Minusinsk, gritó:

—¡Adiós, hermanitos!

—¡Con Dios! ¡Feliz regreso! —le contestaron los que le despedían, como una sola voz.

El primero en salir del patio fue el guía Iván. Le seguía Vedeney Savich y luego, en fila india, salieron los demás. Cada uno llevaba cruzado sobre la espalda un fusil. Detrás iban dos caballos con las cargas y la caravana la cerraba el otro guía, que se llamaba también Iván.[25]

La obligación del primer guía era enseñar el buen camino y la del último vigilar a los caballos para que no se perdieran o tiraran las cargas.

Los caballos de carga llevaban el uno una campanilla y el otro grandes cascabeles. Aunque el caballo es inteligente, puede, en un momento dado, asustarse de algún animal o de otra cosa cualquiera y echar a correr y adentrarse en la taiga, donde sin la campanilla o el cascabel sería imposible encontrarle. Y no se pueden atar estos caballos, porque con ello se les puede estropear el instinto. Inmediatamente después de la última casa del pueblo comenzaba el bosque.

Durante unos cien *saje* había un camino relativamente bueno, pero luego seguía otro sendero estrecho y zigzagueante, como

un arroyuelo gris sobre el musgo verde, entre los árboles. E incluso, un poco más allá, desapareció este caminito y sólo hubo algo parecido a una vereda… Los viajeros estaban rodeados por la taiga secular, eterna…

¿Has visto, lector, la taiga? Si no, oye lo que de ella dicen en Siberia:

“ Creó el Señor un paraíso, un jardín enorme. Y por todo él estaban trazados caminos con granos de oro y sobre aquella áurea arena había diseminadas piedras preciosas; a ambos lados de los caminos existían árboles con manzanas de oro y de plata y bajo las copas hierbas de seda verde y flores polícromas y el rocío de la mañana era de puras perlas.

Cuando se paseaba el Señor por el paraíso le saludaban las plantas; ángeles y pájaros multicolores le cantaban himnos y alabanzas…

Sin embargo, Adán y Eva en el Paraíso se sentían aburridos, porque, si bien el jardín era muy grande, no podían salir de él, y se les cansaban los ojos de mirar siempre el mismo paisaje y el olfato de respirar los mismos aromas y el ánimo de gozar las mismas distracciones inocentes. Sintieron, pues, nuestros primeros padres gran tedio y esto al Maligno le puso muy contento, pues nada como el tedio conduce al hombre a toda mala acción.

Adán y Eva pecaron.

Entonces el Señor los arrojó del Paraíso y encargó al arcángel San Gabriel que borrase las huellas con una escoba de fuego para que el hombre no pudiera encontrar nunca más el camino del Paraíso.

Salían Adán y Eva del Paraíso derramando lágrimas muy amargas. En el camino el profeta Enoch y la Madre de Dios, que paseaban, les vieron y se compadecieron de ellos.

Alrededor todo eran estepas solitarias y corrían bestias feroces, que devorarían de seguro a los desterrados.

Pidió la Madre de Dios al Señor que perdonara al hombre; pero el Señor rehusó porque le duraba aún el enojo que le había producido la mala acción de aquellos seres. «No me veneraban, admiraban más las flores, las piedras y las manzanas de oro.»

Entonces habló el profeta Enoch:

«No es culpa de los hombres, sino tuya, Señor. El hombre no puede adorarte en el templo hermoso: allí el hombre se mira a sí mismo y a los demás. Para rezar conviene más un lugar muy solitario.»

Quedó pensativo el Señor y luego dijo:

«Dices verdad. Se ve que no ha sido inútil el haberte subido vivo al cielo para aconsejarme.»

Y sopló el Señor con su divino soplo y de aquel soplo de Dios, desde las piedras del Ural hasta el mar, creció la taiga; cubriendo miles de verstas de las estepas y de las montañas y se extendió oscura y terrible.

«Les doy la taiga en vez del Paraíso —dijo el Señor—. Ya que no me ha buscado el hombre en el hermoso jardín, que me busque aquí. Y el Paraíso no estará ya en la tierra sino muy por encima de las nubes, en el cielo.»

Y ordenó a los ángeles y arcángeles que diseminaran todo cuánto había en el Paraíso.

Y los ángeles y arcángeles cogieron todos aquellos granos de oro y las piedras preciosas y las hierbas y las hermosas flores y los diseminaron por la taiga. En algunos lugares, los granos de oro cayeron sobre los ríos y los arroyos; en los valles y gargantas cayeron la plata y las piedras preciosas y sobre las montañas más altas se encendieron los cirios del Paraíso como lindos lirios.

Esto es lo que cuenta de la taiga la gente vieja de la Siberia.

Por eso, en el momento en que pisa la taiga, el hombre se descubre a pesar suyo, y siente deseos de rezar. Por eso, en tiempos remotos, los templos de la Santa Rusia eran oscuros y bajos, de pesadas columnas, semejantes a la taiga, en la que cedros y pinos semejan columnas y las ramas tejen amplias bóvedas.

También el silencio y la semioscuridad de la taiga recuerdan mucho a los templos; los pájaros no cantan en ellos porque aquéllos no son lugares alegres. El caballo sigue su camino con cuidado.

En los sitios llanos las raíces sobresalen semejantes a las venas que surcan las sienes de los ancianos y hay que acertar entre ellas, dentro de los huecos que forman. A veces se encuentra algún árbol caído interceptando el camino y los caballos han de saltar apoyados en sus patas traseras, doblando sobre el tronco las rodillas, y llevando carga es fácil que el caballo se rompa una pata.

Andar por las montañas es aún peor. Existen grandes precipicios y se tropieza con rocas puntiagudas, y hay que subir como por una escalera o deslizarse por fuertes pendientes, por sendas no más anchas que la palma de la mano, en las cuales puede el caballo resbalar arrastrando al jinete.

Y si se pierde el camino, se rueda por la alta montaña, dando vueltas grotescas de payaso hasta lo hondo del precipicio, que apenas se percibe desde arriba y en cuyo fondo ruidoso corre algún torrente; segura es allí la muerte, desgarradas las carnes, destrozada la cabeza por las punzantes rocas, y, finalmente, el cuerpo es arrastrado por las aguas.

Gregorio miraba con asombro el paisaje, pues era la primera vez que estaba en la verdadera taiga.

Según se bajaba hacia el río, a ambos lados de la senda, ¡qué cosas tan admirables se veían! Allí crecía la hiedra gris y el verdirojo cerezo y los árboles de rosadas grosellas y el lúpulo verdoso. Bajo la flor de la fresa, la tierra no se veía; parecía estar cubierta de nieve. Los frambuesos formaban muralla; tanto que el caballo apenas podía abrirse camino a través de ellos. Aquellos arbustos alcanzan hasta el hombro al jinete y el animal mueve inquieto las orejas a la vez que mira recelosamente a todos lados, porque sabe que aquellos parajes son los preferidos de *Mijailo Ivanovich*, el oso.

No es raro encontrar al oso en la taiga.

Pero no en balde se ha dicho: «No temas encontrar en la taiga a la bestia; pero tiembla si encuentras al hombre».

Si no se hostiga a *Mijailo Ivanovich*, éste no toca a nadie. Aun pasando a su lado, hombro contra hombro, no hará nada: se para, pestañea como un cerdo, con sus pequeños ojillos, olfatea… y se va sin precipitarse, con aire de gran señor que no corre como una liebre, sin más ni más. El oso sólo ataca o huye cuando se le espanta.

En la cúspide de la montaña, todos los montículos están cubiertos de fresones silvestres y campánulas. Hay tantos, que se ven por todas partes, dondequiera que se dirija la mirada.

En la montaña, la taiga es menos tupida y las crestas sólo las pueblan los gigantes de los bosques, los enormes cedros.

En cada revuelta del camino el hombre queda admirado, extasiado ante tanta maravilla.

Allí se recibe la impresión de estar en un crepúsculo vespertino; donde termina el espeso bosque se entreabre un paraíso refulgente, el cielo es claro, a lo lejos se divisan las montañas y encima se extiende como un hermoso tapiz de terciopelo azul marino.

Hay precipicios rojos y amarillentos; las rocas parecen ciudadelas inmóviles y firmes; el cielo y la tierra están ceñidos por blanco cinturón, el de la nieve, que hasta en verano los cubre trazando una línea alba en el horizonte: son los montes de la cordillera del Ardán, los más altos y erguidos del extenso territorio de los Sayanos.

En el monte hasta las flores son distintas y realmente celestiales. Las hay que abrasan la vista cual ardiente llama; otras miran, azules e inocentes como ojos de ángeles; otras son albas como blancas palomas… Discretas, menudas, pero incontables. Llega el caballo a cumbres tan altas que parece que se esté tocando el mismo cielo.

El corcel levanta con dificultad sus patas, trabadas por una vegetación espesa; con sus pisadas, flores y hierbas se tronchan con fuertes chasquidos. La tierra está húmeda y fangosa.

Las cumbres son despejadas. No hay nada que limite la vista, ni cubra el horizonte. Diríase que desde lo alto se divisan las cuatro partes del mundo. Allí apenas llegan las nubes y no vuelan ni las águilas.

Con el sol alto, hay frescor de alba matutina.

Se oyen coros de alondras en el aire. Pero la alondra no puede vivir en estas alturas. Arriba y alrededor no se ven pájaros. No los hay por ninguna parte. Y, sin embargo, se sigue percibiendo como si miles de alondras estuvieran cantando. Sólo cuando se desciende de la montaña se comprende el milagro: no eran las

alondras sino los arroyos los que cantaban, deslizándose entre la hierba.

Aquellas montañas están llenas de agua, como esponjas. Mil riachuelos, torrentes y arroyos corren, deslizándose por la montaña, cubriéndola casi por completo, como velo de desposada. Cuanto más abajo, tanto más ruidosos son. Desde la mitad de la montaña los arroyos ya han crecido con el agua de otros manantiales y con gran estrépito saltan las altas peñas, cayendo en fantásticas cascadas. Y abajo se convierten en torrentes que remueven las rocas y levantan irisada espuma.

Arriba son milagros y abajo maravillas.

En la taiga no hay pájaros que canten, pero en cambio entona su canción el corazón humano. Acuden espontáneamente la poesía y la oración a los labios: «Madre hermosa, desierta, es por ti Taiga, por quien los hombres han compuesto versos y melodías y en tus montañas rezan cantares…»

Capítulo XI

Al obscurecer, poco antes de la puesta del sol, la caravana se detuvo para pernoctar. Los guías eligieron un sitio próximo a una fuente, donde la hierba era mejor y más abundante para los caballos; descargaron y desensillaron a éstos, y apilaron sillas y carga en montón, bajo un gran cedro. Trabaron las patas a los caballos y los dejaron pastar.

Bajo el árbol encendieron una hoguera y empezaron en ella a hervir el agua y preparar la cena. La noche cayó rápida. Casi hacía frío. Todos se reunieron bajo el cedro como en una tienda de campaña. Allí, sobre el tapiz de musgo, junto a la hoguera, se sentían calientes y a gusto. Los cazadores pernoctan siempre bajos los cedros, donde ninguna lluvia puede alcanzarlos.

Vedeney Savich sentía haber dejado en Minusinsk los gabanes de reno y las zamarras de piel de oveja. ¡Cuánto les hubieran convenido ahora!

Cenaron, extendieron las mantas bajo las sillas y se dispusieron en torno a la hoguera, para dormir. No necesitaban hacer guardia, ya que confiaban en los perros.

El cansancio les hizo dormir bien al principio, pero a poco, uno tras otro comenzaron a moverse, acercando, ya el pecho, ya la espalda, a la hoguera. Les molestaba el frío.

Gregorio metió la cabeza bajo la manta, enroscándose como un ovillo, y así una parte de su cuerpo estaba caliente, pero la otra parecía puesta sobre hielo. Cuando daba la vuelta se sentía

bien, pero antes de un cuarto de hora se había quedado frío y tenía que dar la vuelta de nuevo para calentarse.

Al fin, sin poder resistir más, Gregorio sacó la cabeza de debajo de la manta, se sentó y vio que al otro lado de la hoguera estaba Nilka, de pie, medio dormido y desgreñado. Veíase que también el frío le había hecho levantarse. La noche era clara, de luna… Todo estaba inmóvil; no soplaba la más leve brisa. Hasta la fuente corría con suave murmullo, como semidormida.

Por vez primera comprobó Gregorio cómo nace la niebla. Repentinamente, tal como un pensamiento acude al hombre, sobre la tierra se formó una pequeña mancha blanca, tan minúscula que podía taparse con la palma de la mano. Sin rumor se alzó, esparciéndose en hilillos que poco a poco instalaron entre los arbustos sus transparentes tentáculos.

Cada vez había más y más hilillos de bruma. Todo iba cubriéndose como con un baño de leche. Parecían elevarse almas, acercándose unas a otras, agitándose aunque el viento no las moviera. Sólo que no se acercaban a los pinos ni a los cedros: podrían dañarlas los espinos.

—No mires así. Pudiera ser que vieras fantasmas —dijo Nilka—. Vale más que procuremos encender un buen fuego.

Echaron ramas secas en la hoguera mortecina y volvieron a sus puestos, pero no se acomodaron como antes, sino como los guías: con las piernas hacia el fuego. Así estaban mejor y más calientes.

Poco antes de amanecer, una pequeña sombra voló sobre los durmientes y se colocó en lo alto del cedro. Un pajarillo sin nombre y que no canta… Sólo gime sin cesar: «Piii… piii». Es todo cuanto se le oye. Acompaña siempre al hombre en la taiga, siendo el primero en despertar y el último en cerrar los ojos. La gente dice que es un alma humana sin bautizar, que vuela y reclama lo que olvidaron de darle… Y si se la rocía con agua ben-

dita diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te bautizo, alma; con el nombre de Iván, si eres siervo de Dios, y de María si eres sierva», entonces el pajarillo desaparece y no vuelve más…

Al piar del pajarillo se levantaron los guías y luego los demás. Unos empezaron a calentar el agua para el té, otros fueron a buscar los caballos, que se habían dispersado por el bosque, donde se oían sus cascabeles. Los reunieron y resultó que faltaba un caballo de carga, que se había alejado siguiendo el arroyuelo. Su piafar resonaba lejano.

Nilka fue en su busca por la orilla y antes de media versta distinguió un bulto gris que se movía entre los arbustos. El mozo era curioso: apartó los arbustos y se le cayó el alma a los pies. Se hallaba frente a un oso, que, sentado junto al arroyo, pescaba con las patas truchas en la corriente. Allí el agua era muy poco profunda. *Mijailo Ivanovich* estaba muy ocupado en su trabajo, todo mojado y sucio. No sintió el ruido del visitante que llegaba; sólo oyó el rumor de los arbustos cuando Nilka, perdiendo la cabeza, echó a correr sin mirar por dónde, ágil como una cabra, saltando montículos y rocas. El rey del bosque se incorporó, olfateó con su negro hocico, distinguió sobre los arbustos los talones de Nilka y continuó su trabajo.

Nilka llegó a la hoguera con el rostro desencajado y blanco como la tiza.

—¡Un oso! —gritó, extendiendo los brazos como alas.

Todos se levantaron, cogiendo los fusiles, imaginando que el oso perseguía a Nilka.

—¿Ha matado al caballo? —preguntó Vedeney Savich.

—No. Está en el arroyo, pescando.

Antes de que el dependiente tuviera tiempo de hablar, los guías, fusil en mano, se internaron corriendo en el bosque.

Vedeney Savich y los mozos quedaron cuidando los caballos. No se oyeron disparos ni gritos. A poco se sintió el reposado paso del caballo y vieron llegar a los guías con él: uno montado y a pie, a su lado, el otro.

—¿Por qué no disparásteis? ¿Se ha ido el oso? —preguntó Vedeney Savich.

—Sigue allí, pescando tan tranquilo —contestó el guía que iba a pie—. ¿Para qué disparar? Las cargas son caras y ese oso tiene una piel de poco valor.

Desayunaron, se burlaron del miedo de Nilka y cargaron los caballos.

Vedeney Savich, montando, vio que los guías montaban también y que nadie se preocupaba de apagar la hoguera.

—¿Por qué no apagáis la hoguera con agua? —preguntó a los dos Ivanes.

—¡Que siga ardiendo! —contestaron.

—Puede soplar viento e incendiarse la taiga…

—La taiga es grande. No arderá toda.

Y continuaron el viaje. Tal es la costumbre de la taiga: nadie apaga las hogueras cuando se marcha.

Las consecuencias de tal costumbre las vieron a poco. Subiendo una cresta, les pareció entrar en otro país. La perspectiva era mucho más clara, pero no de modo natural, sino extraño. Ante ellos todo parecía gris. Al principio, dudando, no discernieron si era humo o niebla.

En ningún árbol se veían hojas ni brotes. Estaban inmóviles, muertos, con las ramas secas apuntando en todas direcciones. El viento no arrancaba a sus copas ningún murmullo, no hablaban entre ellos… Y el aire soplaba ligero, como en una chimenea en otoño. No había hierba, ni flores, ni arbustos: sólo tierra gris, sobre la cual, como muertos en un campo de batalla, yacían caídos

a miles los gigantes del bosque. Hacía mucho tiempo que había estallado allí un incendio. Luego la carcoma consumió los troncos. Y poco a poco irían cayendo los que, como reliquias, quedaban en pie.

¡La taiga muerta…! Al avanzar por ella parece un cementerio, se camina una hora, dos, a veces tres, y nunca se ve el final. Hay ocasiones en que el área devastada por el fuego ocupa cuarenta verstas. No se puede parar mucho tiempo en la taiga muerta. Cuando sopla el viento, es peligroso, ya que se corre el riesgo de morir aplastado por algún árbol que el viento derriba.

El camino era difícil para los viajeros. A cada paso surgía algún árbol caído del bosque, de hasta *archín*[26] y medio de diámetro. Hubieron de rodearlos, y así anduvieron hasta cinco verstas, teniendo que describir curvas, como si fuesen liebres. Afortunadamente, lo pudieron hacer porque el paraje era llano, pues de lo contrario las contrariedades habrían sido muchas.

Subir la montaña era tan difícil para los caballos como bajarla para los jinetes. Las pendientes eran tan pronunciadas, que a veces había que tenderse a lo largo sobre el dorso del caballo, levantando los pies sobre sus orejas. El armazón trasero golpeaba los riñones, el caballo se sentaba sobre la grupa y el jinete temía rodar con él. Y de caer, sería segura la rotura de un brazo o una pierna, cuando no se partiera la cabeza como una cáscara de huevo. Y, en torno, surgían rocas como púas.

La senda desaparecía. No había ya sino un barrizal lleno de agua. En ciertos sitios era preciso trepar como por una escalera en mal estado, asiéndose a las asperezas de los lados.

Bajaron por fin al valle. El camino volvía a ser llano.

El guía de detrás apresuró su montura, alcanzó a Gregorio, que iba el último, y le dijo:

—Hemos pasado la cordillera Oisky, la que llaman la Pequeña…

—¿Y la Grande?

—Mira: allí está —e Iván señaló con la mano hacia adelante —. La subiremos después de comer. Luego sigue la cordillera Marcoff y después la de Ardán.

—¿Y hay muchas cordilleras más?

—Siete grandes. Luego viene el río Uss. ¡Oh, qué río! ¡Es un río que…!

—¿Y después del río está ya el Urianjay?

El guía, negativamente, movió la cabeza de negros rizos.

—No. Hasta Urianjay, a donde vais, quedan tres días de viaje desde el río. Acuérdate bien de que desde el Uss tenéis que ir siempre hacia mediodía y así llegareis directamente a donde vais.

—¿Para qué recordarlo si no soy yo quien guío?

—Ya… Digo que desde el Uss hay que ir siempre derechos hacia el mediodía.

Delante de ellos, entre los árboles, brilló un curso de agua. El guía de vanguardia se detuvo y esperó al resto del grupo, que iba muy atrasado.

El río Oya no es grande ni ancho. En su mayor profundidad, sólo llega a la cintura, pero hay que cruzarlo con sumo cuidado, porque la corriente, fuerte y peligrosa, puede hacer caer al viajero, estrellándolo contra las rocas puntiagudas que abundan en el fondo y en las orillas, como si alguien las hubiera lanzado desde las montañas. El Oya, deslizándose como una sierpe azul, corre entre extrañas rocas, todas en arista viva.

—No miren abajo, mercaderes… Miren arriba para no sentir vértigo —advirtió el guía.

Descendió al río y los demás le siguieron en fila. Sonaron los cascos de los caballos en las piedras y el agua murmuró en torno a ellos. Gregorio miró hacia abajo y vio que la corriente se precipitaba arrastrando su caballo, al que el agua alcanzaba hasta el

vientre. De pronto pareció que las patas traseras del animal perdían fondo. Su grupa descendió, y el caballo se movió de lado, río abajo.

Gregorio sintió que la respiración se le cortaba. Mirando el río no lo reconoció: no era ya un río, sino algo vivo, móvil, frío, terrible.

Sonaron voces, gritándole:

—¡Suelta las riendas! ¡No guíes! ¡Deja ir solo al caballo!

Gregorio comprendió que le avisaban a él. Soltó las riendas. El caballo se enderezó y luchó contra la corriente no tan de lado como antes, sino algo al sesgo para aguantar con el pecho el impulso del agua. En torno se produjeron espumas y burbujas… Luego la hondura disminuyó y Gregorio salió a la otra orilla. El agua escurría por sus botas como por dos jarros rotos, ya que no había levantado las piernas a su debido tiempo. Al pisar la orilla, se santiguó. El Oya le había enseñado el modo de pasar a caballo los arroyos montañeses.

Al otro lado del río estaba otra vez la taiga viva y verde. El agua y las rocas no habían dado paso al incendio.

El hombre de la ciudad ha inventado para su uso diferentes instrumentos. ¡Incluso predice el tiempo mediante cajitas protegidas con vidrio! ¡Pero mienten tanto sus cajitas! En cambio no mienten los instrumentos de la taiga, inventados por el Señor: el pico negro, o pájaro monje, como se le llama, y la ardilla estriada, un animalito abigarrado. En los días claros el pico negro calla, volando como una sombra negra de cedro a cedro y no se ve en sitio alguno la ardilla estriada. Pero cuando ésta corre por los árboles y cuando grazna el pico negro, se puede tener la certeza de que habrá aguacero.

Así les sucedió a los viajeros. El día era claro, pero antes, mientras pasaban por la taiga muerta, gimió el pico negro y aparecieron tantas ardillas como si las arrojaran de un saco. Los

guías apresuraron el paso de la caravana, para llegar pronto a donde debían pernoctar. Pasada la segunda cordillera de Oisky, al descender el valle, empezó la lluvia; parecía que en toda la taiga se removiesen las hojas secas.

Antes de anochecer, la caravana subió la cordillera Marcoff. No era muy alta, pero sí abrupta y el valle que corría a su pie era tan profuso en árboles que no se veía el cielo y los espinos alcanzaban hasta el pecho de los caballos.

Apenas encendieron la hoguera bajo un cedro, cayó la noche, obscurísima, sin una estrella. Vedeney Savich se acercó al fuego, pero no pudo dormir. Miraba en la obscuridad, escuchando el murmuro de la taiga. De día no sentía miedo, pero de noche, y con mal tiempo, se le oprimía el corazón. «¿Por dónde podrían llegar los bandidos? —pensaba—. ¿Será Vabilin uno de sus jefes? Acaso la banda esté en las montañas, acechándonos, en la obscuridad, esperando a que nos durmamos…»

Pero recordó que no podía haber gran provecho para los bandidos en esperar años enteros en la espesura de la taiga aguardando que pasaran dudosos y pobres viajeros, y de nuevo se tranquilizó. Era Vabilin y no las montañas el que tenía mala fama. Vedeney Savich confiaba mucho en entenderse con Vabilin, porque, como dice el proverbio, «no se olvida fácilmente la hospitalidad que se recibe…»

Caía la lluvia, con rumor monótono, que llamaba al sueño. Sonaban las campanillas de los caballos.

La taiga amedrenta al que la desconoce, pero para quien la conoce ya, es como una madre. En ella no hay dolor ni preocupación. Todo lo hace olvidar la selva.

El hombre queda mejor guardado y más seguro en la taiga que entre muros de piedra. La taiga le brinda agua y alimento y refresca el alma con sus torrentes. Se entra en ella hecho un hombre débil y se sale convertido en un verdadero halcón. No sólo

no asusta ya el bosque, sino que ni siquiera teme al oso. Se escalarían ásperas montañas, se llegaría a las nubes y como si no se hubiera hecho nada…

Todos dormían, y Vedeney Savich durmió también, tranquilo como en su propia casa.

Capítulo XII

Aquella noche, Vedeney Savich tuvo sed.

Sentándose, vio que la lluvia había cesado por completo. La noche era clara y serena. Los perros levantaron la cabeza, movieron la cola y volvieron a enroscarse. Los hombres dormían.

Vedeney Savich fue hasta detrás del cedro y encontró allí a los guías, que estaban al otro lado del árbol, hombro con hombro, hablando en voz baja. Al ver a Vedeney Savich, se separaron rápidamente.

—Habíamos ido a ver a los caballos —dijo uno.

Vedeney Savich no contestó. Pero aunque no pensara mal lo tuvo en cuenta. Sin decirles nada bajó por la senda a la fuente. Y apenas llegó al agua, olvidó para qué había ido allí. Ante él sólo se extendía la taiga y, no obstante, no era la taiga lo que veía ante sus ojos. Parecía que la luna la hubiese cubierto toda de ceniza azul sobre la que, como galón de plata, brillaba el río. Más allá se levantaba la cordillera Marcoff, semejante a una bestia negra que escuchara los rumores circundantes. Y detrás de la cresta, sobre el mismo cielo, entre dos estrellas de azulada luz celestial, brillaba el trono de Dios y se veía la cima helada del Ardán.

El hombre en general vive siempre lleno de preocupaciones y sólo piensa en sus asuntos. Pero si de repente distingue una visión como aquélla, piensa que Dios está allí mismo a su lado. Y el alma se detiene bruscamente, lo mismo que un caballo en ple-

na carrera. ¿Qué ha sido de todos los pensamientos terrenos? ¿Dónde está el orgullo? Es como si uno sintiera que no se es nada más que simple polvo, un miserable ser. Basta el soplo sutil del trono de Dios para que se deje de existir, para que, como una hoja otoñal, se gire entre la polvareda y como polvo se vuelva a la húmeda tierra madre…

Vedeney Savich quedó tan maravillado que no pudo separar los ojos del infinito. Luego se arrodilló sobre una piedra, tomó agua en el hueco de la mano, bebió y volvió a su sitio.

La hoguera ardía como un incendio. Los guías habían puesto allí toda una montaña de hojas secas. El fuego se elevaba en ondulantes sierpes hasta las ramas del cedro, que se movían, ruidosas, como en una tempestad, sobre el fuego. Las llamas las quemaban desde abajo y rojas sartas de chispas corrían sobre ellas.

Los guías dormían en sus puestos.

Vedeney Savich miró en torno y se metió bajo las mantas. El hueco que dejara bajo ellas estaba caliente aún.

Por la mañana la caravana pasó a la otra ladera de la montaña Marcoff, que resultó no ser ni alta ni empinada. A mediodía el sol los sorprendió entre los groselleros, al pie de la cordillera de Ardán. Allí se detuvieron en un prado.

Ardán se eleva hacia los cielos sobre una rígida muralla. Para escalarlo no hay camino recto, ni a caballo ni a pie. Quizá sólo el águila pueda alcanzar su empinada cumbre, en cuyas rocas no hay un árbol ni un arbusto. Al pie, crecidos en las grietas de las peñas, se hacina un ejército de pinos que quedaron a medio camino de la cumbre. Más arriba, sólo se ven rocas y piedras grises. Y en la cúspide, radiantes de celestial belleza, están las zonas de las nieves perpetuas, de pureza y blancura como el ojo humano no soñara ver jamás.

Los emisarios comieron, los caballos se repusieron pastando y la caravana subió como una serpiente la ladera de la montaña. El

guía delantero no les conducía directamente al monte, sino que les hizo bordear su base, subiendo poco a poco. Luego volvieron atrás, pero ganando algo de altura y mediante repetidas vueltas fueron venciendo la cordillera. Todos caminaban a pie, con los caballos de la brida. No una ni dos veces, sino una docena, se detuvieron para descansar. Avanzaban hacia el centro de la garganta. Sobre sus cabezas dos águilas se desplomaron, como muertas, hacia el precipicio. Luego abrieron las alas y quedaron suspendidas en el aire.

Ya no había camino para los hombres. Unas rocas verticales y puntiagudas cerraban el paso. El guía escaló el primer saliente y tiró del caballo, el cual se encabritó, apoyó en el saliente las patas delanteras, se afianzó sobre el vientre y comenzó a herir la roca con los cascos al tratar de subirla, arrancando chispas. Pudo, al fin, arrastrándose así, subir al saliente. Descansó y por propia iniciativa comenzó a escalar el sucesivo. Más adelante, continuaba el camino practicable.

Vedeney Savich fue el segundo en subir. En el saliente, pareció detenérsele el corazón: el paso no medía más de un *archín* de ancho. Era como si surgiera del costado de la roca y quedara suspendido así sobre el precipicio. Muy al fondo, como un espejo perdido, azuleaba un pequeño lago. Y estaba tan abajo, que si se hubiesen puesto cuarenta altas iglesias una sobre otra, no se habría podido llegar desde aquel lago a donde estaba Vedeney Savich.

Éste no pudo saber nunca cómo se incorporó, cómo hizo subir su caballo ni cómo llegó hasta la garganta. Sólo recordó luego que hubo a su lado un terrible precipicio.

Ni siquiera vio que desde la celestial altura de Ardán se descubría todo el mundo ¡Allí sí que se podía decir que había espacios inmensos! Hasta las águilas volaban más bajas que ellos. El hom-

bre rebasaba allí las nubes y sólo quedaban más altos dos blancos montículos… y sobre ellos el sol.

Los demás subieron sin novedad. Luego hicieron descansar a los animales y montaron en las sillas.

Resultaba extraño viajar en verano sobre la nieve, que crujía bajo los cascos. Se sentía frío, había que abrir mucho la boca al respirar y era difícil llenar los pulmones. En ciertos sitios, parecía que los caballos andaban por un pavimento de cristal. Y todo tan brillante, que dañaba los ojos.

El guía último alcanzó a Gregorio.

—Por ahora ya basta de precipicios —dijo—. ¿Te acuerdas de lo que te dije sobre el camino?

—Me acuerdo —contestó Gregorio.

—Bueno. Pues desde el río Uss hay que ir siempre en dirección al mediodía. Nos queda por pasar una cordillera muy grande: la de Mirsky. Mira: es aquélla. Pero es más fácil. A partir de la fuente la senda está más marcada.

—¿Por qué? —preguntó Gregorio notando algo extraño en el tono con que había sido dicha la última frase.

El guía adelantó los labios y se encogió de hombros, como diciendo: «No lo sé.»

—Sólo sé, que es así —contestó al fin.

Los jinetes callaban. El guía se acercó tanto a Gregorio que oprimía la rodilla de éste con el flanco de su caballo.

—¿Adónde vas? —preguntó Gregorio, tratando de dirigir su caballo de lado. Pero luego miró a su vecino y no movió las riendas. El guía se inclinó en la silla, tocando con su barba negra la oreja de Gregorio.

—Oye —dijo en voz baja—; no te quiero mal, deseo tu bien.

—¿Y qué?

—Cuando pasemos el Uss y vayamos por las montañas, mira bien a todos lados. Y si ves un *avvá*…

—¿Qué es eso? ¿Algún animal?

—No —y el guía sacudió su melena rizada—. Procura fijarte si ves montones de piedras o bien ramas secas o trapos atados a un árbol. Eso es el *avvá*.

—¿Y qué es eso?

—Lo ponen los viajeros para tener un camino feliz.

—¿Y por poner unas piedras va a ser feliz el viaje? ¡Qué tonterías dices!

—¡Qué tozudo eres! ¡Eres demasiado joven! ¿Qué haces en tu país para conseguir lo mismo? ¿Poner un cirio? Pues aquí no hay ni San Nikon, ni Dios, ni cirios. La gente es pobre. Y hay que poner una piedra.

—¿Es posible que haya un sitio sin Dios? —dijo Gregorio.

—Éste —contestó el hombre—. Mira. ¿Dónde puedes hallar aquí al Señor? Dios necesita calor, vive en los templos, al abrigo de las casas, pero en las montañas los amos son los *avvás*. Hay que respetarlos, así lo quieren ellos. Si les saludas con una rama o una piedra, ellos te dejarán continuar tu viaje. Y si no les pones nada, cuando estés al borde de un abismo te enviarán una niebla, una tempestad, un tropezón a tu caballo y morirás como un perro.

El hombre hablaba con tal fe, que Gregorio sintió cierto malestar en el fondo de su alma. Mirando en torno, le pareció ver las cosas de otro modo, como si alguien estuviera escondido entre las rocas y le acechase.

La bajada del Ardán resultó fácil en efecto. La pendiente era moderada.

La caravana se internó de nuevo en la taiga. Volvía a hacer calor; un denso y dulce aroma de miel y resina llenaba el aire. Parecía que aquél olor se pudiera comer a cucharadas.

La caravana se detuvo al pie de la cordillera Mirsky para pernoctar. Aquella cordillera era la última antes de llegar al río Uss, según los guías. Todos, fatigados por el paso del Ardán, se tendieron en tierra, sumiéndose en seguida en un sueño profundo.

Vedeney Savich soñó cosas muy extrañas. Se vio en Krasnoyarsk, sentado a la mesa con Mateo Pavlovich. Sobre la mesa había un enorme saco de plata, tan lleno, que recordaba un cerdo bien nutrido.

Mateo Pavlovich lo acariciaba con la mano y su rostro rebosaba contento.

—Me has servido bien —decía— y te lo agradezco. Prepara tu faldón.

Vedeney Savich le presentaba el faldón de su caftán. Anañevij desataba el saco y dejaba correr sobre el faldón un chorro de rublos de plata. Vedeney Savich no podía sostenerlo ya. «¡Basta, basta —pidió— y Dios te bendiga, Mateo Pavlovich!»

Apenas pronunció estas palabras, el rostro de Mateo Pavlovich se ennegreció y se volvió alargado y puntiagudo, mientras sobre la frente le crecían cuernos y sus ojos brillaban con luz verde.

Vedeney Savich quiso correr y gritar, y no pudo hacerlo: se le paralizaron lengua y piernas. El espíritu maligno le apretó el cuello con sus zarpas velludas, trató de estrangularle. Ya casi se le salían los ojos de las órbitas a Vedeney Savich. Y de pronto el demonio retrocedió y adelantó las manos para defenderse. A espaldas de Vedeney Savich surgió una joven con blanco vestido primaveral y que parecía flotar en el aire. Levantó la cruz que llevaba al cuello y avanzó contra el diablo. En el sitio donde éste estaba brilló una pequeña llama y en el aire se elevó una neblina.

El encargado de Anañevij miró el faldón de su caftán y vio que nada había en él, salvo un agujero chamuscado. Tampoco existía el saco con plata. En su lugar se divisaba un montón de ceniza.

La joven se volvió a Vedeney Savich y le tocó el hombro.

—Levántese —dijo.

—¿Quién es usted? —preguntó Vedeney Savich.

—Levántese, levántese pronto… —decía la voz.

Vedeney Savich abrió los ojos. No estaba en Krasnoyarsk, sino en la taiga, y no había joven alguna ante él. Era Nilka quien, inclinándose, le sacudía por el hombro.

El encargado se frotó el rostro, para no confundir sueño con realidad, y se sentó.

—¿Qué quieres? —preguntó a Nilka.

—Los guías nos han abandonado, Vedeney Savich.

Vedeney Savich abrió la boca y quedó estupefacto. Luego se irguió sobre sus pies y sólo entonces recuperó el uso del habla.

—¿Qué dices?

—Que me muera si miento.

—¿Y los caballos? ¿Se los han llevado?

—No; afortunadamente están aquí. Sólo se llevaron los suyos.

—¿No habrán ido a buscar algo?

—¿El qué? Y además han cogido todas sus cosas, sin dejar nada.

Vedeney Savich miró y vio que todo el cargamento estaba allí, en orden, intacto. Y todos los caballos, menos dos, pastaban allí cerca, en el claro del bosque.

Los mozos buscaron por todas partes, esperando hallar huellas en la hierba o arbustos. Gritaron, llamaron y Nilka disparó incluso la pistola. La taiga devolvió el eco. Luego todo calló de nuevo. Aguardaron una hora. Los guías no aparecieron.

—¡Vaya una aventurita! —dejó escapar Vedeney Savich.

Se sentó entre la carga. A su alrededor estaban los mozos, en pie.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Lo que usted mande, Vedeney Savich. Usted es el jefe —repuso Nilka.

—La cosa no puede estar peor, muchachos. Para volvernos, no conocemos el camino, para continuar adelante, tampoco. ¡Malditos! Nos han abandonado a mitad de camino, en un desierto.

—Igual que en un desierto —contestó Nilka—. No hay vivienda, refugio, ni chozas, ni nada, hasta llegar a donde vive Vabilin.

—Eso es. ¿Y dónde encontraremos otro guía?

—Ya nos arreglaremos —dijo Gregorio—. La senda desde aquí está más marcada.

—¿Cómo lo sabes?

Gregorio relató su charla con el guía.

—¡Qué cosa! —dijo Vedeney Savich—. Eso quiere decir que no se fueron porque se les ocurriera de repente, sino que mucho antes decidieron huir a mitad de camino. Sin embargo, no nos han robado. ¡Qué raro es todo esto! ¿Por qué habrán obrado así?

—Sí, es raro que huyeran —agregó Mikita—. Son nativos. Por eso han huido.

Mikita callaba, mirando sus puños.

—Yo sé por qué —dijo Gregorio—. Dentro de tres días estarán en sus casas y de aquí al término del viaje hay que contar seis días más de ida y vuelta.

—Ésa es la cosa —exclamó Nilka—. Supusieron que ya no teníamos más que seguir adelante y huyeron. Y nosotros no volveremos por Grigorievka, sino que desde allí bajaremos el río

durante quinientas verstas, y así se habrán ganado con poco trabajo su salario.

Vedeney Savich escuchaba, acariciándose la barba.

—Lo mismo creo —dijo—. A nosotros no nos conviene volver por el Ardán. Gracias a Dios, ya lo hemos pasado una vez. En tres días estaremos en el Yenisei, el cual nos llevará de vuelta hasta casa. Ensillad los caballos, muchachos. Ya es tarde.

Antes de diez minutos, la caravana había cruzado el arroyo, entre el chapoteo del agua que salpicaba alrededor de los caballos. Delante caminaban Nilka y Gregorio y detrás Mikita y Vedeney Savich. Los primeros iban alegres como cachorrillos, riendo a carcajadas, llenando la taiga con su alegría. Ya es sabido que la juventud no se preocupa mucho de las cosas. Los de detrás iban serios.

Mikita pensaba que habría estado muy bien apalear a los miserables guías y Vedeney Savich reflexionaba, relacionando la fuga de aquéllos con la conversación nocturna mantenida con el mozo de la posada de Grigorievka. Tampoco olvidaba su visión: no es buen presagio soñar con plata, que anuncia lágrimas. Y en su sueño tenía el faldón lleno de plata y un agujero en el vestido, lo que auguraba una pérdida.

Callaba, pues, Vedeney Savich. No tenía la costumbre de perder tiempo en charlas.

Capítulo XIII

En cuanto pasaron el arroyo hallaron la senda. Los guías no mintieron: aquí era más ancha y marcada y, pasada la cordillera Mirsky, se convertía en ancho camino, tan liso que ni un ciego hubiera tropezado andando por él.

A los emisarios les extrañaba la anchura de la senda. ¿Por qué no sería como antes?

Cerca de las cuatro, según el sol, Gregorio y Nilka se detuvieron, como clavados, al subir un montículo.

—¿Por qué os detenéis? —preguntó Vedeney Savich.

Ellos no contestaron.

El encargado se les acercó y quedó también como clavado en el suelo. Ante él se extendía un angosto prado y luego, muy cerca, un pueblo. Un pueblo grandísimo, con tantas casas que era imposible contarlas, todas cubiertas con tablas anchas y bien unidas. Se veían asimismo dos iglesias, sobre las cuales brillaban cruces, de modo que el pueblo no era de aborígenes, sino que allí vivían rusos de la antigua creencia.

—¡Alabado sea Tu santo nombre, Señor! —murmuró Vedeney Savich persignándose—. ¿Estoy soñando, muchachos?

—No —contestaron—. Es efectivamente un pueblo.

—¿Y cómo en Minusinsk y en Grigorievka nos dijeron que aquí no había ni una casa?

—Pues las hay —repuso Nilka— y eso quiere decir que este poblado no es conocido.

Muchos pueblos así existen en la taiga. Los antiguos creyentes rusos huyeron del mundo para no verse obligados a tener documentación —«el sello del Anticristo», decían— para escapar de la policía y de los nikonianos, huyendo, como suele decirse, hasta donde «ni el cuervo llevará huesos», alejándose en la taiga eterna y secular y viviendo allí escondidos y felices. Durante veinte o treinta años, el gobierno no supo nada de ellos. Allí no sonaban las campanillas de los coches de los funcionarios públicos, ni se les cobraban impuestos y exacciones.

Los emisarios supusieron haber hallado una de tales aldeas ocultas. Fue como si un rayo de sol iluminase a Vedeney Savich, sobre las obscuras insinuaciones de los mercaderes de Minusinsk y del mozo de la posada. Debían saber algo sobre aquel pueblo y temían traicionar a sus habitantes. Por lo mismo huyeron los guías: les hubieran recibido mal en la aldea al llevar huéspedes inesperados. Y por eso el camino desde Ardán al pueblo era más ancho allí, porque los habitantes del poblado no traspasaban la garganta, residiendo sólo en su propio reino.

Recordó las palabras del mozo de la posada: «Los viajeros no vuelven de allí.» ¿Qué harían aquí con los caminantes? ¿Qué suerte les esperaba?

—Quizá valiera más rodear el pueblo —dijo Vedeney Savich.

—¿Por qué? —se extrañó Nilka—. Vean: de esa otra orilla viene una balsa.

En efecto, del otro lado se había separado una balsa. A través del río había una maroma, y dos hombres barbudos, al divisar a los viajeros, halaban la balsa.

Vedeney Savich miró en torno, buscando donde poder ocultarse, pero era tarde ya. Podían enviar gente en su persecución y antes de una hora les hubieran alcanzado. Valía más seguir adelante.

El encargado se descubrió y se santiguó mirando las cruces; bajó el primero el montículo y llegó a la orilla también el primero.

Pero aquél no era un arroyo, sino un verdadero río. No un río vadeable, ni donde pudiera pasarse en bote. De haberse aventurado alguien a cruzarlo en un pequeño bote, ¡sabe Dios adónde habría ido a parar!

Vedeney Savich se apeó y los demás le imitaron.

—¡Dios les guarde! —gritó.

—Gracias —contestaron los de la balsa.

La almadía tocó la orilla, ladeándose; los hombres la amarraron y uno de ellos, de paso balanceante como un pato, se dirigió a la caravana:

—Buenos días —dijo con voz cantarina—. ¿De dónde les envía Dios?

Su voz era dulce, pero sus ojos eran pícaros, «cual pulgas inquietas…» como dicen los campesinos. De su rostro sólo se veía la nariz; lo demás desaparecía en una tupida barba entre morena y rubia. Era uno de esos hombres de los que dice el refrán: «Preparan un lecho blando, pero resulta duro dormir en él.»

—Venimos de Minusinsk —contestó Vedeney Savich.

—¿Quiénes sois?

—Gente de Anañevij, dependientes de Mateo Pavlovich. Buscamos a Pedro Moseich Vabilin.

—¿Así que vais por asuntos de comercio?

—Sí, por esto venimos. ¿Podréis llevarnos a la otra orilla?

—Con mucho gusto, señores mercaderes. ¿Vais solos u os siguen más?

—Todos estamos aquí.

—¿Y los guías?

—Han huido esta noche.

—¡Qué lástima! Seguro que eran aborígenes de Grigorievka, ¿no?

—Sí, lo eran.

—¿Y cómo se llaman?

El encargado se encogió de hombros.

—Los dos se llamaban Iván. Eran muy morenos.

—Todos son morenos. ¡Y unos ladrones! Ya hablaremos luego. Metan los caballos en la balsa.

Los caballos pisaron ruidosamente la pasarela de tablas, movieron las orejas y miraron con susto el río, que corría rápido en torno a la balsa. ¡Qué corriente tan veloz la de aquel río! ¡Todo eran espumas y remolinos! ¡Dios nos libre de caer en él! Como una serpiente, el abismo fascina al hombre, que no puede apartar de él los ojos. Sin duda es que las náyades le miran bajo los remolinos. Si no se es prudente y se reflexiona, los compañeros de viaje habrán de santiguarse por el alma de uno.

Vedeney Savich, sintiendo vértigo, separó los ojos del agua y miró a la otra orilla, a la que se acercaba con rapidez. El río debía medir en aquel lugar unos cien *sajeñs* de anchura[27].

—¿Cómo se llama vuestro pueblo? —preguntó Vedeney Savich.

—¿No lo sabes? ¿Es posible que no lo hayas oído nombrar? —dijo el hombre de melenas revueltas. Y su voz sonaba con burla.

—No. Nadie nos dijo que aquí hubiera un pueblo.

—¿Nadie? —Y el barquero pareció animarse—. Entonces, amigos, eso quiere decir que no sois de Minusinsk.

—Venimos de Minusinsk, pero somos de Krasnoyarsk —repuso, con cierta reserva, Vedeney Savich.

—De lejos sois.

La balsa llegó a la orilla. Allí, al borde del agua, había dos aldeanos más, mirándoles torvamente. Los mozos llevaron los ca-

ballos a tierra.

—¿Dónde podríamos pasar un día aquí, buena gente? —preguntó Vedeney Savich.

—Iván Atanasich os lo dirá —contestó el barquero.

El otro no dijo ni una palabra. Como si no les hubiera transportado, permanecía impávido, escupiéndose las palmas de las manos y halando la barca con la cuerda.

Vedeney Savich remuneró con diez copecks el trabajo de los barqueros y siguió a los aldeanos, a la cabeza de su caravana. El pueblo sólo distaba medio centenar de *sajeñs*. En él serpenteaba una ancha calle desapareciendo a lo lejos, y tras ella se levantaban más montañas en semicírculo. A ambos lados de la calle se alineaban dos filas de casas, construidas de enormes troncos, tan anchos que sobre el corte de cada uno podía bailar muy bien una pareja. Si en Minusinsk la gente vivía muy bien guardada, aquí más aún. Las cercas estaban hechas de troncos enteros, y las casas, sin terraplenes, parecían más altas y severas. Las ventanas eran pequeñas, sin cristales y, según la antigua costumbre, protegidas con vejigas de buey fijas.

—¿Quién es Iván Atanasich? —preguntó Vedeney Savich a los que les guiaban.

—Nuestro anciano —contestó uno.

—¿Jefe o qué?

—Es cabeza de todo el pueblo. Sin su bendición no se hace nada aquí.

—Pues estáis en cierto modo como en un cenobio.

El guía meneó la cabeza como si quisiera dar un golpe con el testuz.

—No es un cenobio —contestó—. Todos estamos casados.

—¿De qué religión sois?

—Somos pomorianos[28].

Vedeney Savich no mostró inquietud alguna, pero en el fondo se sentía turbado. Al fin encontraba en su vida a sectarios pomorianos, y sabía que no hay gente peor ni más feroz, ya que para ellos un hombre de otra creencia es igual que un perro.

Pasando unas diez casas llegaron ante una iglesia. ¡Y qué iglesia! No como las rusas, recatada, pequeña, discreta, sino un verdadero templo, en forma de nave, construido para siglos, con cúpulas azules y cruces doradas. Incluso en Irkutsk, una iglesia así se distinguiría como un cisne entre gansos. La gente aquí vivía abiertamente, sin esconderse. La iglesia no estaba erigida en calles laterales, sino en medio de la plaza, como diciendo: «Mirad y alegraos, buena gente.»

Doblando la esquina hallaron una casa de dos pisos, al parecer la mayor del pueblo, aunque obscura y sombría. El piso bajo tenía ventanas pequeñas como las demás casas y apenas se podía sacar la cabeza por ellas. El piso alto ostentaba ventanas mayores, semejantes a las de Krasnoyarsk, no con vejigas, sino con cristales. El sol se ponía y sus rayos oblicuos, reflejándose en las ventanas, fingían en ellas el rojo resplandor de un incendio.

Por el postigo del zaguán salieron tres hombres, con largos caftanes abrochados por el centro. Empuñaban un cayado cada uno.

Los dos labriegos se cuadraron, como soldados ante un oficial. Uno tocó con el codo a Vedeney Savich.

—Es Iván Atanasich —murmuró.

—¿Cuál?

—El de delante.

El aludido era un hombre de mediana estatura, no muy viejo ni muy joven, de unos cincuenta años al parecer. Su porte y su rostro no tenían nada de particular. En vez de barba llevaba un mechón amarillento y su rostro era alargado, la nariz ganchuda y la frente alta y despejada.

Tras él, como dos columnas, se erguían dos hombres, o mejor dos gigantes. Más que un rosario, les correspondía llevar en la mano un pino. Uno se cubría con una piel de oveja, y la barba del otro, que parecía más bien una cola de caballo, le llegaba al vientre. Hubiera recordado a un patriarca de no asemejarse a un gitano.

Desde lejos ya, los guías se quitaron los gorros. Todos se acercaron y se detuvieron y entonces Vedeney Savich y los mozos se quitaron los gorros también y saludaron. El anciano contestó inclinando apenas su naricilla.

—Buenos días —dijo.

Y hundiendo la boca entre los bigotes, calló, mirando a los viajeros con mirada experta, cual milano a gallinas…

—¿Anañevij? ¿De Krasnoyarsk? —preguntó de pronto. Y hablaba rápidamente. Parecía arrancarse… las palabras, y arrojarlas como piedras.

—Sí —contestó Vedeney Savich, extrañado de que el anciano les conociera.

—¿Y vais a ver a Vabilin? ¿Para qué?

Vedeney Savich estaba sorprendido. Miró a los suyos. Todos estaban con la boca abierta. Se notaba que ante ellos no estaba un hombre normal, sino un clarividente. ¿Le dirían la verdad?

—¡No mientas! ¿Qué estás pensando? —gritó el anciano, amenazando con el cayado—. ¡Yo te enseñaré a mentir!

—Perdón, no he dicho nada —murmuró el encargado. Sentía como si le hubiesen metido en agua hirviente, pero la sangre no afluyó a sus mejillas—. El amo nos envía a cobrar una deuda a Pedro Moseich.

—¿Es una deuda grande?

—Cinco mil rublos de plata.

Osliabia y Peresvet, los dos gigantones, fruncieron los labios como para tocar las trompetas de Jericó.

—Bien —dijo el anciano, en tono más suave—. Lo sé todo: leo en ti. También sé a dónde han huido tus guías. ¿Quieres pasar el día aquí?

—Sí, si lo permite Vuestro Honor.

—Podéis quedaros. Luego os daré un guía. Pero acordaos y grabad esto en vuestras cabezas; que, si cuando volváis al mundo decís una palabra de nuestro pueblo, os encontraré hasta en el fondo del mar y os quemaré vivos, con vuestros hijos y mujeres.

Hablaba con crueldad. Sus ojos brillaban como los de un búho en la noche y su nariz recordaba cada vez más un pico de ave de presa.

—No lo diremos. Lo prometo en nombre del Señor —exclamó Vedeney Savich—. No somos delatores, ni deseamos mal a nadie.

Los ojos del viejo se apagaron. Curvándose de nuevo, se apoyó en su báculo. El milano, ahora, fingía ser perdiz.

—Llevadlos a casa de Merkul —dijo a los aldeanos—. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis —indicó a los viajeros—. Y a vuestros guías haré que les den una buena tanda de latigazos.

Dio la vuelta y seguido de sus gigantes se dirigió a la calle.

El encargado hizo un profundo saludo a las espaldas del anciano. Todos se dirigieron en grupo a casa de Merkul, que era, según les dijeron los que les conducían, la mayor del pueblo.

El corazón de Vedeney Savich se alegró inesperadamente. ¡Habían tenido suerte! Nilka más sagaz en la observación, disipó tal alegría. Apenas doblaron la esquina, inclinándose al oído de Vedeney Savich, murmuró:

—El barquero estaba en el patio del viejo posadero.

—¿Qué dices? —exclamó Vedeney Savich, retrocediendo un paso.

—Que me muera si miento. Escuchaba por el postigo lo que nos decía el anciano y al alargar la cabeza, lo vi.

—¿Cómo podría adelantarnos?

—Iría por la calle trasera.

Vedeney Savich se golpeó la frente.

—¡Qué cabeza de alcornoque la mía! Claro: el barquero se lo diría todo.

Y de enfadado que estaba se caló el gorro hasta los ojos.

«¡Viejo demonio! —pensó—. Me ha engañado como a un chiquillo.»

Capítulo XIV

El patio de la casa de Merkul era grande y cuidado. Ataron a los caballos bajo el sobradillo y los descargaron. Los emisarios trataron de meter la carga en la casa, pero el dueño, hombre maduro y aún de buena presencia, lo impidió diciéndoles que no temieran nada, que jamás en aquel pueblo había robos y que se podía dejar en la calle lo que se quisiera, en la seguridad de hallarlo intacto.

Vedeney Savich ordenó, no obstante, entrar los fusiles y pistolas; pareció que aquello no agradaba al amo.

—¿Para qué os sirven en casa? —dijo—. No vais a la guerra.

—Están cargados y la pólvora podría humedecerse dejándolos fuera —contestó el encargado. Y pensaba: «Así estaremos más seguros contra vosotros, demonios.»

Los viajeros no fueron instalados en la casa vieja, sino en una nueva, construida al lado. Al traspasar el umbral les acogió un olor de resina, como si entraran en la taiga, rica en cedros. Frente a la puerta había otra. Nilka miró y vio una reducida estancia. Las paredes no estaban concluidas totalmente hasta el techo: faltaban unos troncos en un lugar. Una vez visto todo esto, Nilka cerró la puerta.

Los viajeros cenaron. Los hijos del amo —fuertes hombretones— les llevaron un montón de heno para dormir en el suelo. Aquellos hombres no agradaron a los huéspedes. Eran demasiado silenciosos. Callaban obstinadamente, como ídolos de piedra.

Aún era temprano para dormir. Los mozos salieron a la calle, a fin de ver el pueblo, mientras Vedeney Savich hablaba con el amo. Merkul no era muy locuaz, pero Vedeney Savich pudo sacarle lo que necesitaba y así supo que el pueblo llevaba construido a orillas del Uss quince años; que el primero que llegó allí fue Iván Atanasich, llevando consigo dos familias más, y que luego empezaron a afluir otros que abandonaban el mundo. Así creció el pueblo de Usinskaya, que, más que un pueblo, era un principado, porque había tantas tierras, que hasta podían regalarlas. El anciano desempañaba el papel de señor feudal. En todo se hacía su voluntad y opinión: ponía contribuciones o castigaba a quien quería.

Merkul hablaba de él con cautela y respeto. Hablando, Vedeney Savich no reparó en que anochecía. Merkul se apresuró a despedirse de su huésped y volvió a su casa. Gregorio volvió pronto. Nilka y Mikita se acercaron a los caballos para darles el pienso de la noche. Luego volvieron a la sala y se acostaron. Vedeney Savich, encorvado, con las manos a la espalda, comenzó a pasear y a meditar. Le inquietaba mucho la imprudencia con que lo contó todo al anciano. Ahora aquellos diablos podrían preparar alguna emboscada, sabiendo que ellos iban a volver del Urianjay con mucho dinero.

Mikita no durmió tampoco. Gemía sin cesar, como si le pisara su caballo. Al fin se sentó, echándose hacia atrás el caftán.

—Me ahogo aquí —dijo—. Voy a dormir con los caballos, al aire libre.

—Vete —dijo Vedeney Savich—. Pero harás bien en llevarte la pistola —agregó de pronto.

Mikita denegó con la cabeza.

—No —contestó—. Junto a la cerca hay unos leños y lanzas de carro. Me servirían mejor, de ser necesario.

Y salió.

En la casa ya estaba todo obscuro. Vedeney Savich, sentándose junto a la ventana, abrió el batiente. Sólo se veían tres lucecillas: una en la tierra, seguramente una lámpara encendida ante un icono, y dos estrellas en el cielo, probablemente cubierto de nubes. El silencio era tan grande como en la taiga. No se oían ni siquiera ladridos de perros.

Miró las estrellas y quedó pensativo, recordando los años lejanos, su juventud… En una noche así, sofocante y obscura, había ido a ver a su amante por las puertas traseras de la casa, suspendiéndosele la respiración al pensar en que alguien podía verle, reconocerle… Y en torno, las casas, como estas de aquí, estaban negras y silenciosas. Luego veía las puertas tan conocidas. ¿Sería ella quien se apretaba a la puerta, como una sombra? Y él preguntaba: «¿Eres tú?» y oía contestar: «Soy yo.»

Un ruido semejante a un leve golpear en la vejiga de buey de la ventana del amo, disipó los pensamientos de Vedeney Savich. Miró hacia allí y vio un hombre bajo la ventana. Iba a llamarle, pero guardó silencio. El hombre tamborileó de nuevo en la ventana y el batiente se abrió.

—¿Quién va? —preguntaron desde la casa.

—Soy yo, Merkul Ivanovich, yo, Mijailo —murmuró fuera una voz precipitada. Vedeney Savich percibía con claridad todas las palabras—. Me envía el mismo Iván Atanasich.

—¿Para qué?

—Dice que tienes que acabar con tus huéspedes. Por la mañana todos tienen que estar despachados.

Vedeney Savich quedó helado sobre su asiento. Sus manos se aferraron al alféizar de la ventana. Se incorporó, rígido, para oír mejor.

—¿No quería libertarlos y darles un guía?

—Lo dijo así para disimular y dejarlos más tranquilos. Son gente peligrosa. Probablemente hablarían a la policía. De este

otro modo estaremos más seguros.

Se oyó en la ventana un ronquido nasal como el de un oso.

—No te preocupes. Si los han mandado a tu casa, ya sabes para qué es: para acabar con ellos. Siempre es así.

—Bien —contestó el otro. Y de nuevo se oyó el ronquido nasal.

—¿Duermen ya?

—Todavía no. Hace un momento, aún se movía uno.

—Pues vete con cuidado.

El hombre desapareció y la ventana se cerró, con leve ruido.

Vedeney Savich empuñó las dos pistolas y se puso en medio de la habitación. No era cobarde, pero se le había puesto la piel de gallina y sentía frío. Así esperó un minuto, aguardando que alguien se moviese detrás de la puerta o que alguien entrara. En el portal, todo estaba quieto.

Luego despertó a los mozos. Nilka se desveló en seguida y empezó a manotear en las tinieblas. Pero a Gregorio, que dormía como un tronco, tuvo que sacudirle como a un ahogado.

—¿Es usted, Vedeney Savich? —preguntó Nilka—. ¿Qué pasa?

—¡Chist! Coged pistolas y fusiles —ordenó el dependiente en voz baja—. Estamos en una guarida de bandidos.

Nilka corrió a la puerta para cerrarla, pero no encontró pestillo ni cerrojo. Además se abría por fuera y no cabía, por tanto, atrancarla de ninguna forma. No podían pensar tampoco en salir por la ventana, porque apenas podían sacar la cabeza por ella.

—¿Y Mikita? —preguntó Nilka de pronto.

—Se fue a dormir con los caballos —contestó Vedeney Savich.

Chirrió en el zaguán la puerta que conducía a la parte de la casa ocupada por los dueños. A Nilka y a Gregorio se les ahoga-

ron las palabras en la garganta. Alguien se acercaba con cautela a la puerta. Se le oyó detenerse. La puerta chirrió y comenzó a abrirse.

—¿Quién? —exclamó Vedeney Savich, con acento incomodado, como si se le turbase en su propia casa.

—Yo, el dueño… —contestó en el umbral la voz de Merkul, un tanto temblona, según les pareció.

—¿Qué quieres?

—He perdido mi eslabón y estoy buscándolo por todas partes. Necesito encender el fuego y no tengo con qué. ¿No lo habré olvidado aquí?

—Aquí no está.

—¿Cómo no dormís?

—Se está muy mal en tu casa. Hay muchas pulgas.

Se sintió ruido de pies descalzos pasando del patio a la casa.

—Sois muy delicados —contestó Merkul—. Nosotros, los aldeanos, no las sentimos. Bien: dormid, dormid…

La puerta se cerró, no con cautela, sino con naturalidad y Merkul volvió a sus habitaciones.

—Oíd, muchachos —dijo Vedeney Savich—: esperadme aquí. Voy a por Mikita y ensillaremos los caballos. Hablad entre tanto, para que comprenda que no dormimos. Así ganaremos tiempo.

El lúgubre aullido de un perro pareció golpear sus corazones. Era como si un espíritu ascendiera en la obscuridad, en el patio. Los viajeros se persignaron.

—Si llamo o disparo, acudid en mi ayuda —dijo el encargado, desapareciendo por la puerta.

Pasó algún tiempo. No se oía nada.

—¿Cómo no me dices nada? —articuló con dificultad Gregorio.

Nilka contestó, rechinando los dientes.

—Ya hablo, me pican las pulgas. ¡Malditas sean…!

Nuevamente se oyó el aullido del perro.

—Es Kuchúmka el que aúlla.

—Sí.

Y los dos callaron.

—¿Manejas bien la pistola?

—Sí. ¿Tienes a tu lado los fusiles?

—Aquí. ¿Y cómo no volverá ninguno de los dos? ¿Estarán vivos aún? —preguntó Nilka en voz baja.

Hubo un silencio.

Desde el patio, alguien subía la escalera hacia la puerta del cuarto. Nilka apuntó la pistola. Gregorio le sujetó la mano.

—Espera. Puede ser Vedeney Savich —murmuró.

—¿Estáis ahí, muchachos? —sonó en el mortal silencio la voz del encargado.

—Sí.

Vedeney Savich entró y encajó la puerta tras de sí. Se adelantaron los perros, que empezaron a saltar hacia el pecho de los mozos y a rozar sus rostros con el hocico.

—Tenemos que abandonar los caballos. El portón está cerrado con candado. Coged los fusiles y provisiones y seguidme uno a uno. Pasaremos por encima de los portones.

—No podemos pasar sobre ellos —afirmó Nilka—. Son muy altos y tienen un sobradillo.

—Hay que hacerlo. Nos ayudaremos unos a otros.

—¿Y los perros? ¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Gregorio.

—Los dejaremos.

—¡Y mañana indicarán, siguiendo nuestro rastro, por dónde hemos huido!

El encargado, ya en la puerta, se detuvo. Gregorio tenía razón. Era imposible huir sin los perros.

—¿Para qué hace falta huir por los portones? —insistió Nilka —. Desde el cuarto pequeño podemos bajar a la calle por el hueco de junto al techo.

—Bien —consintió Vedeney Savich—. ¡Pronto, muchachos!

—¿Y Mikita? —preguntó Gregorio.

—No te importe. ¡Pronto! —exclamó el encargado con irritación—. Coged los perros y empujadlos por la ventana.

En un momento los perros estuvieron en brazos de los muchachos. El que cogió Nilka le lamió todo el rostro con su cálida lengua, pero no era momento de defenderse. El mozo apartó el batiente, metió por él al perro, con la cabeza hacia adelante y le empujó fuera. Gregorio hizo bajar al suyo. Los perros saltaron sin un ladrido.

En la obscuridad, todos empuñaron las armas y cogieron dos sacos de provisiones que Vedeney Savich trajo del patio. Pasaron al cuarto de al lado. Nilka cogió una escalerilla, la apoyó y trepó; Gregorio subió por ella después. Vedeney Savich, abajo, vigilaba. Luego subió a su vez.

Temiendo hacer ruido, al mover las tablas del desván, los fugitivos alcanzaron la claraboya.

—¡Qué alto es esto! ¿Cómo bajamos? —dijo Nilka.

—Y las cuerdas de los sacos, ¿para qué sirven? Desátalos — ordenó Nilka.

Preparados para ir sobre los caballos, los sacos estaban ligados con cuerdas cruzadas. Los mozos las quitaron, unieron dos de sus puntas, las enlazaron a una viga y Nilka empezó a bajar el primero, con dos pistolas a la cintura. Sacó las piernas por la cla-

raboya y se deslizó hacia abajo. La cuerda llegaba justamente al suelo y Nilka puso pie en tierra sin dificultad.

Cuando Gregorio sintió floja la cuerda la izó y bajó primero los fusiles, después los sacos y al fin él mismo, ágil como una anguila. Vedeney Savich fue a deslizarse por la cuerda, a su vez, pero pesaba mucho, no pudo sostenerse y cayó al suelo como un fardo, y hasta exhaló un gemido. No obstante tenía la cabeza muy despejada. Ordenó en seguida:

—¡A tierra y no os mováis!

Nilka y Gregorio se tiraron al suelo, conteniendo la respiración. Se sintió en la casa el ruido de una ventana. Alguien debía haberla abierto al sentir ruido. Abriendo y no viendo nada, escuchaba y miraba.

—Unos perros que corren por la calle. ¡El diablo les lleve! —barbotó una voz.

Y la ventana se cerró.

Vedeney Savich permaneció un rato tendido en la hierba. Luego dio un empujón a Gregorio, y éste a su vez empujó a Nilka. Uno cogió el saco, otro los fusiles y todos, inclinados, deslizándose como felinos, se alejaron de la casa. Habían recorrido unos cincuenta pasos cuando ladró un perro en un patio de al lado. Vedeney Savich se detuvo y se quitó el saco del hombro.

—Atad a los perros con correas —ordenó—. De lo contrario despertarán a todo el pueblo.

Llamaron a los perros en voz baja y los ataron. Vedeney ayudó a hacerlo.

—¿Cómo tiene usted las manos tan pegajosas? —cuchicheó Nilka—. ¿Se ha manchado?

El encargado, sin contestar, se echó el saco a la espalda. Siguieron andando. Aunque había mucha obscuridad, los ojos se avezaban y el camino resultaba cada vez más preciso. En breve llegaron a la salida del pueblo, no en dirección al río, ya que Ve-

deney Savich guiaba en sentido opuesto. Cuando salieron del pueblo sintieron el fresco. Debían de haberse alejado las nubes, porque se veían más estrellas. Distinguían ahora un campo en torno suyo y luego montañas, que cubrían con sus dientes la mitad del cielo.

Los fugitivos anduvieron en silencio media hora. Después Vedeney Savich volvió la cabeza y comenzó a escuchar. No se oían pisadas de caballos, ni voces. Sólo se sentía, cerca de allí, correr el agua. Sin duda corría un arroyo entre las rocas. Gregorio quería preguntar por Mikita, pero, sin saber por qué, no osaba hacerlo.

—Quitaos los gorros, mozos —dijo de pronto Vedeney Savich con voz sorda—, y rezad por el difunto siervo de Dios, Mikita.

A Gregorio se le escapó el fusil de las manos. Nilka quedó petrificado.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Le han asesinado mientras dormía en el sobradillo —contestó Vedeney Savich—. Cuando fui a buscar los caballos anduve tanteando a lo largo de la pared. En aquel momento, los perros, en otro rincón, empezaron a aullar. Me acerco, busco a Mikita para despertarle y al bajar la mano meto los dedos en una especie de crema: eran los sesos, que se le salían de la cabeza. Toqué más y vi que era el propio Mikita: su cara, sus hombros, su vestido… Aún estaba tibio. ¡Señor, perdónale sus pecados!

—Recíbele con tus santos, Señor, en el reino de los cielos —contestaron los mozos.

Y comenzaron a persignarse. Sus corazones palpitaban como hojas de olmo. Sentían por primera vez el batir de alas de la muerte.

Capítulo XV

La noche se aclaraba cada vez más. No tardó en amanecer. Cuando se iluminó el Oriente, los fugitivos comprobaron que avanzaban hacia el Sur y que sin duda en aquella dirección iban a cortar leña los del pueblo, ya que hallaron muchos árboles cortados con hacha.

Apenas mostró el sol su corona dorada al borde de la tierra, concluyó el camino. En su lugar corría una senda que subía una montaña nada abrupta. Los fugitivos estaban en plena taiga, pero no era una taiga muerta, siberiana, sombría, de árboles coníferos, sino frondosa y alegre.

Álamos blancos, tilos, arces, olmos y álamos grises… ¡Cuántos árboles había en esta selva! El bullicio de aves era tal, que a los viajeros les pareció estar en el reino de los pájaros. En todas las ramas había pajarillos: allí cantaban, piaban, silbaban. La hierba llegaba a la cintura y en ella innumerables flores azules, rojas y amarillas les saludaban y sonreían.

Los perros persiguieron a varias liebres: corrían por el campo, ladrando, y costaba trabajo calmarlos.

Todo el contorno irradiaba alegría y gozo. Sólo los viajeros iban sombríos. Nilka miró de soslayo a Vedeney Savich y vio que tenía las manos ensangrentadas y sangre coagulada sobre el caftán. Era ya de día, mas el mozo se sintió horrorizado como por la noche.

Oyeron cerca el murmullo de una fuente. Vedeney Savich se dirigió hacia allí, dejando su carga en la orilla.

—Muchachos —dijo—: descansemos aquí. Al aire libre, aunque nos ataquen, sabremos defendernos.

Ante todo se precipitaron a beber. Vedeney Savich se miró las manos, las lavó con arena en vez de jabón, se lavó el rostro y luego bebió. Después se limpió las manchas del caftán. Todos se sentaron para comer. Los perros se sentaron a su lado, moviendo las colas.

Mientras comían hablaron de lo sucedido, pero recordando a Mikita callaron. La falta de Mikita los entristecía profundamente.

—De no ser por usted, Vedeney Savich, todos estaríamos ahora durmiendo bajo la húmeda tierra, como Mikita —dijo Nilka—. No olvidaremos en toda nuestra vida lo que usted ha hecho.

Se incorporó inclinándose ante Vedeney Savich, y Gregorio hizo lo mismo.

—¡Vaya una ocurrencia! —exclamó Vedeney Savich—. No soy yo, ha sido Dios quien os ha salvado. Dadle las gracias a Él.

Se levantó de la hierba en que estaba sentado y dijo:

—Vamos, muchachos: atad a los perros y pongámonos pronto en camino. Temo que puedan alcanzarnos.

—No lo creo —contestó Nilka—. Seguramente habrán ido hacia atrás, por el sendero por el que fuimos, para buscarnos.

—También lo creo yo —repuso el encargado—. Pero ayúdate y Dios te ayudará, como dice el proverbio. Así que vamos con ojo.

Silbaron llamando a los perros; Gregorio los ató en traílla, empuñó la correa, tomó el saco de Vedeney Savich y echó a andar el primero. Le seguía Nilka, con otro saco y cerraba la mar-

cha Vedeney Savich, con los dos fusiles a la espalda: el suyo y el de Mikita.

El camino era casi llano, con pequeños montículos de cuando en cuando. Penoso es para el hombre el camino largo, pero cansa doblemente la noche sin dormir. Pronto notó Vedeney Savich que los mozos se sentían cansados. A Nilka incluso se le había demacrado el rostro. Era preciso darles un verdadero descanso.

Mirando a ambos lados, dejó la senda, en busca de un manantial. No queriendo descansar cerca de la senda, se alejó como una versta y escogió un punto donde al lado del agua crecía un avellanar, como una isla, formando casi una cerca, y dijo a los mozos que descansaran.

—¿Y usted? —preguntó Gregorio.

—Me quedaré vigilando —repuso él.

—Permítame hacer yo la guardia —ofreció Nilka—. Está usted muy fatigado, Vedeney Savich.

—Vamos, acuéstate —insistió éste.

Sabía que lo más fuerte del mundo es el sueño, que los jóvenes no podrían luchar contra él y que no se trataba de una cosa secundaria, sino de sus cabezas. Vedeney Savich puso a su lado fusiles y pistolas, ató los perros al avellano y se sentó en una protuberancia del suelo.

Mirando a los mozos, vio que éstos, apenas apoyaron la cabeza en los sacos, parecieron apartarse del mundo. No se movían en absoluto.

Transcurrió una hora o más. Vedeney Savich escuchaba al principio para saber si les perseguían, pero luego el bullicio de los pájaros comenzó a mecerle, aturdiéndole y dándole ganas de dormir. Luchó contra el sueño, abrió los ojos y de pronto se sorprendió saludando a los álamos, hasta casi dar en el suelo con las narices.

—Voy a dormirme —pensó—. No puede ser.

Levantóse y empujó a los mozos. Volvieron a lavarse todos en el arroyo, y se dispusieron a continuar.

—Hay que volver al sendero —dijo Vedeney Savich.

—¿Para qué? —replicó Nilka—. La senda iba derecha a levante. Así, subiendo para no dar una vuelta, cortaremos y volveremos a encontrarla en el monte.

Así lo hicieron. Remontando el arroyo, subieron la montaña. Al otro lado había un bosquecillo de pinos poco denso. Los pinos eran de color verde claro.

No encontraron allí la senda y decidieron bajar el montículo en la misma dirección. Descendieron al valle, pero tampoco allí hallaron el camino. Anduvieron a izquierda y derecha, pero la senda había desaparecido como por encanto.

Se detuvieron, en grupo. Nilka, quitándose el gorro, se rascó la nuca.

—¡Es un milagro! —dijo—. ¿Por dónde habrá desaparecido la senda?

—No cabe duda de que nos hemos perdido —repuso Vedeney Savich—. No nos queda otro remedio que avanzar en línea recta.

Anduvieron más de una hora por prados y bosquecillos y empezaron a subir una garganta poco pendiente. Subieron y, ya arriba, se pararon, sorprendidos. Parecía que hubiesen subido poco y no obstante se hallaban en una montaña bastante alta.

Dijérase que en otro tiempo la tierra se hubiese hundido en el lugar a que habían llegado. En el fondo de la barranca se destacaban grises rocas.

Más lejos, en cuanto podía alcanzar la vista, erguíanse montes amarillentos, y entre ellos salinas blancuzcas. No se distinguía un árbol ni una casa. Aquello no parecía la tierra, sino el desierto del Jordán.

—¡Vaya un país! —exclamó Nilka.

—¿Será esto el Urianjay? —indicó Gregorio.

—Puede que sí —contestó Vedeney Savich.

Permanecieron largo rato contemplando la extraña comarca. Gregorio y Nilka miraban sólo por mirar; pero Vedeney Savich buscaba el camino por el que pudieran pasar más fácilmente.

Apenas comenzaron a bajar por la margen del agua cuando, a un lado, Gregorio divisó un montón de piedras evidentemente acumuladas a propósito.

Recordando lo que el guía le dijera, cogió una piedra y la tiró al montón.

Vedeney Savich, al ruido, volvió la cabeza.

Gregorio le contó lo que dijera el guía y el encargado miró el *avvá* de reojo.

—¡Qué tontería! —gruñó malhumorado.

Y en cuanto lo dijo tropezó con una piedra y cayó de bruces. Por fortuna pudo asirse a un arbusto, de lo contrario, hubiera rodado montaña abajo, sobre el vientre, como un trineo.

Nilka y Gregorio le sujetaron por los brazos y le ayudaron a levantarse. No se había hecho mucho daño, pero sus pantalones habían padecido. Estaban desgarrados por las rodillas, como si los hubiesen mordido los perros.

Descendiendo la ladera hubieron de pasar sitios tan abruptos que seguramente era la primera vez que seres humanos ponían allí su planta. Enormes bloques de roca cubrían la tierra como un inmenso rebaño. Anduvieron sobre roca desmenuzada, cortante, puntiaguda. El calor sofocaba, y de la tierra se desprendía un vaho ardiente.

Caminando por aquel rocoso reino, Vedeney Savich sudaba a chorros, y a cada momento había de sacar su pañuelo rojo para secarse el sudor.

Al fin salieron a la estepa llana. Al ir a llegar a ella, divisaron un rebaño de cabras salvajes que lamían la salina.

Viendo a los hombres, las cabras alzaron las cabezas hacia ellos. Antes de que los jóvenes pudieran poner mano a sus fusiles, desaparecieron sin dejar rastro. Parecía que se las hubiese llevado un huracán.

La estepa, desde la altura, pareció desolada a los viajeros, pero al descender vieron que allí donde la sal no cubría la tierra brotaba una hierba menuda y extraña. Resultaba muy grato pisarla al andar.

La brisa soplaba en dirección opuesta a la que seguían.

Por la tarde hubieron de contornear una alta montaña, y al dar la vuelta distinguieron siete caballos con las crines cortadas. Los caballos, sintiendo aproximarse a los recién llegados, aguzaron las orejas y echaron a correr.

—¡Una manada! —dijo Nilka—. Así que hay gente por aquí.

No se veía cerca vivienda alguna.

—¡Allí hay una cabaña! —exclamó de pronto Gregorio, apuntando con el dedo hacia la montaña.

En efecto, sobre sus cabezas, y no muy altos, había unos postes apoyados en la roca.

—¿Serán bandidos? —preguntó Nilka en voz baja.

Vedeney Savich, mirando el barranco, meditó y al fin dijo:

—No podemos prescindir de la gente. Quizá encontremos un guía. Solos, pasaríamos aquí un mes entero vagando de un lado a otro.

Los viajeros se acercaron. Saltaron dos perros, como brotados de la tierra, ladrando a los emisarios. «Polkan» y «Kuchúmka» gruñeron, como contestándoles y haciéndoles ver que no les temían mucho, pero se mantuvieron cerca de sus amos.

Un hombre salió de la choza. Llevaba un gorro puntiagudo y vestía un caftán pardo. Acercó la mano a la frente —le daba el sol en los ojos— y comenzó a mirar a los que le enviaba Dios.

—Buenos días, buen hombre —dijo Vedeney Savich, tocándose el gorro.

—Buenos días, buenos días —contestó el hombre.

Visto desde abajo parecía de gran estatura, pero al acercarse resultó ser un hombrecillo que apenas le llegaba a la mitad del pecho de Vedeney Savich. Hablaba en voz baja. Su rostro, de pómulos salientes, no era mayor que un puño, y sus ojillos parecían dos uvas de Corinto incrustadas en él. Se notaba que era de edad madura, pero no tenía barba ni bigotes: sólo algunos mechoncillos le crecían en la cara como al caballo en el belfo.

—¿Eres de aquí? —preguntó Vedeney.

—Soy de aquí, sí… Entrad en mi *yurta*[29].

Y echó a andar delante.

Después de los postes había un pasaje lleno de humo. Los viajeros inclinaron la cabeza al pasar por él. Luego se hallaron en una caverna bastante amplia. A lo largo de las paredes había esteras de fieltro y en el centro, como en todas las yurtas, un fuego encendido. Al fuego, en un trípode sujeto por una cuerda, había un calderillo hirviendo.

Junto al hogar estaban sentadas dos mujeres, ambas viejas ya, descalzas, con andrajosos vestidos. Los viajeros dejaron sus cargas a la entrada y se sentaron sobre las esteras.

—¿Cómo se llama esta tierra? —preguntó Vedeney Savich.

—Urianjay —contestó el hombre desde un rincón, en el que estaba ocupado en algo.

Luego llevó una taza con el asa rota y una jarra de barro. Vertió en la taza parte del líquido turbio del jarro y la ofreció a Vedeney Savich.

—Bebe —dijo—. Es una araka muy buena.

Vedeney Savich probó la bebida, que resultó ser vodka, que en las estepas hacen con leche. Pasó la taza a Gregorio, que tomó un trago, y a Nilka, que olió la taza y lo bebió todo de un golpe, volcando la taza sobre la nariz, para apurarla.

Este honor agradó al amo.

—Esta araka es muy buena —repitió.

Y echando más en la taza, bebió él mismo.

—¿Eres soyote? —preguntó Vedeney Savich.

El amo afirmó con los ojos.

—¿Dónde has aprendido a hablar tan bien el ruso?

—De niño trabajé en una casa rusa.

—¿Y por qué te fuiste? ¿No te agradaba aquello?

—¿Por qué no iba a agradarme? Allí comen pan. Pero aquí tengo mi yurta y es mejor.

—¿Cómo te llamas?

—Jiujiel.

—Necesitamos un guía, Jiujiel. Hemos perdido el camino y nos han robado los caballos.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el soyote, moviendo la cabeza, con lo que se agitó la cinta roja atada a la punta de su gorro.

—Si quieres guiarnos, te pagaremos bien.

—¿A dónde queréis ir?

—¿Conoces a Pedro Moseich Vabilin?

—Lo conozco.

—¿Vive lejos?

—Dos días de viaje a caballo.

—¿Cuánto nos cobrarías?

—No sé. Lo que me déis.

—No regatearé para pagarte bien. ¿Son tuyos esos caballos de ahí abajo?

—Sí, míos.

—Bien. Necesitamos tres caballos y el cuarto para ti. Dos rublos por cabeza, que hacen ocho rublos. Te daré ocho rublos de plata.

Jiujiel pestañeó.

—¿Para qué me servirán esos rublos? ¿Qué voy a hacer con ellos aquí, en la estepa?

—¿Cómo que qué harás?

—Aquí no se puede comprar nada por dinero. Hay que tener mercancías.

—¿Qué mercancías vamos a tener si nos han robado todo?

—¡Ay, ay, ay! Seguramente has cuidado mal tus cosas.

Vedeney Savich, encogiéndose de hombros, calló.

—Tienes mercancías —siguió el soyote—. El oso me rompió mi fusil. Si me regalas el tuyo te guiaré hasta Vabilin.

—¡Vaya una salida! —exclamó Vedeney Savich—. Un fusil como éste vale para pagar decenas de caballos. No es un fusil de chispa, sino con gatillos, ¿ves? Un fusil moderno. Hay que saber manejarlo.

El soyote pestañeó otra vez.

—Es verdad —dijo—. Es un fusil muy bueno.

Todos callaban.

—¿Qué hacemos? ¿Nos guiarás? Ya veo que eres un buen hombre. Toma diez rublos. Casi te doy los últimos que tengo.

—Si me das el fusil, te llevaré.

Vedeney Savich empezó a discutir y hasta casi se enfadó, pero recordando que no era oportunidad de discusiones y que le sobraba el fusil de Mikita, hubo de consentir.

El soyote se alegró inmediatamente. Le dieron su futuro fusil para que lo examinase y él lo miró por todos lados, tocándolo, apuntando con él. Se notaba que era un buen cazador…

Entre tanto, anochecía. Vedeney Savich y Jiujiel decidieron salir temprano de mañana. Cenaron, pues, y se dispusieron a pasar la noche. Jiujiel les ofrecía su caverna, pero ninguno quiso ir allí, diciendo que temían a las pulgas. Cada uno extendió en la tierra una estera de fieltro, cogieron sus fusiles y se acostaron ante la yurta. Los perros se tendieron junto a Gregorio. Caso de suceder algo, ladrarían, despertando a todos.

No hay sueño mejor que el que se disfruta sobre una montaña, a cielo abierto. El Señor nos cubre entonces con una estrellada cortina celestial y se respira bien, bajo el fresco de la noche. ¡Y qué silencio! Un silencio que encanta, que arrulla el sueño mejor que una madre a su niño…

Capítulo XVI

Al amanecer, los viajeros partieron animados y alegres, como si les hubiesen rociado con agua viva.

Era más agradable viajar sobre las sillas de los caballos que a pie, agarrándose a las rocas. Cuando el hombre viaja a caballo se siente como un águila, es libre, tiene abierto el camino en todas direcciones…

Los caballos soyotes no son grandes, pero sí vivos. Saltan por las rocas como cabras, bordean los precipicios. Donde un caballo ruso se hubiera roto la cabeza diez veces, el soyote corre al galope. El caballo soyote es bueno, pero el jinete soyote también lo es. Sin caballo no es nada, no merece ni que se le mire; pero a caballo, ¡hay que verle! Parece un rey en su trono. No se agita ni se mueve; no caería al suelo ni estando ebrio. Cuando un ruso cabalga junto a un precipicio, se le oprime el corazón, se turban sus ojos; pero el soyote no se impresiona por nada. Se balancea al filo del precipicio, canta, tranquilo, sus canciones a plena voz.

Un jinete así resultó ser Jiujiel. Los viajeros le siguieron a caballo unas cinco verstas y al cabo de ellas Vedeney Savich se sintió cansado, como si tuviese deshecho todo su organismo.

—¡Eh! —exclamó—. Espera un poco, párate. Anda un poco más despacio. Parece que te persiguen abejas.

Frenaron los caballos y siguieron a paso moderado. Pronto fueron muy lentamente, porque Jiujiel les hacía subir una cuesta.

Vieron unos extraños arbustos, de hojas pequeñas y verdes, mas con el tronco amarillo, como si cada rama estuviese envuelta en raso dorado. ¡Y brillaban estos arbustos de tal modo, que parecían arder bajo los rayos del sol!

Los viajeros los admiraron hasta que al poco tiempo les sorprendió otra cosa: las perdices. Como ratas en el granero, corrían de una mata a otra. Y las había a miles.

—Hay muchas —dijo Jiujiel—. Siempre andan saltando por todas partes.

Más adelante, otros arbustos, altos y puntiagudos —los olmos enanos de Siberia— cubrían la estepa. Recuerdan nuestras acacias, pero son más tupidos y sólidos, muy adecuados para que aniden en ellos las perdices.

Luego quedaron atrás los arbustos y los viajeros entraron en la estepa, entre dos cadenas de montañas. Era temprano aún, pero el sol quemaba ya. Aunque todos tenían sed no se veía agua en ninguna parte. Sólo Jiujiel permanecía tranquilo sobre su silla, balanceándose y canturreando para sí.

A poco, distinguieron águilas y milanos que planeaban en gran número sobre un punto dado. Subiendo una colina vieron, a unos veinte pasos más abajo, en el montículo, una negra mescolanza de aves.

Tenía lugar allí una verdadera batalla, entre rumor de alas y roncos sonidos emitidos por los contendientes. Los viajeros se acercaron y las aves de rapiña ni siquiera se molestaron en volar; sólo se apaciguaron algo.

—¿Qué es eso? Parece que hay un hombre tendido —dijo Vedeney Savich, tirando de las riendas. Y todos se detuvieron.

No se equivocaba. Sobre la tierra, boca arriba, yacía un soyote muerto, con el brazo derecho hacia atrás. Rostro y brazos estaban picados hasta los huesos por las aves, las cuales se posaban

también sobre el pecho y las piernas, pero sin haberlas picado aún.

—¿Le han matado a cuchilladas? —preguntó, con horror, Vedeney Savich.

—¿Por qué habían de matarle? Se ha reventado él mismo —contestó tranquilamente Jiujiel.

—¿Y por qué está tendido en la estepa?

—¿Dónde había de estar? Cuando alguno se revienta, le llevan a la estepa y le dejan allí.

Vedeney Savich escupió y continuó andando. De nuevo se oyeron atrás los gritos furiosos de las aves rapaces. Otra vez batieron sus alas y el alboroto de antes se repitió, aumentado.

—No temen nada los malditos milanos —observó Vedeney Savich.

—¿Por qué van a temer? —contestó Jiujiel—. Está prohibido atacarlos. Hay una ley que lo manda…

Pasaba de mediodía cuando los viajeros llegaron al agua: un pequeño arroyo. Bebieron a satisfacción, cazaron perdices, las ensartaron y comenzaron a asarlas al fuego. La comida resultó excelente. Después de comer descansaron. Era imposible seguir el viaje con aquel calor. Se descansó mal. El sol caía perpendicularmente y los arbustos no daban más sombras que las de los lunares de un vestido y en estas sombras no se encontraba gozo ni defensa contra el calor.

Hacia las cuatro no apretaba tanto el sol. Ensillaron los caballos y trotaron por la estepa. Ante ellos, muy lejos, se veían montañas azuladas, entre las cuales, no se sabía dónde, pensaba pernoctar Jiujiel.

Hallaban a menudo en el camino montones de piedras. También había montones de tierra, altos, como los túmulos de Minusinsk. Había muchos, aislados, como un ejército disperso.

—¿Qué son esos montones? —preguntó Vedeney al guía.

Éste movió la cabeza.

—No sé —repuso—. He oído decir que son tumbas.

—¿Tumbas? ¿Tantas?

—Se ven en todo el Urianjay.

—¿Y de quiénes son?

—No sé.

—Entonces deben de ser muy antiguas.

El soyote afirmó con la cabeza.

—Este sitio es temible. Por la noche no se puede pasar.

—¿Por qué? —preguntó Vedeney Savich, aguzando la atención.

Jiujiel indicó con el látigo un montículo verde, no lejos de ellos. En su cima había una jaula gris hecha de tablas.

—¿Ves? Allí, sobre esos troncos, está el hechicero muerto, que por las noches monta su caballo pío y coge a los hombres.

—¿Y hay demonios por aquí? —preguntó Gregorio, que iba, con Nilka, al lado de Vedeney Savich.

—¡Muchos, muchos!

Vedeney Savich hizo callar al mozo.

—¿Por qué los nombras al anochecer? —y preguntó al soyote—: ¿Los has visto tú alguna vez?

—¿Cómo no? Una vez, el mismo hechicero quiso alcanzarme.

—¿Qué dices? Cuéntalo.

—Pues yo volvía tarde, de casa de mis amigos, y como estaba borracho volvía por aquí, que es el camino más corto. Pasé ante la tumba. Llegué hasta esa roca y me volví a mirar la tumba. La noche era clara y yo veía bien que allí no había nadie. «¡Qué atrevido soy!», pensé. «¡Qué inteligente soy! ¿Qué va a hacerme

el hechicero? ¡Yo hago lo que quiero!» Y volviendo la cabeza, vi que el hechicero estaba a mi lado, en la montaña, a caballo... Lleva plumas en la cabeza y está todo cubierto de colas de lobo, los ojos le brillan como los de un lobo, y lleva un tambor muy grande. De pronto dio un golpe en el tambor y se lanzó hacia mí. ¡Uf, cómo corrí! Y él detrás de mí, siempre tocando el tambor... ¡Bom, bom, bom! ¡Llamaba a los diablos! Y los diablos, espesos como granizo, corrían detrás de mí, en bandada, gritando, aullando... Por suerte mía, cerca estaba el *avvá*. Llegué a él, caí sobre las piedras y el hechicero no se decidió a tocarme. Rondó furioso, durante un rato, pero no se atrevió contra su superior. Estuve hasta la mañana echado sobre el *avvá*. Luego se levantó una tormenta con truenos y relámpagos. El *avvá* se enfadó mucho, gritó y echó al hechicero y a los diablos lejos de aquí. Desde entonces no paso nunca de noche por este lugar.

—¿Y por qué vamos tan despacio? —preguntó el dependiente poco después—. El camino es llano...

Pusieron los caballos al trote y en breve el valle del hechicero quedó muy atrás.

Anochecido, como había anunciado el guía, subieron la montaña. En la ladera vieron de nuevo un *avvá*: un arbusto estaba cubierto del todo por trozos de tela de varios colores. Los soyotes hacen así sus sacrificios.

Jiujiel saltó del caballo, se inclinó, llevóse la mano a la frente y murmuró algo. Después arrancó una tira de su traje y la colgó en una rama del arbusto.

Era extraño. Parecía que hacía muy poco que los viajeros cruzaran los Sayanos y no obstante ahora era todo muy distinto. Si hallaban un arroyo o una fuente, junto a ellos, al borde del agua, crecían álamos derechos como minaretes. Mirados desde la montaña, los caminos, que cruzaban las montañas amarillentas, recordaban los caminos reales rusos, con árboles a ambos lados. En

los repliegues de los montes había bosquecillos de pinos tiernos y de olmos, casi los únicos árboles que crecen allí. Apenas ningún otro crece en los precipicios rocosos o en las arenosas estepas. La hierba sólo se encuentra cerca del agua. El único arbusto, el olmo enano de Siberia, crece en todas partes: en roca y en arena… Para este olmito, como para la bardana, cualquier sitio es bueno.

Nilka y Gregorio, admirando el mundo de Dios, no notaron que Vedeney Savich se rezagaba. Volviendo la cabeza, vieron que había parado su caballo junto al *avvá* y, arrancando un trozo de tela de sus calzones, lo colgaba en el arbusto, mirando en torno por si alguien le observaba…

Los jóvenes volvieron el rostro fingiendo no ver nada.

Vedeney Savich les alcanzó.

—Me enganché en el arbusto —dijo, sin mirar a nadie a la cara.

—Es fácil engancharse —convino Nilka—. Estamos tan andrajosos todos…

Y enseñó su pie izquierdo, cuya bota parecía cortada a cuchillo. Gregorio, en silencio, mostró el pie derecho. Su bota abría la boca por completo, como un animal, y se le veían los dedos.

Los dos rieron.

—Pedro Moseich nos va a echar de su casa —dijo Nilka—. No va a creer que somos emisarios de Mateo Pavlovich. Parecemos una banda de derrotados, de vagabundos…

—No importa. Ya me conocerá —dijo Vedeney Savich, que iba pensativo.

Bajaron una pendiente. Jiujiel halló junto al agua un prado para los caballos. Todos se apearon y comenzaron a desensillar. En la roca, junto a la fuente, había una gruta, con mucho musgo dentro. Veíanse a la entrada carbón y tizones. Sin duda la caverna sirvió más de una vez de asilo. Alta por dentro, al modo de

una cripta, tenía la entrada muy baja. Hasta Jiujiel había de inclinarse para entrar.

Nilka tomó un carbón y escribió sobre la entrada: «Hotel Belvedere». ¡Era culto el muy tuno y había recibido muchos cachetes en la nuca por su ingenio para adornar las paredes!

Una vez escrito el rótulo, Nilka se alejó dos pasos, lo admiró y añadió una segunda línea, en letras más pequeñas: «Hotel modelo». Rió luego a carcajadas y quedó muy satisfecho.

Jiujiel, entre tanto, llevó agua en un calderito; encendieron fuego, hincaron una estaca en tierra, inclinada, colgaron allí el caldero, pusieron té en él y comenzaron a cenar.

El soyote poseía su taza de madera para el té. De los Sayanos en adelante, todos los pueblos de la región beben el té en tazas chinas de madera, que se rompen poco y no queman las manos como los vasos.

Se puso el sol; obscureció casi del todo, pero arriba el cielo estaba azul aún. El desfiladero se dirigía a poniente y por allí parecía arder el cielo, tan rojiza era la puesta de sol. Esto presagiaba viento.

—¡Miren! Me parece que allí hay un hombre —dijo Gregorio.

Todos volvieron la cabeza y a unos cien metros distinguieron, en efecto, a un hombre. Estaba sobre una alta roca, bajo un álamo y parecía vestir una sotana gris que le llegaba a los talones.

—¡Pero si está creciendo de tamaño! —exclamó Nilka, asustado.

El hombre se movió y se estiró. Su cabeza, de delgado cuello, llegó hasta la mitad del árbol. Como una serpiente se levantaba más y más hacia arriba. Luego pareció esconderse entre las ramas, los brazos, como alas, abarcaron el árbol y toda la figura acabó fundiéndose con el follaje.

—Es la niebla —dijo Vedeney Savich.

—No. Es el amo —repuso Jiujiel, meneando la cabeza—. Aquí se le ve a menudo.

Vedeney Savich se persignó. Permanecieron sentados un rato más junto al fuego, mirando las montañas. No vieron nada más. La niebla se alzaba en lenguas grises sobre el arroyo y el ambiente era húmedo y desagradable.

—Vamos a dormir, muchachos —dijo Vedeney Savich, incorporándose—. Mañana saldremos antes de amanecer.

Todos se levantaron.

—No entréis mucho en la caverna —advirtió Jiujiel—. Hay un pozo y puede caerse uno.

—¿Un pozo? ¿Dónde? —exclamaron los mozos.

Jiujiel cogió en la hoguera un par de tizones y se deslizó en la gruta. Al fondo, en un rincón, tras un saledizo, había un paso alargado, que ninguno de ellos había visto. Salía de él un rumor lejano y sordo.

—¿Qué es esto? —preguntó Gregorio.

—El manantial —respondió Jiujiel—. Aquí corre bajo tierra.

Vedeney Savich miró desde el saledizo de roca y se volvió para preparar su lecho de musgo. Los mozos adelantaron más, curiosos de ver el pozo. Anduvieron unos treinta pasos. Jiujiel se detuvo.

—Aquí —dijo, alzando su antorcha.

A sus mismos pies se abría una sima profunda y negra. El ruido del agua se oía con claridad. Jiujiel arrojó al fondo uno de los tizones, el cual, soltando chispas y dando vueltas, iluminó las paredes desiguales del pozo, cayó al agua y se apagó en seguida.

—¡Qué hondo es! —dijo Nilka.

El paso conducía más adentro. Los mozos lo miraron y se volvieron.

—Parece que estamos en la cueva de un oso —dijo Nilka, acomodándose sobre el musgo.

—¿Llegaremos mañana a casa de Vabilin? —preguntó Gregorio.

—Llegaremos —contestó Jiujiel.

El reflejo de la hoguera penetraba en la caverna. Vieron al soyote apelotonarse como un erizo junto a la pared, y cubrirse la cabeza con su camisa. En seguida empezó a roncar.

Los mozos hablaron entre sí, bufaron como gatos y se tranquilizaron. Vedeney Savich empezó también a dormitar. De pronto le pareció oír un sonido, como si gritaran o rieran en el bosque.

Levantándose, se acercó a la entrada de la gruta, pistola en mano y aguzó el oído.

Al fondo del desfiladero todo estaba negro ya, el arroyo corría rumoroso y los caballos resoplaban. Arriba se veía el cielo, más claro. No se sentía a los perros. Otra vez, pero algo más lejos, se oyó una risa singular.

—Es un búho —murmuró a espaldas de Vedeney Savich la voz de Jiujiel, el cual, al sentir que alguien andaba por la caverna, había alzado la cabeza.

El habitante de la estepa tiene el sueño muy ligero, no es como nosotros.

Ante la caverna había un espacio libre sin árboles. Parecióle a Vedeney Savich que allí se movían algunos hombres, con cautela. Mirando fijamente, vio que aquellos seres andaban. Se veían sus cabezas y hombros y algunos tenían los brazos alzados. Todo el claro de enfrente estaba lleno de fantasmas…

—¡Dios resucita! —murmuró Vedeney Savich, recordando las palabras de la oración. Y con la culata de la pistola trazó una raya ante la entrada de la caverna y la santiguó para que los demonios no pudiesen traspasarla. Después se acomodó para dor-

mir y se puso a rezar. Más tarde se incorporó en su lecho y miró la entrada: parecía que ante ella se extendiese un velo blanco. Comprendió que era la niebla y calmándose se durmió. Claro… aquello era niebla, pero ¿quién sabía lo que podía ocultar?

Capítulo XVII

El día amanecía obscuro, opaco. Caía un rocío helado y las nubes grises pendían del cielo como harapos colgados a secar.

Viajar así era grato: no hacía calor, ni el sol quemaba amenazando derribarle a uno de la silla después de haberle extenuado. Los caballos marchaban animados. Jiujiel prometió que, de no llover, llegarían al Yenisei a mediodía.

Cruzaron rápidamente un bosquecillo de pinos nórdicos y salieron del desfiladero a un lugar despejado. Había allí piedra desmenuzada, olmos enanos e innumerables tumbas de piedra. Más allá se erguían altas montañas, casi negras.

Jiujiel encaminó su caballo hacia las montañas.

—El Yenisei —dijo, conciso.

—¿Dónde? —exclamaron ambos mozos.

El soyote indicó con el látigo la montaña más alta.

—Detrás de esa cordillera.

—¿Tenemos, pues, que subirla?

—¿Para qué? Pasaremos por el desfiladero. Es el último. Tendremos un camino hermosísimo.

Y fustigó a su caballo. Como pájaros asustados tras su guía, corrieron los emisarios por la estepa. No una ni dos, sino hasta cinco horas, al paso o al trote, marcharon por la estepa antes de llegar a la sierra, que se alzaba, sombría, hacia el cielo, con sus cumbres de sílice cubiertas de nubes.

De viajar solos, hubiesen pasado diez veces ante el desfiladero sin descubrirlo, ya que lo ocultaba una roca que quedaba ante él.

Muchas cosas habían visto los viajeros en su camino, pero ninguna como este paraje. Parecía que el camino abocase al mismísimo infierno. Viajaban por el fondo de un pozo muy profundo, a cuyos lados se levantaban rocas negras, rígidas, verticales. Sobre sus cabezas pendían otras que amenazaban despeñarse, en cuyo caso no quedaría la menor señal de caballos ni jinetes. Aquello no era un desfiladero, sino una grieta. En muchos sitios no hubiesen podido pasar si se hubieran encontrado con otro viajero que fuese en dirección contraría.

Los emisarios, no acostumbrados a aquello, se sentían asustados, y miraban hacia arriba frecuentemente. Pero Jiujiel no se inquietaba. Con la pierna sobre el arzón, pellizcaba su vieja bota.

No se veía el fin del desfiladero. Los viajeros se cansaron mucho: parecíales haber recorrido ya cien verstas. «¿Acabará pronto?», pensaban todos. Y en vez de ello surgía cada vez un nuevo recodo. Pero de pronto salieron a campo libre.

—¡El Yenisei, el Yenisei! —gritaron alegremente Gregorio y Nilka, llamando con las manos a Vedeney Savich, que iba detrás, en una postura muy majestuosa, tirándose de la barba, lo que quería decir que meditaba.

¡Muy bello es el padre Volga, pero justo es decir que aún más bello es el Yenisei!

El Volga, hijo menor de una familia de gigantes, reposa como una joven rubia en las arenas doradas. Y el Yenisei es como un océano. Con él no caben burlas, ni se puede pasear por él en bote, en plan de recreo. Cuando el Yenisei muere en el gran mar sombrío, no se ve su centro desde las orillas. Y nadie sabe dónde nace el Yenisei. Se asegura que muchos miles de verstas atrás, bajo las mismas nubes, muy arriba, en los montes de Urianjay.

Los viajeros se apearon en la orilla. Vedeney Savich esperaba hallar allí a su antiguo conocido el Yenisei, pero como un río pequeño. Sin embargo, allí había buscado como lecho un espacio de versta y media de ancho. Corría obscuro, turbio, con remolinos que giraban imponentes entre riberas de piedra desmenuzada.

En la otra orilla extendíanse unas tres verstas de estepa y más allá se erguían nuevas montañas boscosas. No se veían casas, yurtas ni vivienda alguna.

—¿Cómo pasaremos el río? —preguntó Vedeney Savich.

—Nadando —contestó Jiujiel.

—¿Estás loco? —exclamó Vedeney Savich, sintiendo en el rostro un frío sudor—. Caeré al fondo como una piedra: jamás me he bañado en ríos.

—¿Para qué vas a nadar tú? El caballo nadará y tú te sujetas a él.

—¿Cómo?

—Por la cola o por la crin, como quieras.

—Pero ¿cómo? ¿Iré en la silla?

—No; así morirías. Tienes que ir por el agua.

El dependiente quedó perplejo.

—Éste es mi fin —dijo—. Me moriré del susto. ¿Cómo un hombre, de no estar loco, va a lanzarse a un río tan rápido? ¡Qué cosas tenemos que sufrir!

—No te preocupes: saldrás vivo. El caballo nada bien.

Vedeney Savich no apartaba los ojos del río.

—¡Qué horror, cómo corre! ¿Y dónde está la casa de Vabilin?

—Dentro de una hora llegaremos. Desde aquí no se ve.

—¿No tendrá él una balsa o un bote?

—No tiene nada de eso.

—¡Esto es un castigo de Dios! —exclamó el encargado de Anañevij—. ¡Vaya un viajecito! Una vez casi nos cortan el cuello y ahora tenemos que ahogarnos nosotros mismos. —Y golpeó desesperado, los faldones de su caftán.

Los muchachos se sentían asustados también, pero lo disimulaban.

—No tema, Vedeney Savich —dijo Nilka—. Nadaremos todos juntos y le sostendremos.

—¡Sostenerme! ¡Todos nosotros seremos arrastrados por el río, patas arriba!

A pesar de la inquietud y temor de Vedeney Savich, no había opción. De no pasar tenían que volver por Usinskaya. Calló, se persignó y empezó a desvestirse. Jiujiel les enseñó a atar los trajes y botas a las sillas, puso los estribos sobre el caballo, se asió con la mano izquierda a la cruz del animal y comenzó a bajar con él hacia el río. Junto al agua se volvió y gritó:

—¡Sujetaos al lado derecho del caballo! Si estáis protegidos por él, el agua no os llevará.

Gregorio llevó su caballo en segundo lugar. Vedeney Savich, tiritando, le siguió. Nilka bajó el último. Jiujiel entró en el agua hasta la rodilla. El agua le arrastró en seguida. No había ni que pensar en nadar directamente a través del río. Jiujiel dirigió a su caballo de modo que la misma corriente le llevara al sesgo, hasta un saliente de la orilla izquierda.

Gregorio nadó también.

—¡Madre de Dios! ¡Padre Nuestro! —murmuró Vedeney Savich. Todas las oraciones se mezclaban en su cabeza. No veía ni comprendía nada, ni sentía siquiera el frío del agua. Se limitaba a asirse a la crin del caballo. De pronto, como si una fuerza invisible le levantara sobre los pies, el caballo se arrimó a él, de lado, y ambos se encontraron en plena corriente.

Vedeney Savich cerró los ojos. Sólo los abrió cuando notó que sus pies tocaban ya fondo. El caballo le arrastraba ahora por la ribera. El dependiente dejó de sujetarse a su crin y subió hasta la margen de piedra desmenuzada. Sentóse y comenzó a persignarse.

—¡Dios me condene si vuelvo a cruzar un río así! —dijo.

Los dos muchachos estaban alegres.

—¡Está muy bien! —gritaba Gregorio, vistiéndose. El río le había llevado más abajo que a los demás—. ¡Qué buen baño nos hemos dado!

—Yo no me moví siquiera —dijo Nilka—. Fui acostado de lado, como un señor. ¡Qué bien iba! Parecía que me arrastraba una troika de caballos de correo.

—¡Necios! —exclamó Vedeney Savich—. A poco perecemos, y estáis riendo a mandíbula batiente.

Lo dijo sin enfado ni reproche, y los mozos, contentísimos, comenzaron a saltar. Todos satisfechos, montaron a caballo. Incluso el encargado iba animado.

¿Y cómo no? Llegaban al fin de su largo viaje y todas las penas y privaciones quedaban atrás.

Hicieron correr velozmente los caballos por la estepa. En un abrir y cerrar de ojos vieron tras un montículo, en un prado marchito, una construcción: un patio largo, cercado de troncos y en medio una casa grande, con dependencias y casitas para la servidumbre. Todo estaba ennegrecido y retorcido, como por un incendio. Una de las casas estaba abierta de par en par. No se veía arbusto alguno, ninguna huerta. Parecía que la propiedad estuviera desde hacía tiempo falta de amo. No se distinguía a nadie, como si todos los moradores hubieran muerto.

Jiujiel frenó su caballo.

—Hemos llegado —dijo—. Dame el fusil.

—¿Cómo? ¿No quieres pasar al patio? —repuso Vedeney Savich, extrañado.

—¿Para qué? En la estepa hay yurtas y voy a beber araka en ellas.

—También aquí te darán. Ven con nosotros.

El soyote, vacilante, movió la cabeza.

—No.

Vedeney Savich le miró, atento.

—¿Temes algo?

—Vabilin es mal hombre —y el soyote añadió en voz baja—: Hace siempre su voluntad.

—¿Es que mata a la gente?

—¿Por qué? No; pero me quitará el fusil y me dará de latigazos.

—¿Con qué motivo?

—Pues así… Porque se aburre.

Vedeney Savich se sintió más tranquilo.

—¡Tonterías! —dijo—. Vamos juntos y descansarás un día.

Jiujiel insistió. Vedeney Savich por no ofenderle, decidió ceder, y aunque creía más conveniente llegar a la casa montados, mandó a los muchachos que se apeasen. Entregaron las riendas al guía. Vedeney Savich descolgó de su espalda el fusil de Mikita y se lo dio al soyote.

—Vete con Dios. No nos recuerdes mal. Acuérdate de que te dimos este fusil. Y ten cuidado con él: está cargado. En todo caso, dinos dónde podremos encontrarte.

El soyote indicó con la mano hacia levante.

—Allí, junto a las mismas montañas. La hierba allí es jugosa y hay yurtas. Adiós.

—Adiós, Jiujiel —dijeron los mozos.

—Adiós, Jiujiel, y gracias por tu servicio.

El soyote se colgó a la espalda su precioso fusil, hizo volver a los caballos y desapareció tras la cerca. Los emisarios, bajando del prado en que estaban, se acercaron a los portones cerrados.

Nilka cogió una piedra y golpeó la puerta con ella. En el patio ladraron perros, pero no se sentía a la gente. Nilka golpeó la puerta con más fuerza, y ahora le contestaron dos voces increpando a los perros. Un hombre se acercó al portón y lo entreabrió. Y una cara como los viajeros no vieran jamás, les miró. Tenía los cabellos y la barba blancos como nata, rojas las mejillas como madroños, invisibles los ojillos en la cara grasienta, el cuello grueso como las carnes de una nodriza. En fin, un hombre casi monstruoso que se parecía a un puerco bien cebado como una gota de agua a otra. Llevaba camisa rosa, sin cinturón, e iba descalzo.

Al olfato de Vedeney Savich llegó un fuerte olor de vodka.

—¿Está el amo en casa? —preguntó el encargado.

—Está en caaa… sa —contestó el hombre, abriendo el portón —. Entren. ¡Callad, malditos! —gritó a sus perros, dando a uno un talonazo tan fuerte, que el animal rodó por el suelo.

Los viajeros entraron al patio. «Kuchúmka» y «Polkan» se metieron entre sus amos, erizando la piel y enseñando los dientes, según costumbre canina.

Por todas partes se veían cosas dejadas descuidadamente, sin duda por falta de vigilancia del amo. En la escalera estaba otro hombre, de cabeza grasienta, cabellos negros y pequeña barba, con la camisa suelta saliéndole bajo el chaleco y las botas en forma de botella. Estaba tan presumidamente ataviado, que casi hubiera podido presentarse en la ciudad.

Cuando los viajeros se acercaron a él, notaron también tan fuerte olor de vodka como en una bodega.

Vedeney Savich le pidió que anunciase al amo que llegaba una visita de Krasnoyarsk.

—¿De parte de quién vienen? —preguntó el hombre.

—De Mateo Pavlovich Anañevij.

—¿Y por qué llegan a pie?

—Nos han robado los caballos.

—¡Ah! Bueno. Voy a anunciarles al amo.

Y entró en la casa. Los viajeros quedaron fuera, mirándose. Esperaban hallar una casa bien ordenada y encontraban un nido de cuervos.

Pasaron unos cinco minutos. La puerta se abrió con tal violencia como si un buey la empujase con los cuernos. Apareció en el umbral un montón de carne que se apoyó de espaldas en la puerta, poniendo la manaza sobre un bastón y clavando los ojos, inyectados en sangre, en los recién llegados. Tenía la cabeza tan grande como todo el cuerpo de un carnero, rizada y entre blanca y morena. En el caftán abrochado traía adheridas algunas plumas. Sin duda el hombre se levantaba de dormir.

Vedeney Savich le saludó profundamente. Gregorio y Nilka, detrás, le saludaron más rendidamente aún.

—Le presentamos a usted nuestros saludos, Pedro Moseich —habló el dependiente—. ¿Cómo está usted?

—¿Quiénes sois? —preguntó Vabilin, con voz ronca.

—Le traemos a usted recuerdos de su antiguo amigo Mateo Pavlovich Anañevij.

—Y éstos, ¿quiénes son?

—Éste es Gregorio, el hijo de Mateo Pavlovich —indicó Vedeney Savich—. Y éste un mozo… Nilka…

—¿Anañevij? Lo recuerdo —gruñó Vabilin—. Puesto que sois huéspedes, pasad.

Se enderezó, vaciló sobre sus pies y, golpeando el suelo con el bastón, caminó ante ellos. Cojeaba mucho del pie izquierdo.

Los viajeros entraron en la casa uno tras otro. Todas las habitaciones estaban vacías. No parecía la residencia de un rico mercader. No existían ni buenas sillas, ni espejos, ni armarios: sólo mesas de construcción casera, bancos de tabla y cinco taburetes toscos componían el mobiliario de la casa. En las ventanas no había flores ni cortinas. El suelo estaba sin pintar y por todas partes había polvo y basura.

En un rincón de la estancia, sobre una mesa, había, en vez de flores, un frasco verdoso de vodka, y un pedazo de pan, y en un plato trozos de carne cortada. Una nube de moscas cubría todo aquello.

—¡Sidorka, Pétika! —gritó el amo con voz salvaje—. Servid la comida. ¡Pronto!

Por la puerta trasera apareció, andando sobre sus talones desnudos, el que abrió la puerta. Secó en un instante la mesa con un trapo, tomó el frasco bajo el brazo y salió de la habitación.

Todos se persignaron ante los iconos.

—¡Sentaos! —ordenó Pedro Moseich, cayendo él mismo pesadamente sobre el banco.

Los viajeros se sentaron. Nilka, modesto, en el extremo del banco. Vedeney Savich miró en torno, acariciándose la barba.

—Te conocí en seguida —dijo Vabilin—. Estás igual que antes, sólo que un poco más calvo.

—Considero un honor que me recuerde —contestó Vedeney Savich.

—Y a mí, ¿cómo me encuentras? ¿Cambiado?

El encargado miró a Vabilin. Recordó que veinte años atrás iba a Krasnoyarsk, alto, con la barba esponjada, respirando ener-

gía por todo su cuerpo, con ojos inteligentes y claros. Sí, antes era un cisne, pero ahora había perdido el plumaje.

—Ha engordado usted —dijo cortésmente—. Está hecho un verdadero Elías Muromez[30].

Sidorka llevó un frasco con araka y medio pan. Después entró la cocinera, con una fuente de madera. Hubiera sido imposible a tres personas juntas abrazar a aquella mujer —tan gorda, colorada y fofa estaba—. Entró, lanzó una rápida mirada a los huéspedes con sus ojos grises y les saludó. Aunque andaba en los cuarenta años, se conservaba vivaracha y provocativa. Mujeres así no se tranquilizan ni a los cincuenta… La estancia se llenó de un apetitoso aroma de *schi*.

—¿Dónde está la «Princesa mírame y no me toques»? —preguntó Vabilin.

—Agrafena Petrovna ha comido ya y está en su cuarto —repuso la cocinera.

El amo, sombrío, alargó la mano hacia el vaso de vodka. Todos bebieron a la vez y cogieron las cucharas. Vabilin no comía apenas, golpeaba la mesa con el cucharón y constantemente se servía vodka. Los viajeros vaciaron la sopera, que volvieron a llenarles y ellos a vaciar. Después la cocinera llevó otra fuente, llena de papilla espesa en que habían echado no menos de tres libras de manteca. Terminaron la papilla. Pedro Moseich no se limpió barba ni bigotes. Las migajas quedaron allí donde habían caído.

—Explícame ahora —dijo Vabilin al encargado— para qué has venido.

Y llenó otra vez los vasos.

—Gracias —contestó Vedeney—. Pero permita a los muchachos no beber más. No están acostumbrados al vino.

—¡Que beban puesto que lo ordeno! —gritó el amo, dando un puñetazo en la mesa.

Vedeney Savich calló y todos apuraron sus vasos. El emisario de Anañevij guiñó un ojo a los mozos y éstos se levantaron, rezaron y saludaron profundamente a Vabilin, dándole las gracias.

Vabilin se calmó, contento de que le respetaran y no le contrariasen.

—¡Fuera! —dijo a los muchachos—. Si queréis dormir, id al cuarto de la esquina. Pétika os indicará…

Los jóvenes salieron y Vabilin clavó los ojos en Vedeney Savich, poniéndose en jarras.

—¿Y qué?

Vedeney Savich tosió.

—Pues mire, Mateo Pavlovich tiene ahora en perspectiva un negocio muy bueno. Y claro está, necesita dinero, pues tiene poco en metálico. Lo ha prestado casi todo…

—¡Ah, sí! Me acuerdo de que le debo dinero.

—Claro, claro —siguió el dependiente, más alegre—. Pues Mateo Pavlovich me mandó para saldar esta deuda… Él confía mucho en usted…

—¡Confía! —y Vabilin se inclinó sobre la mesa, apoyó la barbilla en la mano y quedó pensativo. Luego alzó la cabeza muy lentamente. Su rostro, rojo antes, estaba ahora casi azul—. Mira. —Acercó la palma de la mano al rostro mismo de Vedeney Savich[31] y rió a carcajadas.

—¿Venías a por dinero? ¡Ja, ja, ja! —y su risa, semejante al rugido de un león, resonó en toda la casa.

—Mateo Pavlovich confía en usted —repitió Vedeney Savich, fingiendo no ver nada—. Dice que usted nunca olvida los antiguos favores.

Vabilin se sirvió vodka, con brusco ademán que derramó fuera la mitad del líquido, y vació el vaso de un trago.

—Si tanto confía, pudo venir él mismo —dijo con voz ronca—. ¡Y te envía a ti! ¿Quién eres tú? ¡No lo daré!

Y asestó sobre la mesa tan fuerte puñetazo, que el frasco saltó y los vasos cayeron.

—Eso usted lo verá.

—No pagaré. ¿Qué puedes hacer conmigo? Aquí soy el zar. Pídemelo de rodillas, de bruces en tierra…

—¿Por qué? Sólo a Dios y a los padres se debe saludar así.

—¡A callar! —gritó Vabilin, como un loco—. ¡Haz lo que te mando! Baila ahora mismo o te mato, demonio…

Vabilin cogió el frasco por el gollete. Vedeney Savich no se movió.

—Déjelo —dijo—. Soy su huésped y a los huéspedes no se les maltrata.

Vabilin se levantó de un salto y esgrimió el frasco. Antes de que Vedeney Savich pudiese levantar las manos sobre la cabeza para protegerse, unos blancos dedos de mujer sujetaron la botella y a espaldas del dueño apareció una joven alta, bien formada, de cejas unidas en el arranque de la nariz. Vedeney recordó al Vabilin de su juventud, de quien la joven era el vivo retrato.

—¿Otra vez haciendo disparates? —dijo la joven con voz profunda, en que vibraba cierta amenaza—. ¿Has olvidado tus visiones?

—¿Es de noche ya? —preguntó Vabilin, asustado.

—No. Falta mucho para la noche. Es aún mediodía.

Vabilin se calmó, miró a todos lados, permaneció tranquilo por un momento, luego vaciló sobre sus pies y al fin, inclinándose de pronto hacia Vedeney Savich, se persignó y dio un ligero golpe en su hombro, como quitándole algo de encima.

—¿Qué tenía yo encima? —preguntó el encargado, mirándose el hombro y la espalda.

—Estaba sentado un diablillo en tu hombro —explicó en voz baja Vabilin—. Ahora te sube otro…

El dependiente comprendió.

—No se moleste —dijo—. Yo mismo lo quitaré. Ahora le convendría a usted ir a descansar…

—Vamos —indicó la joven.

Vabilin, vacilando otra vez sobre sus pies con todo el cuerpo, se dirigió a la puerta. Vedeney Savich le sostenía por un lado. En el dormitorio la joven y él ayudaron a Pedro Moseich a acostarse, le quitaron las botas y salieron a otra estancia.

—¿Es usted hija suya? —preguntó Vedeney Savich en voz baja.

La joven afirmó con la cabeza.

En su tiempo Vabilin había sido guapo, pero su hija era una belleza… A pesar de su rostro severo era hermosa como Basilisa, la bella de los cuentos. Parecía hecha de alabastro. Jamás había visto Vedeney Savich unos ojos pardos mayores ni más bellos. Dos trenzas negras rodeaban su cabeza.

—¿Le pasa esto a su padre con frecuencia? —preguntó Vedeney Savich.

—Con frecuencia.

El encargado movió la cabeza.

—¿Vive usted con su padre? ¿Y su madre…?

—Mi madre murió hace años. Tengo dos hermanos mayores.

—¿Dónde están?

—Han ido a acompañar un rebaño a Irkutsk. Les esperamos de un día a otro.

—¿Un rebaño grande?

—De mil cabezas.

El dependiente se atusó la barba, pensando: «Mucho debe ganar Vabilin con este asunto. Si ahora no tiene dinero, tendrá mucho en seguida.»

—¿Viene a Urianjay para tiempo? —preguntó la joven.

—Sólo a cobrar una deuda a su padre.

—¿De mucho dinero?

—Hace quince años le prestamos cinco mil rublos de plata.

La joven calló.

—¡Mal sitio es éste! ¡No hubiese ni querido ver estos lugares! —continuó Vedeney Savich.

—¿Por qué? También aquí vive gente —contestó la joven, inclinando la cabeza y dirigiéndose a la puerta.

Vedeney Savich, pensativo, paseó un rato por el cuarto y luego salió al patio. Como no tenía qué hacer, resolvió visitar la propiedad de Vabilin.

Capítulo XVIII

Pero no sólo la propiedad de Vabilin no merecía ser contemplada, sino que incitaba a volver el rostro.

Uno de los cobertizos estaba lleno hasta el techo de pieles secas y otro vacío. Los pabellones eran toscos, con grietas por todas partes, con agujeros en la techumbre que dejaban ver el cielo. En medio del patio había tres carros al sol, con las ruedas resecas, con muchos radios rotos y otros mal seguros. Vacas y caballos estaban en el campo y en los cercados no se veía animal alguno. El patio y los rediles no se limpiaban nunca y por doquiera había montones de basura y estiércol.

Vedeney Savich cruzó el patio atusándose el bigote. Jamás viera casa tan desorganizada, ni aun las de los labriegos borrachos.

Volvió al edificio. En la escalerilla de la cocina estaba sentada la cocinera como una pava real. En los peldaños más bajos estaba sentado Nilka, el presumido moreno Nilka, que tocaba una balalaika y charlaba, divirtiendo a la mujer, que temblaba de risa como las natillas en una fuente.

En el balcón de los amos estaban Gregorio y Agrafena Petrovna, que acababan de conocerse. Vedeney Savich se sentó bajo el balcón.

—¿Por qué beberá la gente? —exclamó Gregorio. Se notaba que habían hablado de aquello. Y dirigiéndose al encargado, agregó—: Explíquenoslo, Vedeney Savich.

Éste guardó silencio. Luego dijo:

—Por muchas causas. Algunos tienen el alma turbada y…

—¿Y qué…?

—El alma no cumplió aquello para que estaba destinada y entonces se perturba.

—¿Qué quiere decir eso de que el alma no cumplió aquello para que estaba destinada? —preguntó la joven.

—¿No recuerda la parábola del Evangelio del hombre que guardó su talento en la tierra? Así sucede que el Señor da mucho a un hombre y éste empieza a prodigarlo o a esconderlo. Cuando se da cuenta ya es tarde, porque no podrá recuperar lo gastado. Entonces el alma se rebela, al saber que no hace lo que debe.

—La gente se vuelve loca por comer demasiado —dijo la joven.

Vedeney Savich se tiró de la barba.

—De joven pensaba lo mismo —respondió—. Parece que es lo que usted dice. Se enloquece por vivir demasiado bien. Pero comprenda que el hombre no sabe explicar lo que pasa en su interior. A lo mejor quiere decir unas palabras y le sale un mugido de buey. Y entonces amenaza con el puño. Luego se pone a llorar, arrepintiéndose de su mala conducta. Y es que su alma llora porque perdió la semejanza con Dios. Créame que es así.

Entretanto, se puso a llover.

—No estemos aquí bajo la lluvia. Pasen a mi cuarto —invitó la joven.

Vedeney Savich y Gregorio entraron en su habitación. No era grande, pero relucía como cristal. Y aunque no bien decorada, estaba arreglada y limpia. Pocas veces se ve tanto orden ni siquiera en casas de señores. La hija de Vabilin hizo sentarse a su mesa a los invitados y se ocupó en preparar el té. Al ver de más cerca a los viajeros, la joven se franqueó más. Aunque no les dijo nada sobre ello, los emisarios comprendieron que su lugar adecuado no estaba en casa de su padre. Vabilin se hallaba siempre borra-

cho, era violento y perverso, y los hermanos parecían lobos. Bebían con los mozos, peleaban y desaparecían en las estepas la mayor parte del tiempo. Aquello, más que una casa, era una guarida.

Vedeney Savich, a su vez, la contó de las incidencias del camino. Bebiendo té y charlando no notaron cómo pasaba el tiempo.

—Hace ya mucho tiempo que Pedro Moseich descansa —dijo al fin el encargado.

Apenas lo dijo, las tablas del suelo del cuarto contiguo temblaron bajo los pies descalzos del dueño.

—Es papaíto —indicó Grunia—. De ser posible, le hablaré de lo del dinero.

Se abrió la puerta y entró Vabilin, enrojecido, soñoliento, desgreñado.

—Dadme *kwas*[32] —dijo desde la puerta, con voz ronca.

La hija salió y Vabilin se dejó caer en un taburete.

—¿Estáis tomando té?

—Vamos sorbiendo poco a poco… —contestó Vedeney Savich—. ¿Qué tal ha descansado usted?

—Mal. Me ahogaba. —Y Vabilin indicó con el dedo el cuello desabrochado de su camisa.

Grunia llevó un cazo grande lleno de obscuro *kwas*. Vabilin lo cogió con las dos manos y bebió a largos tragos, sin descansar, abrevándose como un caballo. Al fin puso el recipiente vacío en las manos de la joven.

—Esto está bien: refresca mucho. ¿Habéis bebido vosotros?

—No: yo estaba paladeando el té —dijo Vedeney Savich.

—Beber *kwas* después del vino es lo mejor del mundo. ¡Eres borracho y no lo sabes!

—¡Pero si no soy borracho!

—¡Vamos! ¿Y sobre quién saltaban los diablillos? ¡Si lo he visto yo mismo!

Grunia guiñó un ojo a Vedeney Savich para que no contrariase a su padre. Vedeney Savich enmudeció, bajando la mirada, como culpable.

—Ea, no mientas. ¿Por qué callas?

—Teme que le riñan. Está preocupado por lo del dinero de su amo —afirmó la joven.

—Preocupado, ¿eh?

—¡Figúrese! Mateo Pavlovich no me mandó a otros que viven cerca y que también le deben, sino a usted, que vive tan lejos, a miles de verstas; me ha enviado porque sólo confiaba en usted. Le digo la verdad escueta —aseguró el encargado de Anañevij.

Estas palabras agradaron a Vabilin. Rascóse un sobaco y calló.

—Son cinco mil, ¿no? —preguntó.

—Y los intereses —repuso, con prudencia Vedeney Savich.

Su patrón no le había dicho nada de intereses, pero a él le parecía más justo así.

—¿Y no quieres más? —se enfadó Vabilin—. ¿No quieres también los intereses de los intereses?

—Como le parezca.

—Pagaré. Puedes levantar las narices. Dadme más *kwas*.

Vedeney Savich, alegre, se levantó y saludó a Vabilin.

—Muchas gracias, señor —dijo.

Grunia llevó por segunda vez el recipiente lleno de *kwas*. Su padre bebió la mitad. Del hecho de beber *kwas* todos los moradores de la casa dedujeron que el amo estaba de buen humor y se congregaron a la puerta para ver y escuchar. Estaban todos: el panzudo, la cocinera y el moreno del chaleco.

—Cuéntele sus aventuras a papaíto —dijo Grunia—. Les han pasado cosas extraordinarias —explicó a su padre.

—Cuenta. ¿Qué te ha pasado?

Detalladamente, sin precipitarse, Vedeney Savich contó todo lo que les ocurriera. Cuando narró la conversación nocturna de un desconocido con Merkul, Vabilin descargó un puñetazo en su rodilla.

—¡Es imposible! —gimió.

—Es la pura verdad —contestó el dependiente. Y continuó su relato.

Al llegar a cómo, por la noche, buscó a Mikita bajo el sobradillo y puso las manos en sus sesos calientes aún, cuantos escuchaban en la habitación el relato contenían hasta el aliento. Vabilin se inclinaba mucho hacia adelante, temiendo perder una sola palabra.

—Pero ¿qué dices? ¡Si parece un cuento! —exclamó.

—Los testigos están presentes —dijo Vedeney Savich, indicando a los muchachos, quienes, a una, confirmaron sus palabras.

—¿No te equivocarías y sería un carnero muerto?

—¿Cómo iba a ser un carnero? ¿Se mata a los carneros por las noches? Sólo el hombre goza de ese privilegio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Están todos locos allí! Esas fechorías les costarán que les den de latigazos y los envíen a trabajos forzados.

—Claro que sí.

—¿Y habéis dejado allí vuestros caballos y cargamento?

—¿Quién pensaba en caballos? Bajamos por una cuerda desde el desván y hemos llegado a su casa, como ve.

Y Vedeney Savich mostraba botas y calzones rotos.

—¡Qué cosas! —dijo Vabilin, perplejo—. ¿Cómo será eso? Hace poco estuve allí y paré en la misma casa de Iván Atanasich.

—Temen a los forasteros, no a la gente de aquí —dijo Vedeney Savich—. ¿Quién se atrevería a hacerle nada a usted?

—Sí —intervino el del chaleco—… Los de Usinskaya parece que les dan disgustillos a los forasteros. Lo he oído decir.

—Sí; se habla de eso —confirmó también el rubio.

La cocinera suspiraba, mirando a Nilka. Le agradaba aquel mozo de tan buena estatura.

Pronto obscureció. Miraron por la ventana. El cielo se había cubierto de nubes y la lluvia caía con mayor fuerza.

Encendieron la luz y permanecieron sentados un rato más, charlando. Sirvieron luego la cena y así llegó la hora de irse a dormir. A Vedeney Savich le prepararon en una salita de tres ventanas un lecho de esteras de fieltro, para que durmiera más cómodo. Nilka y Gregorio se arreglaron al lado, en la habitación de los hijos del dueño. ¡Qué camas tenían éstos! Eran simples tablas sobre las que estaban extendidas mantas de arzón.

Vedeney Savich quedó solo, cerró la puerta, oró agradeciendo a Dios el éxito de su misión y la ayuda prestada, se quitó botas y caftán y se sentó en el banco. Fuera, el tiempo empeoraba más cada vez. El viento aullaba, lanzando verdaderos chorros de agua contra los cristales de la ventana.

«Menos mal que no estamos en la estepa —pensó el encargado—. Aquí hace calor y estamos bajo techo… ¡Qué bien! ¿Me desvestiré del todo?»

Decidió quitarse toda la ropa, hasta la interior. El cuerpo le pedía apremiante descanso. ¡Había dormido vestido tanto tiempo! Ya desnudo del todo, se metió bajo la manta. ¡Era tan agradable dar reposo a los huesos, en una cama blanda, sintiendo el contacto de la sábana en las piernas desnudas!

Y apenas se volvió de lado, fue el primero en dormirse de todos los de la casa, lo que no le ocurría desde muchos años atrás.

Con la tormenta, parecía que corría un carro por el tejado.

«¡Qué hombre! —pensó entre sueños Vedeney Savich—. ¡Cómo bebe!»

Otra vez sonó un fuerte trueno, que hizo retumbar los vidrios de las ventanas. Vedeney Savich alzó la cabeza sobre la almohada. Una luz azul iluminó las tres ventanas y estalló un nuevo trueno.

Vedeney Savich tuvo la impresión de que un oso, enorme y desgreñado, estaba en medio de la sala.

La claridad del relámpago le iluminó.

—¿Quién va? —preguntó el encargado.

—¿Cómo que quién? —se oyó rugir en la obscuridad.

Vedeney Savich reconoció la voz de Vabilin y dijo:

—Soy yo, el encargado de Anañevij.

La sombra negra se acercó a él y su pata le cogió por el hombro.

—¿Eres tú, Vedeney?

—Yo. ¿Por qué está usted tan inquieto, Pedro Moseich?

—¿Quién ha disparado ahora?

—Nadie. Es la tormenta. Ha habido un trueno.

—Una cosa es la tormenta y otra que han hecho el disparo que han hecho.

Repetidos relámpagos iluminaron la sala. Vedeney Savich vio el rostro de Vabilin, terrible, con los ojos saltones, como un ahogado.

Pareció que un cañón disparase sobre la casa. El trueno rodó por la estepa. Vabilin, de un salto, se alejó del encargado.

—Mientes —rugió—. No eres Vedeney: eres un muerto.

Vedeney Savich sintió un escalofrío al escuchar tales palabras.

Se apresuró a vestirse. Un nuevo relámpago surcó el cielo.

—Estate quieto —gritó Vabilin—. Si te mueves, te mato.

Y, cogiendo un banquillo lo rompió en dos como si fuera un juguete.

Vedeney Savich no podía huir. El loco estaba en medio de la sala, con un arma en la mano, mientras él, más muerto que vivo, yacía en su lecho.

«Ha llegado mi última hora», pensó rápidamente.

En aquel momento Vabilin creyó ver otra cosa y, volviéndose, retrocedió.

—¿Qué quieres? —gritó, mirando a la puerta.

Pero ésta estaba cerrada y a su lado no había nadie.

—¿Otra vez vuelves? ¡No te temo! Puesto que has reventado, descansa en paz. ¡Qué cosas ocurren: los muertos paseándose! Acércate, acércate y verás.

Vabilin retrocedió más hacia la pared e inesperadamente se desplomó en un banco.

—¡Ah! —exclamó con júbilo.

Vedeney Savich, aterrorizado, recordó que había dejado en el banco todas sus armas.

Brilló en la obscuridad un fulgor rojizo y sonó el disparo. La segunda vez sólo se oyó el ruido de los gatillos del arma.

Vedeney Savich corrió hacia la ventana para saltar al patio. A su lado se produjo un ruido de cristales rotos. Vabilin destrozaba el marco a culatazos y trataba de pasar por la ventana. Su corpachón no cabía, por lo que gemía como si le cortaran el cuello poco a poco. La pared temblaba bajo la presión de sus fuertes brazos.

Otra vez se iluminó el cielo de relámpagos. Los portones que daban al patio estaban abiertos y por ellos entraban en aquel momento unos hombres a caballo, entre los cuales el encargado reconoció a Merkul. A Vedeney Savich se le erizaron los cabellos.

—¡Ya llegan, ya llegan los muertos! —gritó Vabilin.

Y como un ariete se lanzó torpemente de cuarto en cuarto, derribando cuanto hallaba en su camino.

Vedeney Savich saltó fuera y se ocultó.

Ya no llovía. La tormenta se alejaba. Los jinetes se apearon ágilmente de los caballos y seis de ellos entraron, presurosos, en la casa. Oyéronse aullidos, ruido de lucha y luego el de una caída. Habían derribado al suelo a Vabilin y estaban atándole.

Vedeney Savich sacó la cabeza con precaución tras la esquina de la casa y contó a los hombres que quedaban fuera: eran diez. La cocinera, en la escalerilla, alumbraba con una rama de cedro encendida.

Vedeney Savich vio otra vez el rostro de Merkul. No cabía dudar de que era él.

«¿A qué habrá venido? —pensó—. ¿Por algún asunto suyo o por nuestras cabezas?»

Salieron de la casa a la escalera dos mozos robustos: uno ancho, fuerte, algo patizambo; el otro más alto y mejor formado.

El moreno del chaleco les habló.

—¡Están aquí! —dijo de pronto el mozo alto a Merkul—. Vale más que no te vean. Vete a la casa de los comunes. Luego iré allí y hablaremos.

Todos, con los caballos de la brida, se dirigieron al interior del patio, hacia los pabellones anejos.

Vedeney Savich sintió una voz interior que le mandaba volver a la sala por el mismo camino. Ya no estaba asustado. Era así: dudaba, inquieto, mientras no existía peligro, pero cuando se hallaba cara a cara con éste, era capaz de avanzar, sin pestañear, hacia la punta de un cuchillo que le amenazara el pecho.

Con lentitud y cautela subió a la ventana, bajó al suelo de la salita y comenzó a vestirse. Antes de cinco minutos entraron en la sala varios hombres, con una bujía encendida. Delante iban los

dos mozos que Vedeney Savich había visto en la escalera, seguidos de Grunia y otros de la casa.

Vedeney Savich se incorporó al verlos entrar.

—¿Está usted vivo? ¡Gracias a Dios! —exclamó la joven—. ¿No hay ningún herido?

—Ninguno —contestó Vedeney Savich, examinando a los recién llegados.

Eran sin duda los hijos de Vabilin: el uno parecía un tizón quemado: alto, de rizado cabello, de piel obscura, se parecía a su padre. El otro, bajo y ancho, acusaba la raza de su madre. Sólo se parecía a Vabilin en el arranque de la nariz, cubierto de vello.

—… Pero mi fusil ha dejado de existir… —añadió Vedeney Savich, levantando del suelo el fusil, partido en dos, con los cañones doblados.

Ninguno reparó en los otros dos fusiles que había en el banco.

—¿Contra quién disparaba? —preguntó el mozo alto—. ¿Contra usted?

—No; hacia la puerta. Le parecía ver algo.

Se agruparon junto a la puerta, y alumbrando vieron clavada en ella toda la carga de perdigones gruesos como balas. La tabla era gruesa, pero algunos perdigones la habían atravesado.

Abriéndola, vieron en las camas, cubiertos con sus caftanes, a Nilka y Gregorio.

—¡Buen sueño tienen! —dijo el alto.

El hijo mayor rió a carcajadas, enseñando sus dientes amarillos.

—Por ahora todo ha terminado bien —dijo el más alto—. Y nosotros también tenemos que descansar. ¡Buenas noches!

—Buenas noches.

Todos salieron, juntos, de la sala, menos Vedeney Savich, que se quedó en ella.

—Perdone que le hayamos inquietado —díjole Grunia, al pasar.

—Nada. Si el hombre no está bien de la cabeza, ¿qué le vamos a hacer?

Apenas se cerró la puerta, el encargado oyó un cuchicheo. Le llamaban Nilka y Gregorio, que ya estaban en pie y vestidos.

—No dormíamos. ¿Qué pasaba?

—¿No oísteis nada?

—Que había tormenta. Entonces nos cubrimos la cabeza con los caftanes y nos dormimos. Luego nos pareció que daban con un martillo en la puerta, oímos saltar los vidrios en pedazos. Íbamos a salir cuando alguien, viéndonos, gritó: «¡Son muertos!» y echó a correr. Salimos de nuestra habitación entonces, pero no lo encontramos. Volvimos a nuestro cuarto. ¿Qué podíamos hacer? No teníamos pistolas ni fusiles. Luego oímos voces, la de usted entre ellas. Y nos cubrimos otra vez con los caftanes, fingiendo dormir.

—¿Por qué?

—No sabemos —contestaron los jóvenes—. Lo primero que se nos ocurrió. Pero ¿qué ha pasado?

—Vabilin está delirando; le ha dado como un ataque de locura. Fue él quien disparó contra la puerta. Pero no se trata de eso. Merkul, el de Usinskaya ha llegado con los hijos de Vabilin.

Nilka dio una palmada.

—Salté al patio por la ventana y lo vi —siguió Vedeney—. Le dijeron que no entrase en la casa y le aconsejaron esperar en los pabellones de los criados. Ahora hablarán allí de nosotros. ¿Dónde tenéis vuestras pistolas?

—Las mías las dejé detrás de la puerta del zaguán —dijo Gregorio.

—Y yo —añadió Nilka.

—No confío mucho en los dueños de la casa —murmuró Vedeney Savich—. No hablo del viejo, sino de los hijos. Hay que escuchar lo que hablan de nosotros en los pabellones. Voy allí. Mientras tanto, recoged vuestras pistolas y vigilad. Si pasa algo, huid a la estepa, procurando encontrar a Jiujiel. De un modo u otro, él nos llevará a Minusinsk.

—Yo iré a escuchar en lugar de usted —repuso Gregorio.

—No, yo, yo —intervino Nilka—. Me deslizaré como una serpiente, mejor que cualquiera de ustedes. Gregorio parece una foca. Yo voy.

Vedeney Savich, pensativo, calló.

—Bien —dijo, al fin—, vete tú. Pero con cuidado. Si te descubren te matarán como a Mikita. En todo caso te aguardamos en el patio, bajo las ventanas. Espera. Hay que recoger las armas.

Vedeney Savich pasó a la otra habitación, se acercó de puntillas a la puerta, aplicó a ella una oreja y escuchó. La abrió luego sin ruido y salió al zaguán. A poco volvió con cuatro pistolas en las manos.

—Los fusiles están aquí, sobre el banco, junto a la puerta —murmuró.

Y dio una pistola a Nilka, añadiendo:

—Esto, por si hace falta… Pero no dispares por descuido.

—No tema.

Nilka saltó el primero por la ventana y luego Gregorio. Vedeney Savich entregó las armas a éste y saltó a su vez. Apoyándose en las paredes, Nilka se deslizó por la puerta trasera de la casa. El dependiente le seguía de cerca. Dejaron a Gregorio vigilando las ventanas abiertas, por si alguien entraba en sus habitaciones.

La noche era obscura, sin estrellas. Soplaba el viento. Nilka llegó a la otra esquina. Brilló ante sus ojos una luz que salía de la

ventana del pabellón. El mozo miró en torno, corrió hacia allí y se pegó a la pared.

Sonaban en la cocina conversaciones y risotadas. Los recién llegados cenaban. Nilka, acercándose a la ventana, reconoció en seguida a Merkul. Era un hombre lleno de carnes, como abotargado, con la barba rubia canosa. Nunca, mirándole, hubiese cabido suponer a qué se dedicaba, pero cuando alzaba los ojos le traicionaba su dura mirada. El pabellón estaba casi vacío. En la mesa, frente a Merkul, se sentaban los hermanos Vabilin. No había nadie más.

—… Así vosotros no pagaréis la deuda y nosotros estaremos más seguros —decía lentamente Merkul, continuando la conversación.

—Es verdad —dijeron los hermanos, mirándose.

—Ése es el recado con que me enviaba Iván Atanasich. Diles, me encargó, que los de Usinskaya han estado siempre en buenos términos con Vabilin. Y conviene que esto dure siempre. Sería una desgracia para todos, para vosotros y para nosotros. Llamarían a la policía…

—Con ese asunto nosotros no tenemos nada que ver —contestó el joven alto.

Era evidente que él y no su hermano era quien llevaba la voz cantante.

—Con eso no, pero hay otras cosas… ¿Hay alguien que sepa lo de los soyotes? Y ahora todo saldría a relucir…

—¿Acaso los soyotes son hombres? —repuso el más ancho de los hijos de Vabilin, con voz profunda.

Merkul posó en él su mirada de plomo.

—Los tribunales los consideran como hombres —dijo—. Y si nos ayudamos unos a otros, no tendremos complicaciones.

Callaron todos.

—Es verdad —dijo, al fin, el alto—. No es éste el momento de andar con contemplaciones. Está en juego nuestro pellejo. Pero ¿cómo hacerlo? En casa no conviene.

—¿Por qué en casa? No lo haremos aquí. Todo resultará bien… ¿No dices que tu padre iba a devolverles la deuda?

—Sí; lo prometió.

—Pues no os opongáis a que pague. Él no tiene que saber nada. Les dejaréis marchar tranquilamente al Yenisei, hacia la balsa, y les aconsejaréis ir por los matorrales. Antes yo me marcharé, como si volviera a casa, pero les esperaré con mis mozos precisamente entre las matas. Nadie lo sabrá. Os devolveré el dinero… y vosotros no tenéis por qué saber nada. Hay mucha gente que pudiera haber acabado con ellos en las estepas…

—Está bien… —contestaron ambos.

Nilka se alejó de la ventana y corrió como una sombra hacia la casa. No necesitaba escuchar más. En el ángulo del edificio estuvo a punto de tropezar con Vedeney Savich. Anduvieron juntos unos diez pasos. Nilka relató en voz baja lo que había oído. Los dos se dirigieron a toda prisa a reunirse con Gregorio, que esperaba impaciente.

A éste no le había pasado nada en el intervalo. En pocas palabras, Nilka le contó lo que oyera. Vedeney Savich se tiraba de la barba.

—Hay que volver a la casa —dijo.

—¿No íbamos a huir y a unirnos con Jiujiel? —preguntó Gregorio.

—Sube pronto.

Los dos jóvenes escalaron en el acto el antepecho de la ventana y luego ayudaron a trepar a Vedeney Savich.

—Ahora no podemos huir por la estepa —dijo éste—. Hay que buscar otro camino. Acaso haya por aquí una balsa. Mientras

estemos en la casa no nos tocarán.

Apenas lo dijo, se abrió la puerta del zaguán.

—¿Quién es? —preguntó Gregorio a media voz.

Una silueta alta y blanca se acercó.

—Soy Grunia —dijo—. ¿Quién está aquí?

Vedeney Savich salió a su encuentro.

—Nosotros, los de Anañevij —contestó.

—Tienen que huir —dijo la joven precipitadamente—. He venido para prevenirles. Merkul encontró en la estepa a mis hermanos y ha venido con ellos.

—Lo sabemos; le hemos visto —contestó Vedeney—. Pero ¿cómo huir?

—Hay muchos caballos en el patio y además tenemos una pequeña balsa, que construyeron hace poco para transportar las pieles.

—No puede haber cosa mejor —dijo Vedeney Savich.

—Sólo que… —dijo Grunia, interrumpiéndose en seguida.

—¿Qué?

—Que quiero que me lleven con ustedes —dijo ella, con firmeza—. Aunque me cueste la vida, no quiero seguir aquí.

—¡Alabado sea Dios! ¿Qué dice usted? —exclamó Vedeney Savich asombrado.

—¿Me llevan o no?

—¡Claro que sí! ¡Y con mucha alegría! Como si fuera mi hija.

—Gracias —repuso Grunia—. Voy a prepararme para la marcha.

—¿Y lo del dinero? ¿Qué me aconseja usted?

Grunia agitó la mano desesperadamente.

—¿Qué se puede hacer con el dinero? ¿No ha visto cómo está mi padre?

Vedeney Savich suspiró.

—Es verdad... No, no tengo suerte, ¿Cuándo embarcamos?

—Por la noche no es posible. Podríamos encallar. Debemos salir al amanecer. Voy a prepararlo todo: el pan y lo que haga falta. Tendremos seis días de viaje. Cojan ustedes mismos las esteras de fieltro.

—¿Dónde la esperamos?

—Junto a mi cuarto, al pie de la ventana. Aguárdenme allí.

—¿Ahora mismo?

—Esperen una hora. Cuando todos duerman, salgan.

Grunia desapareció en la obscuridad. Los viajeros volvieron a la habitación más apartada y, acostándose, esperaron...

Toda espera es penosa. La paciencia de los mozos tocaba a su fin. Constantemente levantaban la cabeza uno u otro.

En el patio cantaron gallos. Vedeney Savich se levantó.

—Ya es hora —dijo—. ¡Dios nos ayude y nos saque con bien!

Todos se persignaron, tomaron las esteras, las enrollaron y las tiraron al patio por la ventana. Luego bajaron ellos. Volviendo la cabeza a todas partes y aguzando los oídos, se acercaron a la ventana de Grunia. Estaba cerrada todavía. Se sentaron en el suelo, aguardando. A poco, la ventana se abrió, surgió en su hueco un bulto negro y luego asomó la cabeza de la joven.

Gregorio cogió el bulto, al que siguió otro y luego dos sacos vacíos que les echó Grunia.

—Tomen —murmuró la joven, entregándoles por las ventanas varios panes enteros.

Gregorio iba cogiéndolos y Nilka guardándolos en los sacos. Tras los panes pasaron dos jamones enteros, cecina y un calderito que también sacó la joven.

Vedeney Savich, fusil en mano, vigilaba.

Grunia les pasó el resto de las provisiones y luego bajó ella misma. Gregorio hubiese deseado ayudarla, pero no se atrevió.

Los muchachos cargaron los sacos a la espalda. Vedeney Savich y Grunia cogieron los bultos.

La joven se encaminó a la cerca. En un punto los troncos se separaban dejando un paso.

Los viajeros echaron fuera sus bultos y sacos y luego se arrastraron por el hueco. Miraron en torno: la obscuridad no permitía ver nada. En el camino no se veía ni a tres pasos.

—Por aquí —dijo Grunia, que conocía bien el terreno y echó a andar precediéndoles.

Los fugitivos subieron la barranca por la escarpadura hasta llegar arriba, donde el terreno era llano.

—¿Está lejos el río? —preguntó Vedeney Savich.

—Hay como una hora de camino —repuso Grunia—. Tenemos que pasar por dos islotes secos ahora…

Bajaron, según les pareció, a un hoyo donde crujió bajo sus pies grava menuda, luego arena. Era más difícil andar por allí, porque los pies se hundían hasta el tobillo.

—Antes pasaba por aquí un brazo del Yenisei —dijo la joven —. Pronto llegaremos al islote.

Hubieron de subir muy pronto a la orilla, en efecto. Todos estaban sudando. Se detuvieron para descansar.

—¡Vaya una nochecita! —dijo Vedeney Savich, enjugándose el rostro con el pañuelo—. No la olvidaré aunque viva cien años. ¡Una desgracia tras otra!

—Pronto acabarán las desgracias y estaremos en la almadía —dijo la joven.

—¡Cómo van a terminar las desgracias! Seguramente nos perseguirán.

Grunia sonrió.

—Ahora sólo los pájaros podrán alcanzarnos.

—¿Por qué?

—Porque no hay más balsas ni barcas. Y sólo quedan unas cincuenta verstas de estepa. Luego el Yenisei corre por un desfiladero entre rocas tan empinadas, que no sólo un caballo, sino ni una cabra podría correr por ellas.

Los viajeros cargaron sus bultos y sacos al hombro y siguieron adelante. Andaban hacía más de media hora, el islote era casi una isla y no terminaba. Grunia se detuvo.

—¡Es raro! —dijo—. Hace rato que debíamos haber llegado al río.

Meditó y miró en torno. No se veía nada. Tierra y cielo parecían cubiertos de hollín. Anduvieron algo más y se pararon.

—Hemos perdido el camino —dijo la joven—. Debemos haber seguido a lo largo y no a lo ancho. Tendremos que esperar a que amanezca. La balsa debe estar cerca.

De nuevo se sentaron. A todos les palpitaba el corazón. «¿Quién sabe si habrán descubierto ya nuestra fuga?» pensaban. «A lo mejor están persiguiéndonos ya.»

Sólo Grunia permanecía tranquila y, sin decir nada, tiraba de las puntas de su pañuelo.

A la derecha de los fugitivos se elevó, como humo, una espesa niebla. Grunia la señaló.

—Es el río. Éste es nuestro camino.

Apenas comenzaron a descender la ribera, llegaron, como brotando de la tierra, «Polkan» y «Kuchúmka», con las lenguas colgando casi hasta el suelo y jadeantes. Al ver a sus dueños saltaron hacia ellos alegremente. Los mozos se alegraron también: los perros animan siempre la vida del hombre.

Avanzando en línea recta, llegaron a la orilla. Ya era casi de día y pudieron distinguir todos los contornos. Pero sobre el río se

extendía una espesa bruma, que sólo dejaba ver una estrecha faja de agua, junto a la orilla.

—La balsa está más arriba, tras aquellos álamos —dijo Grunia —. En vez de llevar los sacos allí, vamos a traer aquí la balsa. Será más rápido.

Vedeney Savich y Nilka se quedaron cuidando los sacos, mientras Grunia y Gregorio corrían por el bosque.

Vedeney Savich miró hacia atrás. Se veía el lecho del río cubierto de piedras y detrás la estepa llana y desierta. No se veía la propiedad de Vabilin, ni tampoco alma viviente…

Grunia y Gregorio desaparecieron entre los álamos. «Verdaderamente, parece que se han concluido las desgracias», pensó Vedeney Savich.

Apenas acababa de pensarlo, Nilka le tiró de la manga y dijo, asustado:

—Mire, Vedeney Savich.

El encargado miró hacia la estepa y divisó en ella cinco jinetes que galopaban hacia los álamos; pero, de pronto, viéndoles, cambiaron de rumbo y se lanzaron hacia ellos.

—¡Señor, Jesús! —exclamó Vedeney Savich, persignándose —. Coge el fusil y ponte a mi lado. Al menos, que se salven esos dos…

Sus propios perros habían traicionado a los fugitivos.

Aun antes de que cantaran los gallos, Merkul se levantó y salió al patio. Notó que dos perros, muy inquietos, rastreaban en torno a la casa. Mirando mejor, el aldeano reconoció aquellos dos canes como pertenecientes a los mensajeros de Anañevij.

Saltó como si le hubieran pinchado. «¿Qué quieren los perros? —pensó—. ¿Estarán buscando a los suyos? ¿Habrán vuelto a huir esas gentes de Krasnoyarsk?»

Los perros olfatearon por el patio detrás de la casa, corrieron a la cerca y pasando por el hueco entre los troncos se precipitaron hacia el río.

Merkul entró en la casa corriendo, para despertar a los hijos de Vabilin. Éstos, subiendo en seguida a los cuartos de sus huéspedes, vieron que habían desaparecido. Se lanzaron a la cuadra; Merkul despertó a sus dos mozos, cogieron los fusiles y, sin tiempo para embridar ni ensillar a los caballos, los montaron a pelo y, con los hijos de Vabilin, se lanzaron a la estepa.

Los Vabilin no querían quedarse atrás de los de Usinskaya, temiendo que éstos sospecharan que ellos habían advertido a los de Krasnoyarsk.

Capítulo XIX

Nilka miró hacia el río. La balsa no aparecía.

Y los perseguidores estaban cerca. Ahora se acercaban al declive, bajaban al antiguo lecho del río y sólo les separaba de los fugitivos unos doscientos metros. Se apearon, dejaron los caballos y continuaron adelantando a pie.

¡Y la balsa no llegaba!

Ya sólo doscientos pasos les separaban de sus enemigos.

—No dispares aún —murmuró Vedeney Savich—. Las balas no les alcanzarían.

Desde detrás de la estepa el sol les saludó con su borde encendido. Iba a ser difícil apuntar.

—¡Pronto! —gritó tras ellos la voz de Grunia—. La corriente nos arrastra.

Vedeney Savich y Nilka se volvieron y divisaron la balsa, que tocaba en la orilla sólo por uno de sus extremos, arrastrada por la corriente.

Cogieron sacos y bultos, los arrojaron a la balsa y saltaron con rapidez a ella.

«¡Clac-clac!», resonaron los disparos.

La balsa se alejó rápidamente de la orilla.

Los perseguidores corrieron hasta la ribera y no divisaron sino la niebla blanca que se levantaba ante ellos como una pared. Tenían que disparar al azar. Tiraban, pues, y prestaban oído, pero

del río no llegaba rumor alguno. Sólo la estepa devolvía el eco de las detonaciones.

El sol se levantó, la niebla bajaba. Tras el río se distinguió, más allá de la niebla, el cielo azul. En la cima de la montaña brillaban, sonrientes, los rayos del sol.

En medio del río vieron una extraña aparición. Del seno de las aguas se elevaba una mujer joven, como cubierta de oro. Sin mover las piernas se deslizaba por el río, con los pies envueltos en niebla. Transparentes olas se reflejaban en su espalda. La neblina, como fuego blanco, la envolvía de pies a cabeza.

Merkul y sus amigos, maravillados, bajaron los fusiles, sin poder apartar los ojos de la visión. Cinco minutos después comprendieron de qué se trataba.

La neblina se había disipado súbitamente, cesando el espejismo; a media versta ante ellos vieron la balsa. A proa, iba una joven, mientras los fugitivos, a popa, trabajaban activamente en el timón.

—¡Nuestra hermana! —exclamaron a la vez los dos Vabilin.

Sucedió lo que había dicho Grunia. Por la tarde la balsa se introdujo entre altas y verticales rocas.

Rápido y severo es el Yenisei en las estepas, pero cuando le oprimen las montañas es terrible. Sus aguas ya no corren; se precipitan. Si se mira desde la balsa parece sentirse uno arrastrado por una fuerza invisible pronta a lanzar al viajero contra las rocas… Pero no: la loca corriente gira, impele de lado a la balsa que al pasar arroja chorros de espuma a la montaña. Si se acerca el oído al agua se sentirá el rumor de las piedras que arrastra por su fondo y que emiten a lo lejos sonidos profundos y silbantes…

Al principio los fugitivos sentían temor, pero en seguida se acostumbraron. Grunia, desde el amanecer al crepúsculo, dirigió la balsa como un piloto experto. Hay que tener mucho cuidado con el río. Las rocas que sobresalen de las aguas se ven desde le-

jos, pero es muy fácil no advertir los escollos en aguas someras y las piedras menudas. Y si la balsa encallara en uno de esos bajíos, ya se puede uno despedir de ella: el río la destrozará tronco a tronco, y, si no, la arrastraría cuando las lluvias engrosaran el caudal.

Pero los fugitivos no viajaban en una almadía corriente, que necesita mucha tripulación, sino sobre un *solik* o balsa pequeña, en la que basta un hombre al timón.

No parece difícil ir a proa dando órdenes: «A izquierda la popa, a derecha la proa.» Pero quien se ponga allí sin tener práctica corre el riesgo de perecer. Es preciso poseer una vista certera para distinguir, de una sola ojeada, el escollo de un simple remolino, para reconocer la corriente principal, por la que hay que dirigir la balsa, evitando internarse en un brazo sin salida, entre los islotes. Un pequeño error, una orden desacertada al describir un recodo, haría que la balsa se destrozara contra las rocas, sin dar tiempo a ninguno a rezar por su alma antes de morir.

La balsa entró en los Sayanos y todos respiraron con alivio. Ya no había nada que temer. Grunia miraba la orilla para buscar sitio donde pernoctar. No habían hecho poco camino, ya que llevaban en la balsa todo un día.

Durante largo rato no hallaron lugar adecuado: siempre altas rocas que se elevaban perpendiculares y lisas. Al fin distinguieron en la orilla izquierda un saliente verde. Allí había un desfiladero entre las montañas.

Hicieron salir la balsa de la corriente y la arrimaron a la orilla. Nilka y Gregorio saltaron a tierra y ataron fuertemente la almadía a los árboles.

—¿Encendemos la hoguera? —preguntó Nilka a Grunia.

—No hay más remedio.

—¿Muy grande?

—Como quieras. Ahora nos está permitido; en todo podemos hacer nuestra voluntad.

Y la joven hablaba con tanta alegría, con sonrisa tan franca, que se notaba que para ella había llegado, al fin, el día de la fiesta grande…

Los mozos reunieron un gran montón de ramas secas, las encendieron y la llama se elevó casi tan alta como un campanario. Colocaron junto a la hoguera, entre dos piedras, la olla con agua y se acomodaron sobre montículos de blanda arena. Cenaron y luego hablaron largo tiempo. Nilka, que quería saberlo todo, preguntó a Grunia:

—¿Usted ha viajado ya por el Yenisei?

—Tres veces, hasta Minusinsk.

—¿Y más lejos?

—No.

—Ahora verá mundo. Krasnoyarsk es un gran pueblo. Por Navidad nos disfrazamos y en Cuaresma hay barracas… Nos divertimos mucho.

—Anda, cállate, papilla sarracena[33] —dijo Vedeney Savich—. Krasnoyarsk no es lo mejor del mundo. Hay ciudades mucho mejores.

—Pero no hay nada peor que Urianjay —contestó Nilka.

Las cejas de Grunia temblaron, al decir:

—El sitio es bueno. La gente no lo es.

—El sitio no hace malo al hombre; es el hombre quien estropea el lugar —comentó Vedeney Savich—. No lo olvides, muchacho.

Oscureció pronto. Empezaron a encenderse las estrellas. Brillaban en el cielo y se reflejaban en el negro Yenisei, cubriendo toda su superficie. Entre ellas, el reflejo de la hoguera se alargaba

como una tira de sangre, alumbrando hasta las rocas de la otra ribera. Todo estaba quieto.

Los fugitivos, maravillados, callaban.

De repente, al lado mismo de ellos se oyó un sonido de trompeta. El sonoro rumor repercutió en las montañas, a lo lejos.

Los fugitivos se estremecieron.

—Es un *maral*[34] —explicó Grunia—. Aquí hay muchos.

—¿Llegaremos pronto a las cataratas? —preguntó Vedeney Savich.

—Al tercer día.

Dispusiéronse para dormir. Hicieron hoyos en la arena y se cubrieron con los fieltros. Entonces recordaron el consejo de Grunia, de que llevasen los fieltros. En efecto: no les hubiera podido calentar ni aun la hoguera, tan fría y húmeda era la noche.

Por la mañana, en cuanto amaneció, salieron de sus calientes cobijos. Las esteras de fieltro estaban tan mojadas como si se hubiesen hallado expuestas a la lluvia.

Antes de media hora la balsa flotaba ya en el río. En torno se alzaban las montañas oscuras, severas, y ellas y los valles intermedios estaban cubiertos por la salvaje taiga. La niebla ocultaba las grietas como bajo una capa de humo. El Yenisei ya no avanzaba paralelo a las cordilleras, sino a través de éstas, como horadándolas.

—¡Dios nos libre de estrellarnos! —exclamó Gregorio, mirando las orillas—. ¿Cómo podríamos salir de estas montañas? ¿Distan mucho las viviendas más próximas?

—Unas quinientas verstas —contestó Grunia.

—¡Ya pasarías trabajo para salir de estas angosturas! —agregó Nilka.

Las cimas de las montañas comenzaron a alegrarse bajo el fulgor del sol que se levantaba, ya oro, ya fuego, ya vivo verdor que

iluminaba las cumbres. Al salir el sol todo resucitó. El negro río se convirtió en azul, las montañas, como muchachas en fiesta, se vistieron de múltiples colores, envolviéndose en el firmamento como en un manto azul celeste. A cada recodo, las rocas se sucedían maravillosamente, a veces tan juntas que casi se tocaban, y otras separadas, diseminadas en la taiga como si se bañasen alegres en ella, como en un verde mar. En ciertos lugares se desplomaban cascadas blancas como nieve y de los desfiladeros manaban arroyos.

Hasta mediodía Grunia no les consintió detenerse. Después de comer en la orilla, no les permitió descansar siquiera. Llamó, pues, a todos a la balsa, porque quería pasar los Sayanos cuanto antes para llegar a Minusinsk antes que la gente de Usinskaya, que podían cortarles el camino. Grunia contaba llevarles un adelanto de dos días.

Los hombres se turnaban en el timón y los que quedaban libres se sentaban junto a Grunia en el sitio reservado al piloto, o permanecían tendidos, hablando.

Nilka encontró en un tronco de la balsa un largo mechón de crines de caballo. Sin duda lo dejaría el animal cuando acarreaba troncos para construir la balsa. Cuando se pararon, el muchacho cortó una varita curva, deshizo su punta superior, metió entre los hilos un palillo y abajo ató, atravesada, otra maderita lisa. Entre ambas tensó las cerdas, obteniendo así un instrumento primitivo semejante a la balalaika, y que, aunque no mucho, algo sonaba.

—¡No viajamos como unos cualesquiera, sino con música! —exclamaba Nilka, jovial, mientras tocaba *Comarinsky y Señora, señora…*[35] silbando, zapateando y moviendo su roja nariz a compás de la música, con lo que divertía a todos.

También entretenía a los viajeros la vista de variados animales: cabras al borde de los precipicios, bandadas de aves, grandes

aves grises que se alejaban, asustadas, de la orilla, a la que acudía a beber el mismo *Mijailo Ivanovich*, el oso, sentado en las rocas como un hombre y que no se movía siquiera al ver la balsa. A veces casi hubieran podido tocarlo con la mano. Y esto sin hablar de las bandadas de patos y ocas silvestres y acuáticas que volaban en torno.

Los mozos querían disparar, pero Grunia les hizo desistir, porque, de alcanzarlos, no conseguirían provecho alguno, ya que la corriente arrastraría la caza.

Pasaron otros dos días. Por la tarde del segundo los fugitivos percibieron un rumor lejano.

Después de dejar atrás dos recodos, el rumor se hizo más fuerte e inquietante.

—¿Qué es eso? —preguntó Vedeney Savich—. ¿La confluencia de otro río?

—Son las cataratas, que mugen —contestó Grunia—. Hay que atracar.

—¿Por qué? Aún es temprano para pernoctar.

—Podría sorprendernos la noche. Las cataratas hay que pasarlas al amanecer.

Grunia escogió un lugar adecuado y cómodo, en el que amarraron la balsa.

Nilka preguntó a Grunia:

—¿Podemos ir a cazar?

—¿Por qué no? —contestó la joven—. Pero no os alejéis. La noche en estos parajes cae de repente.

Y Grunia sonrió, extrañada y complacida de que ahora los muchachos no pidiesen nunca permiso a Vedeney Savich sino a ella. Gregorio, manso como una oveja, no quitaba los ojos de la joven.

Los cazadores no se alejaron mucho. Antes de un cuarto de hora sonaron dos tiros a lo lejos. Los mozos habían hallado un cabritillo salvaje. Lo llevaron, y, después de desollarlo, Grunia lo asó, resultando un manjar tan excelente que del cabrito no quedaron más que los huesos.

Después de la magnífica cena se durmieron con un dulce sueño. Únicamente Grunia durmió mal. Alzaba la cabeza a menudo, miraba las estrellas, aguzaba el oído escuchando el rumor de las cataratas, más distinto y amenazador en la noche. Y el alma de la joven se estremecía. ¡No sabían sus compañeros los horrores que iban a atravesar al día siguiente! Y la muchacha pensaba en el compromiso enorme que había adquirido. ¿Hallaría suficientes energías para conducir la balsa por los pasos…?

Se despertaron muy de mañana. Grunia ya estaba cerca de la balsa, inspeccionándola.

El rumor de las cataratas se alzaba potente y claro, tanto que la zozobra se adueñó del ánimo de los viajeros.

—Escuchen —dijo la muchacha—. Dentro de poco las aguas del río correrán desmandadas y es necesario que todos estén en sus puestos y bien atentos. Procuren manejar lo mejor que puedan las pértigas. Pero cuando les grite, «¡Ahora!» hay que sacarlas de las guías. Quién no lo haga pronto podrá darse por muerto, barrido por el agua.

—¿De modo que salvaremos las cataratas sin timón? —se extrañó Gregorio.

—Sería inútil. Hay que acertar con la corriente principal y luego encomendarnos al Señor.

Se persignaron antes de emprender el camino.

Pasaron un recodo, luego otro, aumentando siempre el fragor que ya sentían muy cercano.

Y de pronto la balsa se encabritó y como loca se precipitó sobre las rocas.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —gritó Grunia despavorida.

Apenas se oyó su voz en el estruendo. Llegaron a tiempo los improvisados almadieros y como una flecha cruzó ante ellos una pared rocosa.

—¡A la derecha! ¡A la derecha la proa! —avisó la muchacha a tiempo que extendía el brazo hacia un nuevo peligro.

También lo salvaron.

Cual descomunales colmillos emergían de la espuma agudas rocas en el río atormentado y mugiente, y se percibían las cataratas como ininterrumpido tronar de mil cañones.

Como un rayo cruzó la balsa por entre los abrojos del río.

—¡A la derecha!… ¡Ahora! —gritó casi desmayada Grunia.

Todos sacaron las pértigas y se abalanzaron hacia popa donde se agarraron a unos caballetes.

Ya no era agua lo que les rodeaba sino un humeante infierno. Como columnas de vapor se alzaban chorros de espuma cuando inmensas olas se quebraban contra el granito. El agua hervía en derredor, cubría por completo la balsa y bramaba como una fiera. Y como bestia sin nombre abría sus fauces la garganta.

Se inclinó la embarcación en ángulo recto, rozó un peñasco, se desvió y corrió veloz entre dos grandes rocas.

Por suerte eran las últimas.

Volvían a amansarse las aguas y el Yenisei de nuevo corría majestuoso y pausado, liso y sin espuma.

—¡Hemos pasado! —casi sollozó desfallecida la muchacha.

—¡Dios misericordioso! —exclamó Vedeney Savich, sin acertar a rezar siquiera y cayó de hinojos.

Todos se arrodillaron emocionados. Por fin se alzó Vedeney Savich y se acercó a la muchacha.

—No sé cómo agradecerle… —murmuró con voz entrecortada, y dirigiéndose a los mozos añadió:

—¡A ella, que nos ha salvado dos veces la vida, le debemos también gratitud eterna!

Grunia se tenía erguida, muy pálida y aún toda temblorosa. Se turbó visiblemente.

—No es cierto… —se excusó—. Yo no hice nada. También me salvaba al salvarles a ustedes.

Por toda respuesta Vedeney Savich le cogió la cabeza con ambas manos y estampó sonoros besos en sus mejillas.

Luego se inclinó respetuosamente.

—¡Cada uno a su puesto! —advirtió Grunia, atenta a todo hasta después del trance por el que habían pasado—. Hemos de seguir guiando la balsa…

Vedeney Savich se sentó a proa y los mozos fueron a popa.

—¡Estás lívido, Nilka! —observó Gregorio sonriendo.

—¿Y tú crees que estás colorado? —replicó el aludido—. ¡Juntos hemos salido de ese infierno!

Otro día pasaron navegando; dejaron atrás los montes Sayanos y se extendieron ante ellos las estepas de Minusinsk.

La balsa avanzaba lentamente; el Yenisei, después de haber batallado entre las montañas, se había aquietado y corría plácido entre llanos. ¡Cinco verstas de anchura alcanza allí el río!

—¡Mañana estaremos en Minusinsk! —se alegraban Vedeney Savich y Gregorio—. ¡El término de nuestras aventuras!

—¿Qué me espera? ¿Qué vida será la mía? —se preguntaba inquieta, Grunia.

Nilka, de panza al sol, miraba al cielo; tenía arrugada la frente y luciente la nariz, signos patentes de que pensaba.

De pronto agarró su primitiva balalaika, pulsó sus crines caballunas y canturreó con voz gangosa:

Enviaron a los mozos
al país de grandes osos…

Y luego en falsete:

¡Al lejano Urianjay
donde mucha plata hay!

Vedeney Savich prestó oído a la canción.

—¡Bien! ¡Bien! Sigue…

Y Nilka:

Padecieron muchos males…
Desgarrándoles zarzales…

Gregorio soltó la carcajada.

Al demonio les mandaron
y sin plata regresaron…

—¡Ten la lengua, badulaque! No me nombres más al maligno —protestó Vedeney Savich.

—También se puede seguir de otra manera —dijo Nilka y alzó la voz:

Plata limpia pidieron
pero nada recibieron…
Mal les iba ya la cosa
mas, salvóles una moza…

Grunia miró al cantador. Ya nadie se preocupaba de la balsa, que navegaba por aguas quietas. El río resplandecía, brillaba al sol como un inmenso lago, hasta perderse de vista. Todo era azul y glauco en derredor.

¡Ay, qué buena fue la moza!
Y por cierto muy hermosa

Cantó Nilka, jocoso y sentimental.

Todos sonrieron.

No… No llores, papaíto,
si regreso sin platita…
Tengo lo que necesito,
una novia muy bonita…

Grunia volvió la cabeza para que nadie advirtiera su rubor. Gregorio también se hizo el distraído ocupándose en no se sabe qué en la balsa…

—¡No seas estúpido! —le atajó Vedeney Savich a Nilka. Pero le reían los ojos, porque había advertido muchas cosas mientras navegaban—. ¡Anda! —añadió bromeando—. ¡Qué Puchkin nos ha salido!

—¡A mí ese tío no me ha de enseñar nada! —replicó Nilka con suficiencia—. Puedo dejarle tamañito…

Y siguió refunfuñando algo por lo bajo, torcida la nariz.

Una vieja canción, vieja como el mundo, pareció envolver la balsa.

Siglos y siglos la cantan gentes, y nunca cansa, siempre la escuchan los seres humanos. Es un canto eterno entre los jóvenes, fortalece a los mayores y vuelve buenos a los viejos cuando la recuerdan… infeliz quién nunca la oyera, porque nada mejor tiene el hombre… ¿Sólo el hombre? ¿Acaso no la entonan las alondras, acaso no se arrullan con ella los palomos? Es un canto que se oye en todas partes.

«Más fuerte que la muerte es el amor», dicen los Salmos. ¡Es un don del Señor!

Y es terrible que muera…

Capítulo XX

Mateo Pavlovich se hallaba sentado en su despacho y calculaba algo con el ábaco. Al parecer estaba muy preocupado.

Pero no le salían las cuentas por mucho que se esforzaba. Desmarcó con mano nerviosa, luego dejó el aparato y quedó pensativo. Estaba inquieto los últimos días, pensando siempre en los ausentes que no acababan de llegar. Pero no dejaba entrever su zozobra, para no alarmar a nadie. Bastaba ya con que Glafira Pavlovna deambulara ceñuda y hosca, por la casa.

—¿Me habrá castigado el Señor por codicioso? —se decía—. ¿Qué habrá sido de mi hijo? ¿Estará vivo…?

Y se le encogía el corazón.

Otra vez agarró el ábaco, tratando de olvidar entre cuentas sus angustias, cuando se abrió la puerta.

Enarcó Mateo Pavlovich las cejas y alzó la cabeza para ver quién se atrevía a turbar así su retiro.

Y vio ante sí a Vedeney Savich, sonriente, en persona.

—¡Vedeney! ¿Eres tú? —exclamó sin poder alzarse de su asiento, tan viva era su emoción—. ¿Y Gregorio…?

—También ha llegado… Lo ha acaparado Glafira Pavlovna.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró sin aliento Anañevij, y abrazó a su encargado—. ¡Cuánto habéis tardado! ¿Qué os ha sucedido? ¡Qué negro has vuelto! ¡Y qué flaco! ¡Qué desmirriado estás!

—Hubo motivos, Mateo Pavlovich… Mucho hemos sufrido. Lástima que todo fue en vano: regresamos sin dinero.

—¿No quiso pagar?

—No es esto precisamente… Pero le traemos otra cosa mejor a cambio…

Extrañóse Anañevij. ¿Qué podía ser?

—¿Habéis encontrado oro? —preguntó.

—Casi… —murmuró Vedeney Savich.

Abrióse de nuevo la puerta y en el umbral apareció Grunia, con la mirada baja, ruborosa y tímida.

—… ¿Quién es? —se maravilló Mateo Pavlovich.

—Es Grunia, la hija de Vabilin…

—¡Que me maten si lo entiendo! —exclamó Anañevij, alzando los brazos al cielo—. Cuéntame por orden lo que os ha sucedido.

En esto irrumpió Gregorio y cayó de rodillas ante su padre. Y mientras éste lo abrazaba toda la estancia se llenó de gente. Unos reían y otros lloraban de alegría.

—¡A callar las cotorras! —gritó el amo a las mujeres—. Que se sienten todos, mientras Vedeney nos explica sus andanzas.

Comenzó su relato el encargado. Cuando llegó a lo de la noche en Usinskaya no se oía ni una mosca: todos escuchaban fascinados. Se enteraron de la muerte de Mikita y se apesadumbraron. Santiguáronse todos y lloraron mucho.

«Hubiere podido ser mi Gregorio…», cruzó por la mente de Mateo Pavlovich al persignarse.

Continuó contando Vedeney Savich. Relató sus andanzas por las estepas, el paso de la cordillera y la acogida de Vabilin. Luego dijo cómo los salvó la serenidad de Grunia.

Y también cómo condujo la balsa salvándoles en las cataratas.

—¡Si no fuera por ella ni las aves de rapiña hubiesen encontrado nuestros cuerpos!… —terminó diciendo.

Grunia escuchaba sofocada, enrojecido su rostro.

A pesar de toda su fortaleza, hasta Glafira Pavlovna tuvo que secarse los ojos cuando hubo acabado Vedeney Savich el relato.

La madre, desde un principio, ya lloraba a lágrima viva.

Se levantó Mateo Pavlovich y se acercó a la muchacha.

—¡Ven, hija mía! —exclamó abriendo los brazos—. Mi casa es tu casa y no hay antojo tuyo que no se cumpla aquí…

Grunia reclinó la cabeza en su ancho hombro y rompió en sollozos.

Desde su infancia no había conocido cariño paterno…

Llegó un día, apenas transcurrido medio año, que como había augurado Nilka en su canción, fue señalado en casa de los Anañevij. Hubo fiestas en todo Krasnoyarsk: Mateo Pavlovich casaba a su Gregorio con Grunia, la hija del terrible Vabilin.

Al mes hubo otro acontecimiento: la llegada del mismísimo zar Berendey, desde el lejano Urianjay.

Le habían tenido que llevar sus hombres, deshecho y enfermo; muerta por parálisis la pierna derecha, torcido el rostro en una mueca atroz. Difícilmente se le reconocía. Ya no era el gigante de antaño sino su sombra lamentable e inerte. Tan sólo la voz era igualmente ronca, aunque menos inteligible.

Mateo Pavlovich le recibió afable y no le hizo reproche alguno. Grunia no quería ver a su padre, pero salió corriendo a su encuentro al saber su quebranto.

Miróla de los pies a la cabeza Vabilin y luego le mandó acercarse. La cogió de la mano y la besó en la frente.

—¿Conque te fugaste? —murmuró—. Yo que creía que esa gente venían por negocio y resultó que era para raptar doncellas…

Sonrió Mateo Pavlovich pero no quiso contradecir al enfermo.

—Hiciste bien en marcharte —dijo éste tras un corto silencio —. ¡Vive feliz! A propósito: yo te traigo aquí tu dote…

Hizo una seña a uno de sus hombres y éste allí mismo vació un saco lleno de reluciente y sonora moneda. Veinte mil rublos, según luego contaron.

—De la aldea de Usinsk, esa cueva de ladrones, no queda ni rastro —informó Vabilin—. A Iván Afanasievich, a Merkul y tantos más los detuvieron… Aquellos lugares están llenos de soldados y policías. Han limpiado el país. ¡Bien hecho! ¡Era necesario poner coto a tantos desmanes!…

Dos días estuvo Vabilin en Krasnoyarsk; al tercero prosiguió su viaje hacia el Irguiz: pensaba recluirse en un monasterio de los de la vieja fe. Llegaba para él el momento de preocuparse de su alma.

Tres meses después regresaba un día a su casa Vedeney Savich, acomodado mercader de Krasnoyarsk, tal como se lo prometiera Mateo Pavlovich. Aunque no había logrado cumplir su cometido, Anañevij le hizo socio suyo el mismo día de su llegada.

Iba Vedeney Savich pensando en una discusión que se había promovido entre otros mercaderes, ahora colegas suyos. Afirmaban unos que con tesón todo se logra y aducían como ejemplo el caso del que, empezando como vendedor ambulante de rosquillas, terminaba manejando millones. Otros, en cambio, aseguraban que tan sólo la suerte permite triunfar en la vida.

—Sin suerte —decían—, toda su vida la pasaría vendiendo rosquillas…

Y le habían preguntado a Vedeney Savich su parecer.

—La suerte siempre será la suerte —dijo éste atusándose la barba—. Pero también dice el refrán: «A Dios rogando…» Cada hombre se forja su propio destino.

Un sonar de cadenas interrumpió sus reflexiones. Alzó la cabeza Vedeney Savich. No era nuevo este ruido en Krasnoyarsk, por donde a menudo pasaban los deportados…

Se detuvo para dejar paso a los detenidos.

Eran muchos aquella vez. Unos veinte y todos aherrojados de pies y manos.

Y de pronto advirtió dos rostros conocidos entre los presidiarios. Sí, efectivamente… ¡Eran Iván Afanasievich y Merkul, arrastrando, hombro con hombro, la misma cadena!

Ellos también le reconocieron. Llenos de mortal odio brillaron los ojos rapaces de Merkul…

Pasaron los presos, doblaron la esquina y desaparecieron…

Vedeney Savich siguió con la vista el piquete y murmuró, recordando sus propias palabras:

—Cada cual se forja su propio destino…



Notas

[1] Minzlov, *Una misión secreta*. *(N. del T.)* <<

[2] Diminutivo de Gregorio. *(N. del T.)* <<

[3] Como ya se ha dicho en el prólogo, los «antiguos creyentes» no aceptaron las reformas religiosas de Nikon en la iglesia ortodoxa. Se les perseguía, por lo que a veces tenían que celebrar la misa en sus propias casas, siendo admitido que oficiasen mujeres. *(N. del T.)* <<

[4] Mercado siberiano anual muy importante. <<

[5] En las tabernas rusas los mozos suelen llevar toallas en lugar de servilletas. <<

[6] Uno de los más sabrosos pescados de los grandes ríos siberianos. <<

[7] Soyotes: los naturales del Urianjay. <<

[8] La selva virgen siberiana. <<

[9] Vivienda rústica de los pueblos nómadas de la Siberia. <<

[10] Personaje mitológico de escasos escrúpulos. <<

[11] Diminutivo cariñoso de Gregorio. <<

[12] Expresión que se emplea en Rusia, aunque no designa parentesco. *(N. del T.)* <<

[13] Típica sopa de coles. <<

[14] Recipiente con depósito central para ascuas que permite tener agua hirviente en la mesa, para el té. <<

[15] Proverbio ruso muy usado por los campesinos siberianos. <<

[16] Así llama el pueblo ruso al oso. <<

[17] Tratamiento que dan a los comerciantes. <<

[18] El *archín*, cuatro palmos aproximadamente. <<

[19] El *verchok*, un cuarto de palmo. <<

[20] En el pueblo ruso se distinguía el papel-moneda por su color; el billete rojo era de 10 rublos, los grises valían 50 rublos. <<

[21] Pastel dulce, alto de forma y que se amasa por Pascua. <<

[22] Traje nacional. <<

[23] En toda Rusia, la simiente de girasol, lo que en España llamamos «pipas», es la golosina del pueblo. <<

[24] La industria del samovar de Tula es muy conocida en Rusia. Casi abastece todo el mercado de tales artefactos. Los samovares se fabrican de cobre o de níquel y algunos, de lujo, de plata. *(N. del T.)* <<

[25] Los aborígenes se llaman casi todos Iván. *(N. del T.)* <<

[26] Un archín equivale a 70 cm. aproximadamente. <<

[27] Unos setenta metros. <<

[28] Antigua creencia de las costas del Mar Blanco. La palabra significa «habitantes de la orilla del mar». No tenían sacerdotes. <<

[29] Cabaña de los nómadas de aquella región. *(N. del T.)* <<

[30] Héroe popular de poemas épicos rusos. *(N. del T.)* <<

[31] Ademán corriente en ruso, que significa «nada». <<

[32] Bebida refrescante, entre agua de cebada y cerveza. <<

[33] Expresión rusa. <<

[34] Ave silvestre. <<

[35] Aires populares rusos. <<

ÍNDICE